Fray Mocho

Revista Semanal







"RECONCILIACIÓN"

N°. 882

Marplatenses



Señora Zulema C. de Saggesi y su hijito Eduardo Alberto



Señoritas Martas Bonziques, Angélica y Margarita Serres y Elena Chiappara



Señorita Mercedes Ortíz Soarez



Señorita Teresa Fernández y sus sobrinos



Señora Mecha Loustalot



Señora Rosa G. Juárez de Peredo



Señor Amadeo Della Torre, su esposa señora Nélida Fernández y su hijita



El doctor Lagleize y su hijita



Diputado nacional, doctor Víctor Juan Guillot y su esposa



Doctor Fernando M. Bustos y sus hijitos



Doctores Joaquín S. de Anchorena y Ricardo Aldao



Un grupo de gente joven espera a bordo del yacht "Shaheen" la llegada del embajador del Perú, doctor Checa Eguiguren



El embajador del Perú, subiendo a bordo del yacht "Shaheen" acompañado del propietario del mismo, doctor Eduardo Fresco



Señoritas Julia Paez y Julita Acosta.

(Fots. Bonnin e Iris)

FRAY MOCHO

Fundado el 3 de Mayo de 1912

Dirección, Redacción y Administración: CERRITO 607

Año XVIII

Buenos Aires, marzo 19 de 1929

No. 882



"¡VENDIOSE TODO!"

(Véase la página siguiente)

LA MUJER DEL POPE

Por Cristóbal de Castro

I

MARCHA NUPCIAL

Regresaban a la aldeíta de Paulof casados, contentos. El viejo pope Sergio Micaelovicht, larguirucho, correoso, con el rostro aguileño comido de las barbas, guiaba el trineo. Detrás, Catalina Petrofna, joven, gruesa, rubia y con pecas, asomaba, entre el saratán, sus ojos picarescos y su naricilla respingada.

Caminaban por la carretera de Gatchina, a través del bosque, entre abetos que retorcían sus ramas desnudas y parecían tiritar bajo la nevada. El caballo, ancho. y percherón, iba a ese trote corto, torpe y solemne, característico de los caballos rusos. De vez en vez crujía el trineo, dando cambaladas y obligando al pope a sujetarse el alto bonete. Entonces, Catalina. asustada. reía con forzosa risa.

—¡...baallo! — exclamaba el pope severo, tirando de las riendas y descargando sobre el animal latigazos suaves.

Luego, viendo el trineo en buena marcha, volvíase solícito a su mujer:

—¿Vas bien, Catalina Petrofna? Abrígate que aprieta el frío.

Ella satisfecha de la atención. se arropaba más. sonriendo. Después. un poco enternecida, mirando las espaldas encorvadas del anciano esposo. inclinábase hacia adelante, diciéndole:

—Tú eres quien debes abrigarte bien, Sergio Micaelovhcht. Súbete el cuello del capote. Deja. . .

El pope sintiendo en sus ropas la adorada mano, creíase completamente feliz. Estaba como adormecido en aquella impensada dicha, que ponía en las cumbres de su vejez un halo bíblico. Era como un Abrahám de la estepa, que al fín de sus días iba a tener. por favor de Dios. el amor de una juventud fragante. como la de Agar. y acaso las ternuras de una prole numerosa como la del patriarca Jacob. Conmovido, se revolvía desde el pescante. alargando el brazo haci ael asiento donde se reclinaba su mujer. Y a través del enorme guante — que parecía de una sala de armas—, imaginábase el buen pope sentir el calorcillo nupcial

Ella. un poco encendida. acariciaba el guante enorme, como si acariciase a un rorrito. Luego, con sus coqueterías de criada de fonda, sumisa. maliciosa y pueril. ponía entre el rostrillo del saratán un mohín picaresco:

—¡Ea. Sergio Micaelovicht ... Formalidad... ¡Formalidad!...

Entonces. en su doble condición de pope y de anciano, Sergio Micaelovicht notaba cierta confusión ruborosa. Y retirando de las ropas de su mujer el guante pecador, daba suaves latigazos al caballo.

—¡..baallo.... ..baallo!..

ADAPTACION

Todo el mundo en Paulof quería y respetaba al pope. Tenía la autoridad didáctica del maestro, la piadosa del sacerdote. la médica del curador.

Su familiaridad con los campesinos coronaba esta larga labor apóstol obscuro, paciente, infatigable. Con ellos alternaba en sus faenas rústicas, manejando la esteva del sembrador y la podadera del hortelano en la resignación de un "mugik" más. Con ellas compartía los descansos en la besana o en la era, echándose un trago de "bodka" (aguardiente), fuman do largos "papyrosi" (cigarros), narrando cuentos de boyardos y kalmucos, coreando las antiguas canciones del monje Néstor y de la Duquesa Encantada. Y ya en las calenturas del sobreparto, ya en las frecuentes epidemias de garrotillo, la figura, larga como una vela, del pope, prodigaba remedios con buen talante y mejor mano.

No había en estas familiaridades sentimentalismo ni apostolado. Era una inclinación natural, sin esfuerzo, ni sacrificio, ni siquiera enojo. Sergio Micaelovicht, hijo de labriegos, labriego él mismo, continuaba la tosca y rústica tradición del "clero negro" de los popes, en oposición a la fina, astuta y sutil del "clero blanco" o de los monjes.

Avaloraba estas virtudes ingénitas su ruda disciplina erótica, formada de moderación y superstición, que, apartándole del comercio de las mujeres, manteníanle perdurablemente soltero, a pesar de los hábitos matrimoniales corrientes en su profesión de pope.

Júzguese, pues, del estupor que hubo de producir en sus feligreses la noticia de que Sergio Micaelovicht, luego de su viaje a Gatchina, tan soltero como siempre, había vuelto, de la noche a la mañana, casado y con una mujercita que podría muy bien ser su hija, si no su nieta.

Hubo los comadreos de rigor. En la zapatería anticlerical del Ganchudo se aventuraron las hipótesis más extrañas. Que si un voto, Que shi una herencia cuansa. El Ganchudo, hurgándose en el pelo con la lezna, afirmó que la mujercita del pope era una huérfana riquísima.

—A mí no me la da. Se ha casado..., por lo que se ha casado.

Y comenzando a batir suela con la misma delectación cruel que si batiese la cabeza cana del pope, largó su cancioncilla-epigrama:

Entre un demonio y un pope
es difícil escoger;
el demonio, por las llamas;
el pope, por la mujer...

—¿Qué estás ahí cantando, Ganchudo?— dijo, asomando su verruga junto a la sien, el confitero Nicolás Alejovicht— ¿Sabes lo que acaba de hacer la mujer del pope?.

Y entre el asombro del concurso, refirió que los chicos de la escuela, todos los chicos de la escuela, estaban atracándose de pasteles, costeados por Catalina Petrofna.

—Los ha congregado, los ha lavado, se me ha llevado todos los pasteles, y a estas horas está la plaza así... Venid. Mirad...

Fueron. Miraron. ¡Daba gloria! Catalina Petrofna, como una clueca rodeada de sus polluelos, repartía pasteles de una gran bandeja. Un grupo de comadres la bendecía. Los chicos, palmoteando, bailando de gusto, la aclamaban con efusión:

—¡Viva Catalina Petrofna!

—¡Vivaaaaa!

Aquéllo fué sólo el comienzo En sucesivos días, la gráciosa mujer del pope desplegó tales agasajos, bondades, sonrisas, dádivas y ofertas, que hasta en la propia zapatería del Ganchudo se la proclamó "muy simpática".

—Sobre que — observaba el Ganchudo — hay quien la ha observado en la iglesia, riéndose, mientras la misa... ¡A mí no me la da!...

III

EL FANTASMA

Tan popular y respetada ya como el pope, Catalina Petrofna risueña, bondadosa y pueril regía el hogar ejemplarmente. La iglesia, enjalbegada y limpia, relucía como un ascu ade oro. El jardincillo, en pleno mayo, se ufanaba con la frondosidad de sus abedules y la pompa fragante de sus rosas nuevas. Un pozo, con brocal de arcada, hacía rechinar entre gemidos su garrucha enmohecida, y su cubo que, al descender, batía frescamente el agua. Las gallinas correteaban amenazadas por el gato rubio que, harto de perseguirlas se posaba, hierático, encima del horno. Bandadas de vencejos chillaban en torno a la torre. Y, con los varales en alto, una vieja "telega" tendía sus dos brazos al cielo. Catalina Petrofna, gruesa y rubia, encendida por el calor y el trajín, estaba de rodillas fregando sartenes. Junto a ella, patriarcal, barbudo, confiado, el viejo pope, sobre un poyo, recreábase con los "Anales", de Nikin. De repente por el jardín pasó como una sombra inquietante. Catalina Pe-

"¡VENDIOSE TODO!"

Contemplando la bellísima criatura que aparece en el cuadro que reproducimos en la página precedente, viénense a la memoria los versos de la fábula de "la lechera", y aquel delicado cuento de Trueba que habla de unas pobres niñas, a las cuales enviaba su madrastra al mercado con sendos canastillos de fruta que, conteniendo porciones distintas, en correspindencia con el número de años que cada una contaba, debían venderlas a tal precio, que trajeran todas aquella idéntica cantidad de dinero; mandato que agobiaba a las pobres criaturas y las obligaba a echar cálculos enrevesados y sacar por los dedos cuentas complicadas, para saber a cómo debían pedir y por cuánto debían dar cada docena de peras. Mas la que tenemos delante no ha debido calentarse la cabeza haciendo tales calendarios, y si es que ha tenido que hacerlos, hanle salido tan perfectamente ajustados a sus pensamientos, como revela su alegre semblante. En verdad que, parafraseando los versos de aquella donosa fabulilla, en la cual se demuestra con toda perfección que no son más que pompas de jabón las ilusiones y esperanzas que fundadas en el viento engendra la fantasía, podríamos decir a la vista de dicho grabado:

Llevando su cestita a la cabeza
Regresaba la niña del mercado,
Con aquella presteza,
Aquel aire sencillo, aquel agrado,
Que van diciendo a todo el que lo advierte:
"Yo sí que estoy contenta con mi suerte".

Y en verdad que tenía por qué estarlo. Su madre le había dicho que como vendiera toda la fruta y sacara por ella lo que le indicara, le daría un céntavo por cada cinco, y ella se dió tan buena maña, y con sus monadas y zalamerías supo de tal modo atraerse la voluntad de los compradores, que en un abrir y cerrar de ojos no quedaron cerezas en su cesta, ni le regatearon el precio, de manera que sacó más de lo que pensara. Ahora está contando cuántos centavos tendrá que darle su madre a razón de uno por cinco, y menos fantasiosa que la lechera, va calculando si con ellos le bastará para comprarle unos zapatitos a su muñeca, que hace tiempo los pide con mucha necesidad. Por de pronto le ha echado el ojo a unos que ha visto en un escaparate de la ciudad, y como se los den por el dinero que se ha ganado, segura puede estar Nini que no tardará en tenerlos más tiempo del que pase hasta tanto que su madre la envíe de nuevo al mercado con otra cestilla de cerezas. ¡Qué dicha si, al regresar, puede decir como hoy: "¡Vendióse todo!" — (N. de la R.)

trofna, volviendo el rostro hacia la puerta, quedó petrificada de espanto.

Una limosna para el peregrino de Ulma.

Era un ser confuso, andrajoso, remendado, comido de moscas. Traía los cabellos por la espalda y colgada del cuello una estampa de San Andrés en su cuadrito de cristal. Venía en alpargatas, sin medias, y los pingajos de su túnica morada como la que gastan los "iztsvoschis" (cocheros), le azotaban las piernas sucias. Por entre las mangas y el pecho, cubierto de medallas benditas, le asomaban mechones de pelo sudado. Todo él estaba polvoriento, con las cejas, las barbas y los cabellos blancos del polvo del camino. Repetía, cansado y soñoliento:

—Una limosna para el peregrino de Ulma.

Acudió, solícito, el pope, trabando diálogo con él. Catalina Petrofna, impresionada, seguía de rodillas restregando sartenes. Pero un temblor le recorría el cuerpo, haciéndole dar diente con diente

—¿Va usted a Ulma? — inquirió el pope.

—A Ulma, sí, señor. Levo cuatro semanas de camino. Vengo de mi país, en Kanardof, cerca de Tula. Viviendo de las buenas almas. ¡Esperando en las buenas almas! El pope lo tomó de un brazo y lo sentó en el poyo a la sombra. Las moscas le seguían revolando, como un enjambre. Una gallina, audaz, vino a picotearle las alpargatas.

—Ox..., ox — decía el pope, ahuyentándola.

—Déjela. Pobre animalito. ¡Déjela! — comentó el peregrino, sonriendo.

Llamó el pope a su esposa, y ésta acudió, temblando aún, con un escalofrío mortal.

—Habrá que preparar comida y lecho, Catalina Petrofna.

—De ningún modo. Duermo en el tinado, en el pajar, con las bestias, en cualquier sitio...

Al volver Catalina de preparar la cena y el lecho, el peregrino estaba solo. El pope había partido a reclamar del "starota" (alcalde) la indispensable legalización de documentos. Anochecía. Refrescaba. Un murciélago enorme zigzagueó entre los abedules.

El peregrino, sin moverse, dijo, como una estatua que hablase:

—Catalina Petrofna: ¿has olvidado a Andrés Paulovicht?

Fué la impresión tan espantosa, que Catalina se tambaleó como una borracha.

—¡Virgen Santísima de Kazan! ¿Eres tú Andrés Paulovicht?

—Yo soy Andrés Paulovicht. ¡"Tu" Andrés Paulovicht! ¡"Tu" Andrés Paulovicht!...

IV

EMANCIPACION

Acechaba, el oído alerta. Nadie. Tan sólo la respiración premiosa del pope, el tictac del reloj de péndulo, el roce de un insecto en las vigas.

Vistióse a tientas, erizada de la tensión nerviosa, aterida del frío de la noche, que penetraba del jardín por la ventana abierta. De puntillas pasó ante el lecho del esposo. Extendía las manos avanzando, como los ciegos y los criminales. Palpó la estantería, el escritorio, la butaca coja, siguiendo el muro hasta encontrar la aldaba de la puerta. Alzó la aldaba, entre latidos del corazón. Dióla en el febril rostro el aire frío del jardín...

Todo aquel camino doliente — tan breve y tan largo — fué en su memoria evocación de infamias.

En una noche así, ansiosa, temblando, conteniendo la respiración, salía de su cuarto, de camarera, en la fonda, para entregarse a obscuras a Andrés, que la juró casarse con ella. Luego, el amanecer de su vergüenza y desventura. Luego, los días, las semanas, los años. El reposo, las cicatrices, la salud total. Y ahora, en plena salud, en la paz beatífica del reposo, nuevamente el fantasma, amenazando con hablar para destruir.

Le pareció tan vil aquéllo, que, impulsada de iras violentas, descendió los dos escalones. El fantasma aguardaba impávido.

—¿Qué quieres? — murmuró sombría.

El irónico, la calmaba:—Quieta, fierecilla, serénate — Las faltas se remedian. Los pecados se perdonan. ¿Qué quería? ¡Qué iba a quererl Llevársela, tenerla, adorarla mientras viviese. Ahora era rico, había trabajado por reparar cumplidamente "aquéllo".

— Verás. Verás cómo vivimos.

Pero ella no le oía, presa de ansias inexplicables.

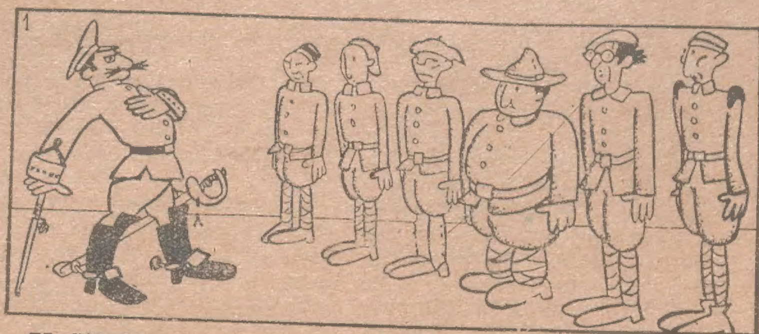
Súbitamente, dió un gemido. Se asió a él. Condújola, como desfallecida, hasta el brocal del pozo. Se sentaron.

El hablaba elocuente y enardecido. Ella, a medias palabras, le respondía débilmente.

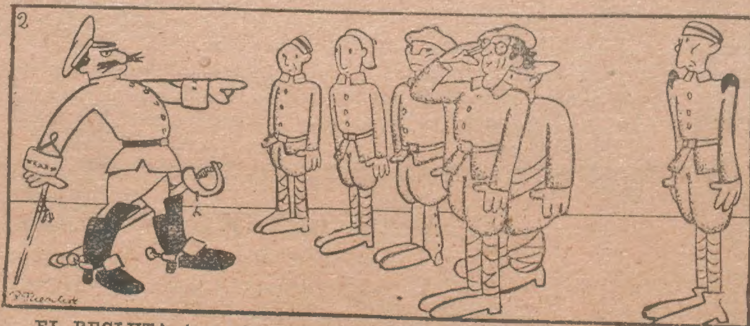
—Dímelo. Dime que me quieres.

—Te quiero, sí. Te quiero...— respondió excitada y vibrante.

De repente se alzó impulsada. Le empujó con todas sus fuerzas. El dió de espaldas en el pozo. Un enorme murciélago zigzagueó entre los abedules...



EL CORONEL. — ¿Hay alguno entre ustedes que sea escritor vanguardista?



EL RECLUTA (que vislumbra el empleíto cómodo). — ¡Yo, yo, mi coronel!
EL CORONEL. — ¡Bueno; coja usted una escoba y barra todo el patio!

EN ALTA MAR

Partió la barca hacia lejano puerto
y por tu ausencia me quedé llorando,
mientras con el pañuelo te iba dando
la despedida por mi ensueño muerto.

El pobre corazón, de hastío yerto,
melancólicamente palpitando...
En plena noche mi dolor cantando,
más solo que un beduino en el desierto.

Las olas me decían de tus penas
entonando nocturnas cantilenas
que el alma herían con sus tristes notas...

La tierra se esfumaba en lontananza,
y latió el corazón sin esperanza
como una garza con las alas rotas...

* * *

Como una garza con las alas rotas
latía el corazón sin esperanza,
mientras una nostálgica romanza
floreció en mi laúd con blandas notas.

Una alegre bandada de gaviotas
bailó en el aire su marina danza,
volando hacia la isla en lontananza
de las playas azules y remotas...

¡Quien pudiera —cual ellas— ir volando
donde la novia que dejé llorando
cuando la barca se alejó del puerto,

para resucitar con alegría
las ilusiones de la vida mía
y las quimeras de mi ensueño muerto!...

José A. BALSEIRO.

Los primeros ejemplares de la imprenta

Dióse el nombre de "incunables" a las primeras ediciones de la imprenta, que fueron luego la verdadera pasión de los bibliófilos.

Ya en el siglo XVII se emprendió la obra de restaurar los trabajos del siglo XV, con objeto de descifrarlos.

Sólo en caso aislados mereció la obra del antiguo impresor un interés particularmente histórico o estético. Los incunables, por otro lado, nos ofrecen, no sólo una clara visión del desarrollo de la imprenta sino que son, también, la única tradición de producciones de la Edad Media.

Después de largos años se ha logrado restablecer el principio estético del libro. Bajo este aspecto, constituyen los incunables para el bibliófilo meteria de una significación especial.

Los primeros impresores tomaron como modelo el manuscrito. No mencionan el lugar de procedencia del libro, la fecha, ni el nombre del impresor. La marca de imprenta que se observa al final del libro nos descubre a veces el maestro impresor.

En 1455 trabajaban solamente en la imprenta de Magancia, Juan Gutenberg, Juan Fuss y Pedro Schöffers, y en 1464 llegan ya al extranjero los primeros impresos alemanes, yendo a Roma, donde se fijó la primera imprenta italiana en el convento de los Benedictinos, y en 1500 llegan a 199 las imprentas en dicha capital. En 1470 celebran un congreso tres célebres impresores alemanes, que reconocen como genio maestro del nuevo arte a Gutenberg. Y poco tardó en extenderse el avance avasallador de la imprenta.

El tañedor de flauta

Por Luis Antonio de Vega

En la sombra de la selva de abetos iluminada por la naciente luna otoñal, sonó dulcemente una flauta de bambú.

¿Quién hacía sonar la dulce flauta?

Todas las tardes, cuando las nubes huían hacia Onoya, tímidamente en el bambú sonoro temblaban suaves notas. ¿Quién se escondía entre las sombras de los abetos?

¿Quién exhalaba tan tiernas quejas mientras la luna de Otoño era en el cielo como una flor?

En las ventanas de su torre de kaolín las "geishas" cortesanas escuchan los lamentos del desconocido y míranse unas a otras con sus ojos oblícuos y se sonríen. ¿Por qué sonríen? ¿Es porque, acaso, conocen el secreto del tañedor de flauta?

Frente a la torre donde las "geishas" viven hay un palacio, todo amarillo, como las rosas que en la selva de los abetos crecen junto al regato. Tiene la puertas siempre cerradas. Unicamente cuando en la tarde se oye el dulce quejido de la flauta en una de sus ventanas brota una luz.

Cuando la luz ilumina la ventana, dejan de sonreir las "geishas" y miran torvamente hacia el palacio. ¿Es que Crisantemo, la princesita que tiene la boca roja, como una peonía de los terrados, sabe quién es el tañedor? Acaso se engalana pensando en el músico nocturno y nutre de esperanzas sus ensueños.

Mientras tanto el joven pescador tañe su flauta, bajo la sombra de los abetos, y su música es tan dulce que por escucharla el "cettya" suspende su canto, y con dolorida ternura en las dos pupilas de Crisantemo como dos perlas nacen dos lágrimas.

El joven pescador deja su barca todas las tardes sobre la playa y va hasta el bosque de los abetos donde se entretiene haciendo sonar su flauta. Las "geishas" cortesanas vierten en las copas vinos aromáticos, y fascinadas en vano esperan a que un día el joven tañedor llame a su puerta.

Tres son las "geishas" que habitan en la torre. Las tres tienen los pies inverosímiles y los cabellos undosos. Andan siempre con pasos menudos sobre las ricas alfombras y las tres visten kimonos amarillos. Los tres lirios las llaman entre los jóvenes de Onoya, y las tres aman las mismas joyas y los mismos perfumes.

Las tres son de selecta estirpe y tienen las manos menguantes y los ojos oblícuos y taciturnos. Las tres sonríen de igual manera y usan los mismos amuletos mágicos. Pero algo las distingue. Es Flor de Loto de Yokohama y fué al camerín de Onoya con objeto de lograr la dote que su futuro esposo le exigía.

Tiene un cofre de bronce lleno de monedas de plata y de oro. Y en las noches gusta de acariciar con sus deditos las rodelas blancas y amarillas. Entonces en sus ojos pone la codicia un raro resplandor.

Gusta Lirio del Valle de los versos sonoros y diamantinos: recita a las estrellas las rimas de Shi Woi Uko y Uang Sind Jú, y en su abanico de nácar, donde en un maravilloso dibujo dos bonzos se arrodillan ante un iconoclasta incomprensible, hay escrito un madrigal de Takiha, el adolescente poeta de Kioto.

Ama, Rocío, los lirios párvulos y las rosas amarillas, las cifras misteriosas esculpidas por los amantes en las verdes ramas, las brisas que impelen las barcas, el aroma del campo, el trazo fino de las negras alas de las golondrinas y las plantas palpitantes sobre los renacientes prados del Imperio del Sol.

Pero las tres coinciden en su amor al desconocido tañedor de flauta que bajo la sombra acariciante de los abetos, cuando el sol declina y la luna muestra en los cielos su delicadeza florescente, hace gemir dulcemente su sencillo instrumento de bambú.

Y las tres rozan las sedas de sus kimonos cuando en las tardes otoñales el joven pescador toca la flauta.

Crisantemo, la princesita del Naciente Sol llena de pasión su alma, mientras en el otoño la creciente luna pone un beso de plata sobre las ramas de los abetos. El dulce canto sin palabras a sus oídos llega como un susurro acariciante, y llora la princesa en la ventana de su palacio.

¿Por qué está siempre sola la princesita de los ojos glaucos? Nadie más que ella habita el imperial palacio ¿Por qué solamente en las noches en que el joven pescador tañe su flauta, brota en su ventana el resplandor de una luz?

El joven pescador, aquella tarde, desde la intrincada selva de los abetos, distinguió dos lucecitas, y mientras tenuamente hacía sonar su flauta, andaba entre las sombras, dejando lejos su linda barca.

Las tres "geishas" le vieron acercarse. En sus tazas de porcelana escanciaron el té, y volvieron a su ventana, sonrientes las tres. Flor de Loto adornó su cuello con cadena de medallas de oro. Lirio del Valle puso una cinta artificial de escarlata sobre sus labios pálidos y Rocío prendió en sus cabellos una flor.

La princesita Crisantemo adornó con una lágrima cada una de sus dos pupilas glaucas.

Las sonrisas temblaron levemente en los labios de las tres "geishas", cuando oyeron cerca, muy cerca, de su torre de kaolín, el dulce sonido de la flauta de bambú. Sobre la frente del joven pescador, triunfaba un rizo negro. Enmudeció la flauta, y en las ramas de un roble, el "cettya" nocturno cantó su canto.

Flor de Loto, venciendo su codicia, dejó caer a los pies del tañedor su valiosa cadena. Lirio del Valle cantó la canción amorosa y guerrera de Fuku-Shima y Rocío besó la rosa amarilla que se desvanecía entre sus cabellos, arrojándosela después al joven pescador.

Crisantemo, la princesita de boca roja como las peonías triunfantes de Saruja, permaneció inmóvil en la ventana de su palacio, fijas sus dos pupilas glaucas en el rizo negro que caía sobre la frente del tañedor de flauta.

El joven pescador no vió ni la joya ni la rosa, ni oyó el canto del "cettya" nocturno, ni la canción alucinante de la "geisha" que amaba los versos sonoros, y sus dos ojos pardos fijáronse en los ojos de la princesa. Crisantemo internóse en el camerín y aquella noche no volvieron a escucharse los dulces ecos de la flauta de bambú.

La barca surcaba el mar, pero en las redes extendidas no quedaba preso ni un solo pececillo. El joven pescador tañendo su instrumento olvidábase de su trabajo y el suave sonido de la flauta traíale el recuerdo de la princesita Crisantemo.

Las sirenas cantaban con voces melodiosas, rodeadas por la espuma del mar. ¡Pero el joven pescador no las veía, ensimismado en la añoranza dulce, de la noche en que por vez primera alejóse de la sombra acariciante de los abetos.

Y luego, cuando el sol otoñal se hundía en el tramonto entre un penacho de fuego, el joven pescador dejaba sobre la playa su linda barca, internándose bajo la cúpula de los abetos y andaba con sus dos pies haciendo crujir las hojas secas y tañendo su flauta sonora de bambú.

Las "geishas" miraban desde la ventana de su torre de kaolín, escuchando atentamente por si los pasos del tañedor se oían entre las "arakas" espinosas, sobre los guijarrales, la toba y la marga que separaban su casa de la torre de los abetos.

Aquella noche el pescador, bajo la luna blanca, llevaba el más preciado de los amuletos. Un trébol de cuatro hojas cogido en el bosque de los jazmines sin tallo, donde habitan los derviches y las fieras, donde el alma tiembla implorando la atenuación de su martirio voluptuoso

Flor de Loto fué la primera que divisó el sencillo y mágico amuleto, y adelantándose, a las otras "geishas" habló con voz palpitante al joven pescador:

—Por tu trébol sagrado ¡oh, dulce tañedor de flauta! te ofrezco mi cofre lleno de monedas de plata y de oro que forman mi dote espléndida como la de una princesa y que yo guardaba para comprarme un marido en Yokohama.

Dijo Lirio del Valle:

—Mancebo de Onoya, el del negro rizo triunfante sobre la frente blanca: por tu trébol tetrafolio yo te trocaría el autógrafo de los versos alucinantes de Shomey, los vinos perfumados de Manyashiú y el crisantemo de oro que un príncipe de la familia de los Samurais me ofreció.

Y dijo Rocío:

—Si me dieses tu trébol, portador de buena ventura, joven marinero, yo te daría mi amor.

Pero el joven pescador no contestó a las ofrendas de las tres "geishas" y continuó tañendo su flauta de bambú. Sobre la selva la luna autumnal resplandeció como una sagrada lámpara esplendente, y el viento del Oeste meció dulcemente las ramas de los abetos.

Crisantemo, más pálida que los lirios dolientes de Foku-Siu, escuchaba atenta la melodía interpretada por el joven pescador. En su frente besaba la luna otoñal y en

LA NOVIA LEJANA

Dos viejos peregrinos
me abrieron los caminos
que holló la fe de sus sandalias:
dura espina de cardo,
suave aroma de nardo
y floración de rojas dalias.

Cayó el sol en sus frentes,
y dos resplandecientes
auroras encendió en sus viejos años;
cayó el sol en la mía,
y abrió esta llaga de melancolía
y este ocaso de tristes desengaños.

Sus manos temblorosas
recibieron las rosas
de las cuatro virtudes cardinales;
tendí las mías lleno de místicas visiones,
y deshojé las siete maldiciones
de los siete pecados capitales.

¿Dónde estás, Esperanza?
La luz se pone en mi pupila ciega,
y ya la triste mano no te alcanza
ni el corazón adonde tú estés llega.

José Martínez Jerez.

sus dos glaucas gemas temblaban dos lágrimas.

El tañedor d e flauta miró, hacia la ventana del palacio imperial, sonrió a la princesa y le ofreció el trébol tetrafolio. En las pupilas de las tres "geishas" asomóse un rayo efímero de ira y enojo. Crisantemo sostuvo entre sus dos labios el carmesí y la nieve de una sonrisa pálida.

Una reverberación infinita, como la salina eflorescencia sobre el vidrio, iluminó las dos pupilas glaucas de la solitaria princesa del Naciente Sol. Su manecita misericorde dejó caer una llave de plata que el joven pescador cogió en el aire. Las tres "geishas" con is pasos menudos se retiraron de la ventana.

El tañedor de la dulce flauta abrió la puerta de rico cedro y subió hasta el regio camarín, donde Crisantemo rodeada del suave perfume de sus vestidos contrastantes, le esperaba con una mal disimulada ansiedad creciente, entre el triunfo de las sedas y los rasos, los oros y los jaspes y los ricos brocados imperiales.

Y como en el idilio sin palabras el joven tañedor estiró su brazo ofreciendo a la princesa el mágico amuleto. La mano enjoyada de la damita recogió la ofrenda sortilégica. El trébol de cuatro hojas adornó un búcaro policromo con dibujos de ídolos y de magnolias.

Luego Crisantemo, alzóse sobre la punta de sus pies y ofreció al pescador para que lo besara el tesoro de su boca, roja como las peonías de los terrados de Kioto. El tañedor de flauta juntó sus labios a las de la princesa, pero el dulce pecado del beso no llegó a consumarse.

Como la más terrible de las flores palustres, por el escote del kimono principesco, vió el tañedor de flauta en uno de los senos de Crisantemo, abierta una llaga. Y su espíritu sufrió una vibración casi sonora, y huyó, huyó con sus dos pies el joven pescador.

Y la princesita solitaria, enferma del terrible mal, llenó de lágrimas su pañuelito de tres puntas en una de las cuales volaba un albatros bordado en azul.

Los ciruelos floridos se cubrieron de nieve y el mar bramó aterradoramente. Las sirenas cantaron durante muchas horas con sus bustos blancos y sus cabellos rubios sobre el azul del mar. Volaron las gaviotas, y sobre los abetos la nevada dibujó unas flores, blancas como la "champaka", desvaneciente en la tarde otoñal.

El joven pescador, desde la playa, seguía con la mirada el volar de las gaviotas. La barca, abandonada; y muda la antes sonora flauta de bambú. Sobre la frente del marinero caía un negro rizo.

Las tres "geishas" cortesanas, asomadas en la ventana de su torre de kaolín, esperaban a que bajo la cúpula de los abetos se escuchase la música de la flauta. Y eran como tres divinos centinelas las tres "geishas" de los kimonos amarillos. En el rico camarín de la princesa enferma no floreció aquella noche ninguna luz.

Flor de Loto divisó en la noche la silueta del joven pescador, que se aproximaba taciturno. Sobre la frente blanca, el negro rizo parecía una enigmática interrogación.

La "geisha" que amaba los paisajes de agua y montañas, los delirios solares y las puestas luminosas de los atardeceres, rodeada de sus compañeras, dejó caer la llave de la puerta. Y en todos los ojos femeninos hubo una inquietud expectante, casi adolorida cuando el joven pescador alzó los suyos en los que se pintaba un gesto de esperada piedad.

Y la llavecita quedó abandonada bre la nieve innumerable de la campiña. El tañedor de la flauta llevaba colgante de su cintura un curvado espadón. Hizo sonar su sencillo instrumento. Las 'geishas' oyéronle con profunda expectación y permaneció cerrada la ventana desde la que solía Crisantemo con sus dos pupilas escrutar el camino de la selva de los abetos.

La palidez enferma del alba iluminó el cadáver del tañedor de la dulce flauta de bambú. El blanco infinito de la nevada teñido con la púrpura de la sangre del suicida. Su vientre, desnudo, aparecía abierto en la mañana. Roja, muy roja, la curvada hoja del espadón.

Y allí, entre el palacio de Crisantemo y la torre de kaolín, donde las tres "geishas" habitaban, los marineros del Imperio del Naciente Sol, dieron sepultura al cadáver de su compañero. Las cuatro damas presenciaron el entierro y las cuatro se miraron, hostilmente, en la mañana, infinitamente blanca.

Flor de Loto mandó fundir el oro y la plata de sus monedas y hacer con ellas una lápida funeraria de auricalco en la tumba del joven pescador. Lirio del Valle puso sobre la tierra adolorida sus versos diamantinos y Rocío la adornó con juncos olorosos y violetas.

La Princesa Crisantemo bajaba todas las noches a llorar en la tumba del joven tañedor de flauta y una mañana otoñal alrededor de la funeraria losa, floreció una guirnalda de rosas amarillas.



—Pero, ¿quién le ha puesto a usted así, don Rustino?
—El agua.
—¿Cómo el agua?
—Sí; empezó a llover y tuve que meterme en el bar.

El mariscal Ney

Miguel Ney, uno de los mariscales de Napoleón más celebrados, nació en 1769, y fué hijo de un pobre obrero. En 1788, se incorporó en Metz a un regimiento de húsares, y pronto se distinguió por su energía e intrepidez. En 1796, por sus servicios en la toma de Würburg, fué nombrado brigadier, y tresh años después alcanzó el grado de divisionario.

En setiembre del mismo año se le dió el mando temporal del ejército del Rhin, y demostró sus concocimientos tácticos frente al archiduque Carlos de Austria. En 1893 recibió el mando del sexto cuerpo del gran ejército levantado para invadir Inglaterra; pero pronto volvió contra Austria. En 1804 fue creado mariscal del imperio, y al año siguiente derrotó a los austriacos en Günrburg, y por su feliz asalto a los atrincheramientos de Elchingen, que ocasionaron la capitulación de Ulm, ganó un título ducal.

Luchó en Jena en 1806, y tomó las ciudades de Erfurt, Magdeburgo y Thorn. El 14 de junio de 1807 tomó a los rusos Friedland, y llegó a ser l ídolo del ejército de Napoleón que le llamaba "El bravo de los bravos".

En 1808 estuvo en España, y en 1810 en Portugal. En la campaña de Rusia de 1812 mandó el tercer cuerpo y se distinguió en Smolensko y en Borodino. Su intervención en esta campaña fué recompensada con el título de príncipe de Moscova. Mandó la retaguardia en la deshastrosa retirada de Moscú, y salvó a los restos del gran ejército de una mayor desorgannización.

En 1813 fué derrotado por Bulow en Dennewitz. Después de la toma de París por los aliados, fué uno de los que aconsejó la abdicación de Napoleón y llegó a cfrecer sus servicios a los Borbones. Fué nombrado par de Francia, miembro del Conshejo de Guerra y se le dió el mando de la sexta división. Cuando se supo la vuelta de Napoleón, de Elba se le ordenó marcar a oponerse a éste, mas en la noche del 13 de marzo sumó sus tropas a las del emperador. A la cabeza del primero y segundo cuerpos del ejército levantado por Napoleón se encontró en Waterloo.

Deshpués de esta batalla volvió a París y abogó por la vuelta de los Borbones; pero fué detenido el 6 de diciembre de 1815, considerado como reo de traición y condenado a muerte, sentencia que se cumplió al día siguiente en los jardines del Luxemburgo.

ARBOLES CURIOSOS

En ciertas selvas vírgenes de la América del Sur crecen unos árboles que los botánicos llaman "Aspimodorpha", notables porque alrededor de su tronco y perpendicularmente a él, lleva una porción de tabiques de la misma madera, dispuestos de tal modo que la sección horizontal del árbol, en vez de ser circular tiene la forma de un asterisco.

Dichos tabiques son anchos, pero de peco grueso; y como son de una madera muy fuerte constituyen verdaderos tablones, que fácilmente se separan del tronco mediante un corte vertical, cosa sencilla e nextremo cuando el árbol está verde.

Los indiohs separan estas tablas que la naturaleza les proporciona la preparadas, y con sus machetes cortan de ellas remos para sus canoas. Al secarse, la madera de la "Aspimorpha" se torna durísima y flexible, lo cual la hace inmejorable para aquel objeto, entre los indios son, por esta razón, conocidos dichos tablones con el nombre de "madera de remo".

COMO HERMANAS

Por J. Eduardo Barrios

Eran las nueve de la noche.

Un húmedo olor de agua y vinagre aromático refrescaba la atmósfera tibia. El cuarto, a causa de los preparativos de Laura para el teatro, estaba más iluminado que de costumbre. La lámpara desprendía por sus cuatro bombillas un torrente de luz; sobre las paredes tapizadas en blanco, destacaban con firmeza los retorcidos contornos del amueblado Luís XV y los mil cuadritos y monerías que son frívolo y amable adorno en el dormitorio de una soltera.

Encima de la colcha rosa del lecho, un traje pintaba entre gasas un brochazo de azul pizarra; y al lado, Margarita, sentada en una butaca, esperaba que su amiga terminara su tocado. Entreteníase examinando un delicado abanico veneciano del siglo XVIII, con esa minuciosidad que exige el tiempo a quien ha de soportar una larga espera.

—¡Qué preciosidad! ¡Qué primor de abanico! — exclamó de repente, entusiasmada—. ¡Y qué perfección en las pinturas!

—Sí, es una obra de arte — repuso Laura sin volverse y mientras hundía, para esponjar el peinado, los dedos largos y pálidos en su grávida cabellera negra de criolla.

Luego añadió:

—No te lo ofrezco porque es de mamá; pero...

Margarita no la dejó concluir:

—¡Qué ocurrencia, niña — dijo — Aunque fuese tuyo...

Cambiaron dos o tres frases más, de pura cortesía, y el silencio sólo fué entonces interrumpido por el sonido seco de los utensillos que Laura manejaba sobre el mármol del tocador, a medida que daba realce a sus encantos. Con un poco de carmín reforzó el garabatito de su boca, tornándolo ardiente y provocativo; luego limpióse los polvos de las pestañas, y los ojos resurgieron en su fulgor sombrío, mareantes y profunros como dos simas cuya oscuridad xigía admirar la tez pálida, de esa blancura, desfalleciente y mate que da la vida entre tapices y cortinas.

De pronto llamaron a la puerta.

¿Quién?

—Yo, señorita. Una carta para usted — respondió la criada desde afuera.

—Margarita, hazme el favor; recíbela tú, que yo no estoy visible

La amiga se levantó entonces y fué a recibir la carta.

—Es de Valparaíso, — dijo, volviendo con ella.

—A ver... La letra es de Constancia Cabero... Déjala sobre la cómoda, para saborearla con calma cuando esté vestida.

—Constancia Cabero... — repitió Margarita, como escudriñando en su memoria — ¡Ah! ¿Es aquella amiga que tenías cuando te conocí? ¿Aquella que se paseaba contigo y ese joven alto en la Plaza?

—La misma. Una de las amigas que más quiero, una alhaja.

—Muy linda.

—Y de tanto corazón como hermosura.

—La verdad es que era preciosa — confirmó la otra con entusiasmo. —Y óyeme una cosa: cuando las veía yo a ustedes dos juntas con aquel joven, no acerté a explicarme nunca de cuál estaba él enamorado.

—Como que nosotras mismas no lo sabíamos. A las dos nos cortejaba. ¡Figúrate!... ¡Ay! No sé... Si no peleamos, fué por el cariño realmente grande, entrañable, que nos teníamos. Cuando me acuerdo...

—¡Cómo!... ¿De manera qué a las dos...?

—A las dos.

—¡Qué divertido! Cuéntame, cuéntame eso...

Sin interrumpir el pulido de las uñas, cedió Laura a la curiosidad de Margarita, y empezó a hilvanar recuerdos y acoplar detalles.

Evocó en primer término a Carlos Romero, que así se llamaba el corazones de las dos muchachas se exaltaban, desfallecían, alternatigalán. No era posible hallar tipo más seductor: alto, esbelto, de facciones correctísimas, elegantes y distinguido; tanto, que ambas sentíanse igualmente atraídas por sus ojazos castaños y dormidos, de largas pestañas que dábanle una expresión acariciadora, avasallante, al mirar. Fino y oportuno en sus atenciones, descubría al hombre avezado en las costumbres sociales. Como decía Laura, tenía un refinamiento natural de expresión, una confianza en sí mismo, un no sé qué de exquisito en sus galanteos, que les ocasionaba subidísimo, incomparable deleite y hacía titubear en ellas la educación, el recato y... casi el pudor. No ignoraban que era algo tunante, trasnochador y hasta que trataba ciertas amigas poco escrupulosas, y, no obstante, esto le rodeaba de un aura seductora que las envolvía y las fascinaba. Aquella vida adornada por aventuras, amoríos ilícitos y fiestas galantes producía en ellas, como en la mayoría de las muchachas solteras del "gran mundo", un encanto misterioso a la vez que mortificante. Cuando, en las noches, separábanse de él y pensaban en los goces que otras más libres que ellas le proporcionarían, quedábanse largo rato tristes y aun pesarosas de no haberle permitido, siquiera tal cual vez, alguna pequeña libertad de esas que el estricto recato llega a vedar con exceso a las señoritas...

Tras de estos silencios meditabundos, solían buscarse, presas de invencible necesidad de expansión.

—A mí — decía entonces Laura, en un arranque de intimidad —Me entran unos deseos de ser libre, de acompañarlo a todas partes...

Constancia callaba unos momentos, y al fin añadía:

—Se me figura que esas mujeres deben ser muy interesantes, muy zalameras en su trato, en su... ¡Quién sabe en qué!... para que trastornen de ese modo a los hombres. Créeme, a ratos, pensando en ellas, me siento muy insignificante, sin atractivos poderosos, demasiado severa, desabrida, fúnebre en mi conducta y... llego a renegar de... No, no. ¡Por Dios¡ !Lo que iba a decir!...

—No, no lo digas. No hay necesidad de que me lo digas. Otro tanto me pasa a mí. Y son los celos, que la hacen a una disparatar.

—En mí no son los celos; es rabia, mira, una rabia atroz. Yo, a esas mujeres, las pulverizaría.

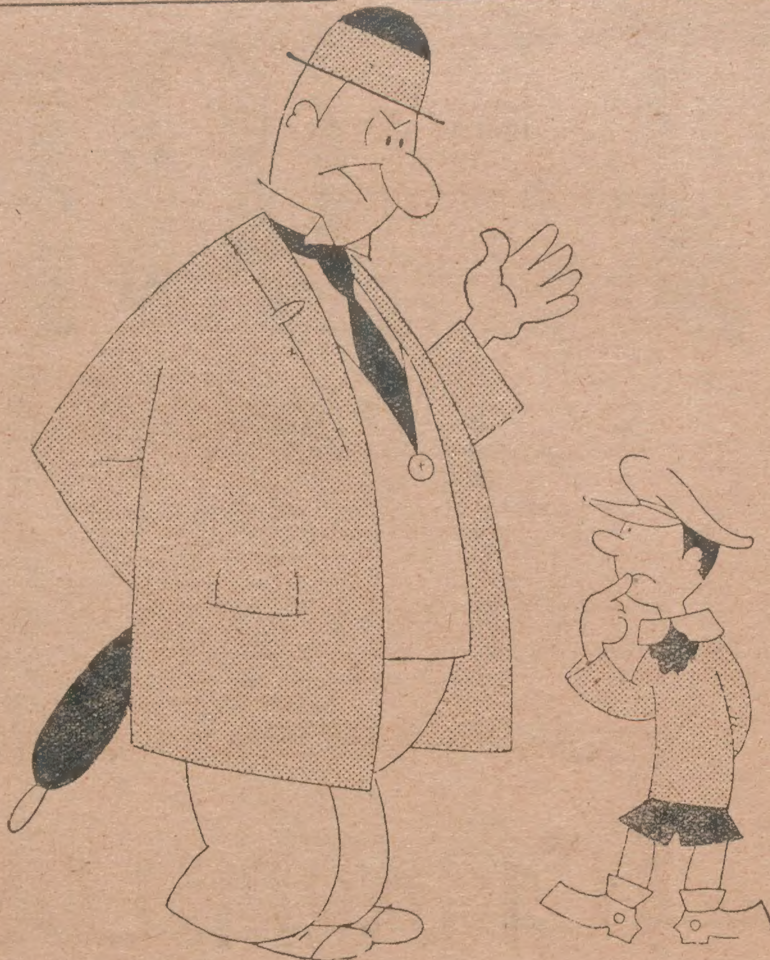
—¿Por qué existirán? Debían prohibirse.

—Así es.

Siempre concluían de semejante manera estas confidencias; pero se repetían casi a diario. Los corazones de las dos muchachas se exaltaban, desfallecían, alternativamente sensatos y enloquecidos.

Cuando Laura, entre acomodos al corsé y retoques al peinado, hubo expuesto a Margarita, con cierto dejo nostálgico, aquellos amores, la curiosa amiga arguyó aún:

—Por lo visto, estaban ustedes muy enamoradas. Y, realmente, se



—Papá, ¿por qué te casastes con mamá?
—Tú también te asombras, ¿verdad, hijo mío?

EN EL CONVENTO

Estoy en el convento de la Paz. Un hermano
me lleva por un huerto de claveles y rosas.
Hay sol, pero las plantas parecen religiosas;
y el silencio es tan hondo, que todo está lejano...

Pasamos por un claustro profundo de tristeza,
quizá lleno de anhelos y abatidas plegarias;
y el Hermano me muestra dos losas funerarias,
y me dice: —"Aquí, antaño, se enterró a la nobleza".

"Estas son las cenizas de dos pobres amantes
que separó la vida con su viento glacial.
Ahora duermen la muerte, bajo el mismo rosal
que transforma sus sueños en corolas fragantes".

Sobre el jardín, que es santo, la tarde es una aureola,
Reza un pino. Callamos. Vuela el viento. Hace frío...
Ante tantos enigmas y ante tanto dolor, ¡Dios mío!,
sólo el alma está triste, sólo el alma está sola.

Suena un reloj de un modo que la paz se conmueve.
Las voces de las horas nos recuerdan su imperio
Ya obscurece, y se siente que va a hablar el misterio.
El fraile me despide. Salgo. Es de noche. Llueve...

Pedro Miguel Obligado.

me hace incomprensible que no hayan peleado

—¡Ah! — dijo Laura con vehemencia. — Eso hubiera sido imposible entre nosotras, que nos queríamos tanto, que nos queríamos ya como dos hermanas.

—Pero también las hermanas pelean en tales casos.

—Pues nosotras, no. Por el contrario, habíamos convenido que cada una, por su parte, hiciera cuanto estuviese a su alcance para decidir a Carlos Romero en su favor, naturalmente que siempre que para soliviantarlo en sus inclinaciones, no usara de medios indignos.

—¡Ah!

—Ya, ves. Con este convenio, no cabían disgustos. Además, te repito, nuestra amistad fué siempre demasiado firme para que un advenedizo la desbaratara.

Y Laura continuó así, recorriendo la gama de los elogios para ponderar aquella inquebrantable unión. ¿Reñir ellas, pues? No, ni pensar se podía en semejante absurdo.

—Aunque me lo hubiera ganado ella — concluyó — mi cariño habría sido el mismo, como es hoy.

—Y al fin, ¿en qué pararon los amores? — preguntó intrigada Margarita, mientras pasaba a Laura el vestido, recogido como aro, por encima de la cabeza.

—¡Pse!... en que nadie triunfó. Carlos fué llamado a Valparaíso por su padre, para hacerse cargo de sus negocios, y tuvo que abandonar Santiago sin decidirse por ninguna de las dos.

—¡Qué quieres!... No se pudo. Varias veces lo pensamos. Una vez llegamos a sortearnos; pero en seguida anulamos el juego, alegando trampas y jugarretas; aunque me parece que la verdadera causa era que ninguna podía sufrir indiferente el sacrificio de la otra. Nos queríamos tanto...

Pronto Laura terminó de vestirse y, cogiendo la carta, se acercó a la lámpara, a fin de leer mejor.

Su silueta robusta irradiaba en la luz, que se escurría por el descote fresco, afelpado y con marfileños reflejos. El vestido insinuaba las caderas de morena fogosa y caía en levísimos pliegues.

Con la esquelita entre los dedos, leía Laura en silencio, descubriendo a ratos, con una sonrisa, la línea brillante de los dientes. A su lado, Margarita, con mirada interrogadora, esperaba impaciente alguna noticia; sus ojos seguían el zig-zag que describían los de Laura sobre el papel. Aquel semblante de rubia vivaracha era un espejo de los gestos de su amiga; en él se repetían, con el poder del contagio, las muecas y las sonrisas.

De pronto, la sonrisa de Laura dejó de ser la flama producida por el goce de las nuevas agradables; trocóse primero indecisa, luego amarga, después irónica, indefinible, mientras las pupilas ávidas se dilataban para releer un trozo de la carta. Por último, los brazos se descolgaron, a lo largo de los flancos. Laura quedó abismada. Su respiración se había hecho fatigosa, su pecho se agitaba en reprimidas ondulaciones, cual si en su interior una tempestad de ira despertase. La cólera llevó de repente una oleada oscura a los ojos, que chispearon. Los labios se entreabrieron como para decir algo... Pero la muchacha vaciló, cohibida, unos instantes.

Al fin, no pudo reprimirse. Su ira estalló, desbordante, incontenible ya.

—¡Falsa, infame, ruín! — dijo, mordiendo las palabras.—No merecía mi cariño. ¡Desleal, mezquina, miserable!

—¿Qué te pasa? ¿Qué hay? — preguntó alarmada Margarita.

—¡Qué desengaños causan las amigas, hija! Imagínate que...

No prosiguió. La razón se sobreponía a la cólera. Limitóse a pronunciar, con tono desdeñoso y lágrimas en los ojos, estas palabras:

—Nada; falsías, que es mejor olvidar.

Estrujó la carta, la arrojó a un rincón y, sacudiendo altanera la cabeza para despejar de un rizo la frente, salió diciendo:

—Voy a ver si mamá está lista.

Margarita, alelada, no podía explicarse tan repentino cambio. ¿Por qué Laura, después de ponderar tanto las buenas cualidades de su amiga, de su hermana, como la había llamado, la insultaba ahora?

La curiosidad invencible de las mujeres la indujo a faltar a la buena educación.

Temblorosa, mirando a todos lados, recogió la bolita de papel, la estiró y leyó en uno de sus párrafos:

"Te llamará mucho la atención que nada te haya dicho hasta ahora de mis famosos flirts. Pues bien, Laura, se acabaron las tonterías. Estoy de novia. Y ¿a qué no adivinas con quién?... Con Carlos Romero. Ya estoy pedida y el primero de Septiembre es el día convenido para el matrimonio. Todo ha sido muy rápido..."

Las luchas en el Polo

La conquista del Polo, de los lugares extremos septentrionales del mundo, ha acuciado en todos los tiempos a los hombres de ciencia.

En el año 1926 quedó realizada la conquista del Polo por el infortunado explorador sueco Anmusen, y en 1928 aquellas regiones fueron testigos de escenas no muy edificantes; pero el primer intento de arribar a las gélidas regiones de que se tiene noticias documentales se remonta al año de 1544.

En este año, algunos ricos comerciantes de Londres enviaron una expedición de tres barcos, mandada por sir Hugo Willanghby, en busca del paso del Nordeste. A poco, los expedicionarios, casi en su totalidad, murieron de hambre y de frío en los mares del Norte y sólo uno de los barcos pudo arribar al mar Blanco y luego, por tierra, llegar su tripulación a Moscú.

En 1594 salió de Norteamérica, Guillermo Barentsroon y llegó a las costas del mar de Kara, con escaso resultado; años después partió con otra expedición rumbo al Oeste, donde encontró varias islas que juzgó formarían parte de Groenlandia y a las que llamó Spitribergen. A poco, fueron detenidos por los hielos y se vieron obligados a pasar la invernada (primera que los europeos pasaron en las regiones heladas entre los hielos.

De este viaje queda una relación escrita por Gerrit de Veer, contramaestre de Barentsroon. Los relatos de Gerrit son de una exactitud y dramatismo impresionante y cambiando los nombres y las fechas podrían servir para narrar las vicisitudes e incidencias concurrentes en casi la totalidad de los viajes de exploración que se han hecho a Polo.

Larga de enumerar sería la serie de exploradores que han intentado la conquista del Polo; pero siempre deben recordarse los nombres de Hudson, Baffin, Cook, Ross, Parry, Duque de los Abruzzos, Capitán Scott, Shackleton, ackson, Peary...

En la historia de las exploraciones resaltará siempre la expedición del "Stela Polare", comandado por Cagni en 1900, cuya expedición está narrada en un libro publicado por el duque de los Abruzzos.

La última tentativa hecha para alcanzar las remotas latitudes es la realizada por el general italiano Nóbile, tentativa desgraciada y cuyos resultados no hacían prever la preparación, entusiasmo y promesas hechas por el jefe de la expedición.

En el salvamento de los desgraciados tripulantes del "Italia" se ha demostrado la eficacia de la aviación en los trabajos de salvamento. En las angustias de la estada forzosa en las desoladas regiones es una gran esperanza escuchar los zumbidos del pájaro metálico, que se ha de encargar de sacar a los expedicoinarios de las angustias del vivir, muriendo totalmente alejados de toda vida y relación humana.

Mr. Herbert Hoover - Es la esperanza del nuevo gobierno americano

Cediendo a impulsos del espíritu cordial que sustenta nuestra prédica en favor de la vinculación argentina con todos los pueblos del mundo, nos toca celebrar ahora el cambio de gobierno de los Estados Unidos. Aun cuando Mr. Calvin Coolidge, mandatario saliente, ejerciera su magistratura con el alto sentido político que cabe reconocerle como una de las figuras más descollantes del país amigo, el presidente entrante Mr. Herbert Hoover, cifra un puñado de hondas esperanzas que él alentó a su paso por esta parte del continente y que, a decir verdad, creemos que llegarán a corporizarse en saludables actos de gobierno. Tal motivo explica la confianza y la simpatía despertada alrededor de la sencilla ceremonia oficial realizada últimamente en la Casa Blanca de Wáshington.

Mr. Herbert Hoover fué puesto en posesión de los destinos de la poderosa democracia del Norte. El hecho de haber surgido el nuevo mandatario americano del mismo núcleo político de Harding y Coolidge permitió suponer — no sin cierta lógica— que las características de su gobierno no diferirán mucho de la línea seguida por sus antecesores, tanto en el orden nacional, como en el internacional, que es el que nos preocupa. La circunstancia, además, de que Mr. Hoover ocupara durante aquellos dos períodos republicanos altos cargos administrativos es otra razón de fuerza para los que así piensan acerca de las perspectivas del gobierno iniciado. Advirtamos, sin embargo, que Mr. Hoover visitó en jira de buena voluntad los países hispano - americanos, recogiendo una impresión exacta de nuestra naturaleza de pueblos libres y progresistas y formándose un concepto inteligente de nuestros problemas sociales y económicos, del alcance de nuestra cultura y, lo que es más de los sentimientos profundamente humanitarios que nos animan.



Herbert Hoover, Presidente de los Estados Unidos de Norte América

En este sentido Mr. Hoover lleva sobre Harding y Cooligne la ventaja del conocimiento. Su rectitud política, y los propósitos expresados al asumir la primera magistratura americana, serán, pues, iluminadas ampliamente por la visión directa que posee de las naciones hispanas. Ello despejará la incomprensión que en el pasado pudo obstaculizar el íntimo consorcio espiritual y material de los Estados Unidos con las jóvenes entidades del continente. Agréguese que, en el inevitable juego de la política internacional, el detalle de provenir Mr. Hoover de un núcleo determinado de opinión americana carece de la trascendencia que se le atribuye. No puede nunca prevalecer un concepto ortodoxo en el gobierno, salvo cuando se trata de la dignidad nacional. Un programa partidario es susceptible, entonces, de las modificaciones que impongan la verdad, la justicia y los intereses superiores del mundo.

Si para considerar la futura obra de Mr. Hover nos constriñéramos estrictamente a la enunciación de la Convención Republicana y a los antecedentes políticos de los mandatarios por ella elegidos, tendríamos necesariamente que prejuzgar. Y, desde luego, hubiéramos de admitir con desazón que los Estados Unidos mantendrían, sobre toda noción del derecho, la absorbente orientación inetrnacional manifestada en algunos casos históricos. Pero ni la consciencia honrada de los Estados Unidos, ni la lealtad moral de Mr. Hoover merecen ser involucradas en una apreciación equívoca. Las declaraciones del nuevo presidnete americano son harto significativas y enumeran una serie de ideas que, de concretarse, como esperamos, en actos prácticos de gobierno, fortalecerán definitivamnte las relaciones de los Estados Unidos con los países hispano - americanos.

Saludemos al pueblo amigo, a la gran democracia del Norte, en el acontecimiento trascendental de la trasmisión de su gobierno.

Para la República Argentina, cuya política patriótica y humanitaria cuenta la garantía indiscutible del doctor Hipólito Irigoyen, la ascensión de Mr. Herbert Hoover al poder representa la seguridad de que los problemas económicos que atañen a las vinculaciones de ambos países serán resueltos con amplio espíritu de justicia. Unimos nuestra voz al cálido entusiasmo y la fe que, desde los más lejanos puntos del mundo, le fueron expresados a Mr. Herbert Hoover como un gratísimo auspicio del gobierno que inicia.

Nuestro artículo sobre la visita de míster Hoover, mereció la atención del "The Chicago Daily News". — Nos envía un despacho el Jefe de la Sección Extranjera del importante diario americano

La dirección de FRAY MOCHO recibió de Mr. Hal O'Flaherty, jefe de la sección extranjera del "The Chicago Daily News", el siguiente despacho:

"Sr. director de FRAY MOCHO:

Muy señor mío:

Un ejemplar de su apreciable revista, ha llegado hasta la mesa de trabajo, proporcionándome el grato placer de leer su nota acerca de nuestro Presidente Electo, y su reciente visita al país de usted. Estimo en mucho la perspicacia y simpatía demostradas en dicho artículo, y confiamos en que influya, a promover las relaciones amistosas entre nuestros dos pueblos.

Sinceramente, suyo.

(Fdo.): **Hal O'Flaherty.**

"The Chicago Daily News" es el principal diario americano de aquella ciudad, y uno de los más vastamente extendidos en el público de los Estados Unidos. Este detalle ahorra comentarios sobre la trascendencia que tiene el despacho transcripto. La atención que mereció nuestro referido artículo demuestra el crédito moral y la difusión de FRAY MOCHO, cuyo puesto en la prensa argentina se conoce bien en el exterior y es ratificado con la plena confianza de la opinión extranjera. Consideramos, pues, el despacho de Mr. Hal O'Flaherty como un éxito halagüeño de nuestra constante acción en favor del conocimiento del país, y de su creciente vinculación internacional. El artículo señalado por el jefe de la sección extranjera del "The Chicago Daily News" expresaba, como se recordará, nuestros puntos de vista sobre el problema de las relaciones de los Estados Unidos con Hispano-américa. Que haya sido noblemente interpretado y considerado por el importante diario americano halaga los sentimientos de cordialidad que sustentamos para con la gran Nación del Norte.

THE CHICAGO DAILY NEWS
15 NORTH WELLS STREET
CHICAGO

February 4, 1929

Editor
Fray Mocho
Cerrito 607
Buenos Aires Argentina

Dear Sir:

A copy of your most estimable journal has been placed upon my desk and I have read with great pleasure your article on our President-Elect and upon his recent visit to your country. We greatly appreciate the insight and sympathy shown in this article and trust that it will further influence the friendly relations between our two countries.

Sincerely yours,

Hal O'Flaherty

Foreign Editor.

"El Cachorro"

Por Eduardo Buil

I.

El "Jabato", rodero, ladrón, perseguido por la justicia de los hombres, era para su Rosa el hombre más rendido y galán de la tierra. Y aún más desde que ella le había dado aquel hijo, su "cachorro", como amorosamente le llamaba, entre besos, su padre.

Para ella eran las primeras frutas nacidas en los árboles de la serranía y las florecillas salvajes que entre el romero y el tomillo crecían en los matojos. Cuando bajaba al llano, caballero en su potro, volvía a su cabaña de las cumbres con el botín de la batida y un manojo de florecillas para su Rosa, arrancadas de cuajo o a tajos de cuchillo, florecillas que a veces esmaltaba una gota de sangre roja, como un rubí.

Tras una de sus incursiones en la tierra baja, la policía lo persiguió a tiros hasta su misma cabaña, a la que llegó herido, y sino cayó con vida en poder de sus perseguidores, a aquel potro, más ligero que el viento, se debió; pero hasta las cumbres llegaron los policías y le pusieron cerco. Veinte horas de angustia estuvieron el "Jabato" y su hembra defendiéndose a la desesperada del sitio, cada vez más estrecho e irresistible. Menudeaban los disparos entre sitiadores y sitiados cuando de pronto enmudecieron los fuegos de la cabaña. Detuvo su ataque el sitiador, y no atrevióse a avanzar, temeroso de una emboscada, o de recibir a pecho descubierto una descarga; pero horas después, ante el trágico silencio, penetró resueltamente en la cabaña.

Exánimes encontraron al "Jabato" y a su hembra, acribillados a balazos.

Sobre un montón de heno, el niño, el "cachorro", único ser vivo en la cabaña, insensible a la tragedia, sonreía.

II.

Se encargaron de su cuidado y mantenimiento las damas de una junta benéfica, que lo ingresó en un hospicio, donde lo educaron con sujeción a la más rígida moral.

Creció el muchacho temeroso apocado. Su paso apenas se advertía cuando atravesaba las aulas desiertas o los claustros silentes. Y sus mentores, conocedores de su origen, sonreían satisfechos de su obra.

La ley de atavismo era en Juan de Dios — que así llamaron al "cachorro" — incierta. No podía ser más dócil y obediente. Y, no obstante, hasta sus mismos compañeros lo miraban con cierta prevención. No faltaba quien gustaba de mortificarlo, sobre todo en las horas de recreo. Y él no sabía por qué. Llegaron los muchachos a juzgar como patente de hombría atreverse a menospreciarlo e insultarlo. Hasta que una tarde le dijo brutalmente un compañero:

—A tus padres los mató la Guardia Civil por bandidos. Vete de aquí.

¿Qué pasó entonces en su almita, tierna?... ¿Qué extrañas luces brillaron en su mente?... ¿Qué poderosa fuerza de atavismo anuló su apocamiento y puso fuerza irresistible en sus puños y energía arrolladora en su corazón?...

Si él era hijo de seres que amaron la violencia y vivieron fuera de la ley, Juan de Dios no tenía culpa de ello. La educación había pulido ya su agresividad innata; él era bueno, pero no le dejaban serlo. Abusaban de él, le pegaban, y él no sabía defenderse. Sus superiores recibían sus quejas, y castigaban a los que molestaban a Juan de Dios, pero luego éstos duplicaban sus desprecios y sus ataques.

Se hizo taciturno. Habéis visto cosa más triste que un niño melancólico? Es arroyo sin corriente, alba sin claridad, jardín sin flores. ¡Si un niño es, Señor, la suma de todo júbilo, la concreción de la belleza y la ternura, rosa de vida y esperanza!...

Y aunque rehuía la proximidad de los otros, ellos se le acercaban en aquellas horas de recreo, para él indeseadas, y tan gratas para sus, no por más pequeños menos crueles, perseguidores.

Hasta que un día sobrevino el choque. Lo hostigaron, lo insultaron, y, al fin, uno, el que por su corpulencia más se distinguía en atropellarlo y más se hacía de temer de los otros, dijo:

—Eres un cobarde, hijo de cobardes. ¿Y tu padre era el terror de la comarca?... ¿Pues donde tienes tú su sangre? ¡Eres un blanco, como él!

No había cabado de decirlo cuando Juan de Dios, que jamás pudo soñar en poseer tan desiguales arrestos, lo cogió en brazos y le estrelló la cabeza contra un árbol. Los demás huyeron como corzas a llevar la noticia a las madres.

Cuando fueron en su busca, el tropel de asilados pronosticaba: "Habrá huído".

No; no había huído. Juan de Dios estaba prestando auxilio a su víctima, y llorando por lo que había hecho, y aún más porque quería ser bueno y no le consentían que lo fuera. El era para todos, y aún más desde entonces, el "cachorro" de una fiera, y aunque quisiera no podía libertarse del prejuicio. Su estigma le acompañaba de por vida como una maldición.

JOHN BULL

Literalmente hablando, "John Bull" equivale a "Juan Toro", expresión simbólica con que se caracteriza a la nación inglesa, y que se da también a sí mismo el pueblo inglés.

Dicen que con esta expresión se indica a la vez la violencia y la fuerza de sus movimientos y la indomable obstinación y la independencia de que jamás se ha desprendido, lo mismo aceptando el yugo de la jerarquía feudal, que el mando de la aristocracia hereditaria.

LA LLAVE

Por la Condesa de Pardo Bazán

Fué un día lluvioso de invierno cuando Isidora, al volver a su casa, se dió cuenta de que había perdido la llave del mueble. Era el mueble un modesto bargueño, de los que que no lucen complicados herrajes, ni dorados prolijos, ni terciopelo rojo bajo las cantoneras. Unas taraceas pobres y unas conchas de hierro constituían su único adorno. Así y todo en la casa se le tenía por objeto de lujo, y desde el primer día fué adjudicado a "la señora".

Y nadie — ni el mismo marido, Fidel, ¡ese menos que nadie! — se atrevió a profanar, ni con importunos registros, ni con tentativas de usurpación de dominio, el mueble consagrado. Lo antiguo de su forma parecía un motivo más de veneración. Si fuese una cómoda, un entredós, un armario de luna, no ejercería tal prestigio. El bargueño intimidaba a todos: al servicio, a la familia. Se hablama de él con inflexiones de voz misteriosas.

¿Qué guardaba Isidora en él? Nunca su esposo, nunca los chicos se habían atrevido a plantear tal cuestión. No dejaba de haber su curiosidad correspondiente; pero el secreto persistía. En presencia de los suyos jamás Isidora abrió el mueble. Aguardaba, para hacerlo, a estar sola, y ninguno pudo sospechar lo que había detrás de la tapa del mueble, faz de madera, lisa y reluciente a fuerza de fricciones de trapo empapado en aceite frito. Al ir pasando el tiempo, la misma curiosidad casera se embotaba, como acero que no se usa y pierde su filo sutil.

Al notar la desaparición de la llave, Isidora palideció y un escalofrío recorrió sus vértebras. Se encontraba entre la espada y la pared. Llamar a un cerrajero era exponerse a que lo suyos pudiesen enterarse... ¿De qué? Fuese lo que ello fuese, la angustia oprimía su corazón sólo al pensarlo. Anunciar la llave, poner en los periódicos un suelto... Otro peligro. El que trajese la llave perdida, por la esperanza de una recompensa, podría llegar en una hora en que ella hubiese salido de casa, entregar el objeto a cualquiera, sabe Dios si a Fidel... Y, bien considerada la situación, optó por callar y esperar. ¿Esperar qué? No sabía. Un viaje, muy poco probable de su marido; el colegio de los niños; algo que permitiese un día o dos de soledad, para poder acudir a un cerrajero, sin que se advirtiese nada. Porque no quería tampoco confesar el extravío, que daría lugar a indagaciones comprometidas. Y aquella llave no era de las que se substituyen fácilmente. Trabajada, gótica, muy anterior al mueble mismo y escogida para darle mayor aspecto de vetustez. Una cerradura moderna se notaría al punto; había que imitar la original. Todo ello es más difícil y quiere más tiempo de lo que parece.

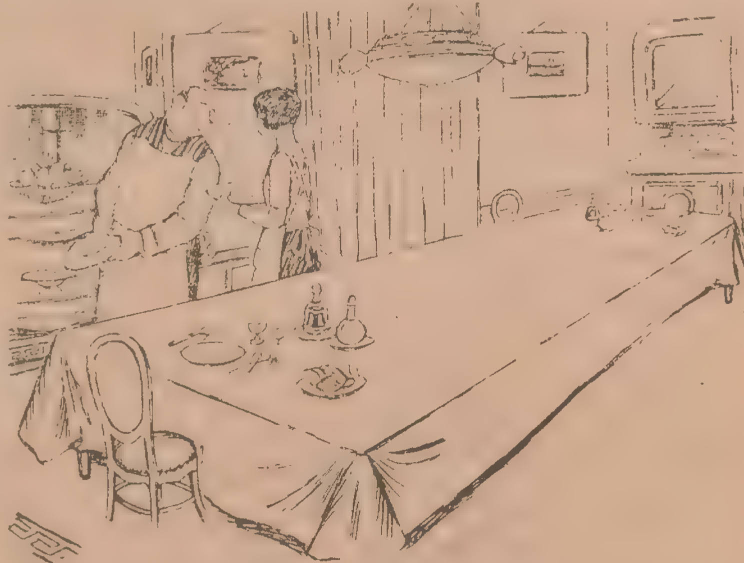
Resolvió, pues, aguardar... Y el mueble, sin llave, adquirió todavía mayor solemnidad en su insulsa vida de mujer encerrada en los deberes y las faenas caseras. Aquel arca de palo fué, más que nunca, la guardadora de toda la ilusión y de la espiritualidad de su existencia. El mueble encerraba como encierran el cuerpo los nichos: sin dejar, ni sospecar su forma. Con todo eso, temor, vago y sin razonable causa, persistía. ¿Y si su marido le pidiese que abriese el mueble? No lo había hecho jamás, pero podía ocurrírsele. ¿Qué diría entonces? ¿Y si alguien recogiese del suelo la llave y adivinase que era ella su dueña? Esta suposición parecía absurda, y sin embargo, en las horas de la noche, cuando desvelada daba vueltas en el lecho matrimonial, la atormentaba como si fuese algo positivo. Al levantarse y abrir la ventana para que entrase la luz del día, reíase de su propia, y un poco de tranquilidad renacía en su espíritu. Suspiraba:

—¡Qué tonta soy!

Al correr de la jornada, las inquietudes volvían. Mil veces pasaba por delante del mueble y con la mirada oblicua se cercioraba de que no había sido abierta. Uno de sus temores era que la llave por ella perdida la hubiese encontrado Fidel, a pocos pasos de la puerta de su casa; que la hubiese recogido sigilosamente y acechase una ocasión de sorprender el misterio. Los menores gestos, los más naturales movimientos del confiado Fidel los interpretaba Isidora en el sentido de su miedo. Seguramente era un disimulado, un zorrito, y no esperaba sino una ocasión propicia de registrar el mueble.... La culpa incita a la sospecha... Y resolvió Isidora no salir de casa sino cuando su marido estuviese en la oficina y le tuviese allí seguro. Lo malo eran los domingos, porque en ellos no hay oficina y Fidel no salía por la mañana, mientras que Isidora, acostumbraba ir a misa con sus hijos. ¿Cambiar su costumbre? ¿No oir misa? ¿Qué comentarios se harían en casa y en la misma vecindad? No concebía tan hipótesis, y, como solución, empezó a categorizar a Fidel.

No podía continuar dejando de ir a la iglesia el domingo. Los niños iban siendo grandecitos y les chocaría tal conducta en su papá. Ya algunas amigas le habían preguntado si Fidel era cristiano o moro. Y ella con un moro no se hubiese casado, no señor. Nada; el domingo, juntitos, irían a misa. Fidel accedió, después de alguna resistencia fundada únicamente en pereza. Si él no se oponía ¡qué caramba! Sólo que aquella mañanita libre en la semana le gustaba mucho para arreglar sus papeles y sus cuentas... Salir le hacía mal avío... En fin, ya que lo tomaba así Isidora, fría, y hasta la llevaría del brazo...

Pensó Isidora que Fidel era un buen marido y que en cambio ella... Ella, mirándolo con serenidad, nada. ¡Cosa grave, ninguna! Una llamarada de fantasía, que nunca llegó a la realidad. Sólo que quien abriese el mueble y registrara el pequeño tesoro de las memorias creería... ¡Lo que creería! Un puñado de flores secas, una petaca muy usada, un pañuelo arrugado y hasta dos epístolas tímidas, torpes. . . Isidora estaba resuelta: en cuanto apareciese la llave o pudiese hacer otra, al fuego con todo. ¡Aquella colección de recuerdos la calumniaba; ella no había delinquido, y, por otra parte, su voluntad misma había cortado el hilo de la intriga de pasión, y cortado tan de raíz que jamás hubo ni señal de reincidencia. El mueble, como un santuario, guardó la historia de lo que pudo ser y no fué, aunque en la región de los sueños persistiese, gracias al mueble cerrado. Pero el ascua iba mansamente apagándose, cuando la pérdida de la llave vino a atizarla. Los sustos, congojas e inquietudes hincaban más adentro la espina...



—¿Estás loco, Agustín? ¿Para qué has alargado la mesa, si no hay invitados?
—No, mujer; es que los señores están enfadados.

Y he aquí que el primer domingo en que Isidora consiguió que su marido la acompañase a misa de once, en vez de sentir calmados sus recelos, le entró un temblor nuevo: la casa quedaba sola y la criada podría registrar, forzar y desvalijar el mueble. Guardaba en el Isidora, a mas de su secreto, algunas joyillas, cachivaches tentadores. La idea se le clavó en el magín con tal fuerza, que dos o tres veces, en la misa, sintió impulsos de levantarse y echar a correr hacia su domicilio. Sólo la extrañeza que despertaría en Fidel la contuvo. Sudaba de congoja, y el marido, viéndola pasarse la mano por la frente, le preguntó:

—¿Qué tienes? ¿Te sientes mal?

A la salida, el aire libre la serenó un poco. Estaba viendo visiones. No obstante, apretaba su paso. Fidel, como sucede a los que salen poco por recreo, recogía la distracción, se entretenía en los escaparates no cerrados aún, y en los mil detalles de la alegría callejera del domingo madrileño. Quería comprar dulces para el almuerzo y escogerlos él mismo.

—¿En qué estás pensando? —regañó Isidora—. Todo ha quedado por enmedio. Hago falta allá. ¡Niños, avivarse!

Al primer campanillazo, abrió vivamente la criada, con el rostro de quien va a dar una buena nueva.

—¡Señora! ¡Señora! ¡La llave! ¡Su llave!

Isidora, cuajada, como de piedra. Al fin pudo contestar, ya temblona:

—¿Qué llave?

—¡La del mueble, señora! La trajo el chico de la frutera, que vió cuando se le caía del bolso, que se abrió; y el muy atún esperó al domingo para venirse con ella... Dijo que volvería, a ver si la señora querría darle...

—Trae, —gritó Isidora, arrebatando por fin el pedazo de hierro y huyendo con él.

Pero su marido la seguía.

—¿Por qué no me dijiste que esa llave se había perdido? —exclamó, encarándose con Isidora.

Ella se detuvo, hizo un esfuerzo prodigioso sobre sí misma, sonrió, jugueteó con la llave y articuló cariñosamente:

—Por no darte un disgusto, hijo. ¿Para qué?

—Te hubiese ayudado a buscarla, mujer... La hubiésemos puesto en los periódicos...

—Ya ves como no hizo falta...

—Mira si te han quitado algo. ¡Qué cabeza tienes! La muchacha ha sido dueña de esa llave, y hasta por curiosidad...

—Bueno, Fide; déjame, que ya se mirará todo... Tengo una jaqueca horrible; voy a recostarme un momento. Oye: dale un par de pesetas al chico de la frutera,... ¿eh?

LAS HEROINAS DE GOETHE

Federica y Carlota

Por Emilio Carrére

Goethe, el nombre cumbre de la gloria alemana, fué un gran amador y si en la vida real sus amantes sufrieron el olvido del gran poeta las recompensó cubriendo sus nombres de inmortalidad. Todas las mujeres de sus novelas y sus baladas, antes habían vivido en el corazón del hombre y por lo que le hicieron gozar o padecer, las hizo el legado magnífico de eternizar sus nombres a lo largo de los siglos venideros. No hubo en la historia ningún príncipe tan magnánimo que hiciera ese regalo a sus amadas.

Todos estos nombres de mujeres, son su propia historia sentimental. Federica y Carlota dejaron el rastro más hondo en la larga vida del poeta dios, que cantó la exaltación del "eterno femenino" como razón única de la vida en uno de los cantos de "Fausto".

Goethe amaba a la mujer, fuente fecunda del futuro, llena de gracia como la virgen María, divina estatua del placer como la diosa de Milo. Y amó el ideal de la mujer con serenidad estética y con fiebres pasionales, a través de todas las mujeres que halló en su camino. Tuvo la energía de no dejar cautivar su genio en el encanto de una sola amante. Tenía el hechizo de la seducción. Cuando era adolescente iba a recibir lecciones de baile a casa de un bailarín de Estrasburgo que tenía dos hijas. Las dos jóvenes se enamoraron locamente del poeta. Las dos hermanas "le colmaban de tiernos y excitantes halagos", y la última tarde, Lucinda, la mayor, en una magnífica exaltación de amor y de celos, le fulminó esta tremenda maldición de gitanería y fanatismo: —"Maldición; maldición eterna para la primera que bese los labios que yo acabo de besar". Goethe, que en aquella época hundía su espíritu en esos mágicos e inquietantes laberintos de las ciencias ocultas, no volvió a ver a las dos hermanas. La maldición de Lucinda le asaltaba siempre que tenía a flor de labios la boca fragante de una nueva enamorada. Siempre creyó que la maldición había caído sobre Federica Brions, la figura más dulce y más abnegada de todas las mujeres de Goethe. Aquel gran cariño abandonado por su fiebre de saber y sus ansias de vivir, por la gran sed de renovación de su espíritu, fué siempre para él un remordimiento y tal vez una melancólica saudade. ¡Allí estaba la dicha humilde y cotidiana, y él pasó de largo por la puerta de la flicidad! Y Goethe no fué nunca feliz a pesar de la magnífica apoteosis de su gloria.

Federica fué la musa de "La canción de Mayo". El poeta tenía entonces veinte años. El claro de luna y el ruiseñor romántico de su balada supieron de aquel idilio encantador en los jardines de la vieja abadía, de la que era pastor el padre de Federica. La rubia doncella cantaba al son grave del clavicordio las viejas canciones del país. Aquella casa estaba llena de beatitud y de sol y todo era alegría e ingenuidad. Federica, con las rubias trenzas sobre su corpiño aldeano, se perdía en la dulce compañía del poeta por los bosques legendarios y misteriosos de Sesenhein. Fué pronto una triste olvidada como Margarita, pero Federica no se quejó nunca de su amante. Murió en melancólica soltería porque cuando alguien le hablaba de un nuevo amor exclamaba, orgullosa de su tornadizo poeta como si fuera la viuda real de un extraordinario personaje mitológico:

—La que ha pertenecido a Goethe, no puede pertenecer a hombre alguno jamás.

Esta pobre aldeana, por un milagro del amor, llegó a comprender le gnio de Goethe. Pero él la abandonó porque no podía "poner el grillete de aquel cariño" a su ansia de saber y a su fiebre de renovar la vida. No quería cristalizar su existencia, ni aun en el más bello momento. El misterioso impulso de un fatalismo cruel y glorioso le empujaba mientras oía "el piafar de los fogosos caballos, espoleados por los invisibles espíritus, que arrebatan el carro de nuestro destino".

Federica le sacrificó su juventud y toda su vida fué un culto el fuerte y sencillo amor de Alberto, que la hizo doce veces madre".

Esta fué la pasión más violenta de aquel gran pasional. Federica se sacrificó por la gloria del poeta. Carlota desdeñó al genio, por una felicidad más humilde y más cotidiana, aureolada por doce cabecitas ingenuas. Goethe hubiera trocado su gloria por el destino obscuro de Alberto Kestner, el marido de Carlota Buff. Así lo declaraba melancólicamente en el ocaso de su portentosa vida de trabajo, cuando había sondeado todos los enigmas del humano saber.

Carlota ejerció una inconsciente y fatídica influencia. Fué la trágica del "wertherismo", cuando en realidad sólo era una amorosa madre de familia. Y Goethe tal vez la amó tan ardientemente por ser tan capaz de ser madre, esclavo también el genio de las gustosas lacerías de la especie.

Dos añosh después de abandonar Wetzlar, publicó el "Werther", en setiembre de 1774. Todo el libro tiene una gran fiebre romántica y sensual y una honda preocupación de la muerte. "Dichoso aquel que no ve en la caída de la hoja más que una aproximación del invierno". El universo es para Goethe una representación del fin de las cosas. Es el dolor íntimo y misterioso de no poder cumplir nuestra misión en la vida. Carlota es la mujer deseada hasta la adoración, las otras mujeres no tienen influencia sobre nuestra sensibilidad y de ahí parte el sentimiento inconsciente del fracaso de nuestra vida. La exaltación romántica de la época hace lo demás. Es el momento de amor lírico por la muerte. El libro de Goethe tuvo un éxito enorme y ejerció una influencia nefasta, una influencia patológica, la enfermedad del suicidio, que después de aparecer esta novela-sirena, se denominó el "wertherismo".

La fiebre pasional del genio, contagió a toda su época, porque muchos años después, cuando Goethe era viejo, vió en una calle el cuerpo de un suicida, que llevaba un ejemplar de "Werther" en el bolsillo.

Carlota era para el poeta una criatura sobrenatural. El hombre más glorioso de Alemania sufrió horrorosamente por aquella mujer que era prometida de un amigo suyo, un joven secretario de la legación de Hannover.

Pero a pesar de su equilibrio y de su honestidad, Carlota, fascinada por el poeta, una tarde, borda el abismo. Goethe "cubre sus balbucientes y temblorosos labios de frenéticos besos". Después huye desesperado. Carlota, se niega verle más, el poeta es encantadoramente peligroso y en ella era inconmovible el sentimiento del deber. Se habían conocido demasiado tarde.

El final de la novela se lo dió el suicidio de un joven conocido suyo, Jerusalén Riddagsshausen, que se mató por amor hacia la mujer de un amigo. Goethe se curó pronto de aquella pasión frenética. Realmente había el peligro de acabar como su melancólico personaje, y, para serenar su espíritu, escribió una novela. Tenía entonces veinticuatro años y una vida gloriosa que llenar.

Carlota representa una época de Goethe, única, inconfundible. Es la pasión sensual, la locura de la carne, la voz ardiente y demoníaca que en el coro de "Fausto" canta la exaltación del "eterno femenino" como la más dulce razón de la vida, junto a las voces angélicas de Federica, la abnegada, y de Margarita, la rubia hilandera. Y las otras bellas sombras galantes que llenaron la vida de este excelso poeta del amor y del infinito.

La consolación del poeta

Puedo evocar sin dolor
aquel romance extinguido. . .
¡No hay amor como el amor
de un idilio interrumpido!

Todo en la vida traidora
tiene un ocaso en su historia,
y haber vivido una aurora
sin ocaso, es una gloria . . .

Hablemos, pues, dulcemente
de aquellas horas divinas,
y sin doblegar la frente
ni llorar sobre sus ruinas. . .

¿Te acuerdas? Aquel estío
fué propicio a mis canciones
y vibraba el verso mío
como un haz de corazones. . .

¡Cuántas veces, de los celos
en el áspero amargor,
hice de mi canto, velos,
para esconder mi dolor!

¡Y cuantas, en los delirios
ardientes que desesperan,
te puse bajo mis lirios
para que otros no te vieran!

Todo acabó sin morir
y murió sin acabar,
porque no supo vivir
o porque quiso expirar...

¿La razón? ¡No la busquemos!
Es necio hurgar en lo arcano;
lo quiso Dios. . .; respetemos
su designio soberano

y pensemos solamente
al mirar hacia aquel lado,
que un amplio sol sin poniente
nos ilumina el pasado. . .

Belisario ROLDAN

ardiente y resignado por el gran artista que le había otorgado el honor de hacerla desgraciada. Su espíritu vivía encantado en un reflejo de la gloria de Goethe y recordaba los días idílicos y románticos, como un gran resplandor en su existencia.

La vengadora de Federica fué Carlota Buff, esa bella sombra cruel que pasa por las desoladas páginas de "Werther".

El genio, monstruosamente egoísta sufrió el infierno de ver a la mujer ardientemente deseada en los brazos de otro hombre.

"Werther" es la locura de la carne, que se hunde en un lúgubre romanticismo que conduce al suicidio. El espectáculo de la felicidad ajena le hace intolerable la vida. Carlota es una fuerte virgen alemana consciente de su deber con la Naturaleza. Ha venido al mundo a cumplir una misión dulce y sagrada. "Esclava de la especie —dice Ganivet—, al genio egoísta y tornadizo, prefirió

Algo sobre Colón

Los historiadores Oviedo, Gomara y otros, coinciden en decir que Cristóbal Colón era recio de musculatura, de fortísima complexión, de rostro simpático, ancho de frente, nariz aquilina, de ojos azules y pelo rojo. Era nervioso y sanguíneo, a la vez su temperamento, debiéndose a esto los defectos de su carácter colérico y rencoroso.

Su ambición era insaciable; codicioso hasta el punto de vender en Haití los indios por lucrarse, y no perdonaba que alguien pretendiera arrebatarle su triunfo. Por eso fué ingrato con Martín Alonso Pinzón, suponiendo que por haberle acompañado a gozar de gran prestigio como marino, le restaría un tanto de mérito y provechos. En Haití sus excesos de crueldad y su comercio de indios, motivó que, en atención a las quejas que se recibían en España, fuese enviado el juez Bovadilla, que lo sumarió y lo trasladó a la Península, preso.

En contraposición con estos defectos está su voluntad firmísima, la fe en sí mismo, la tenacidad a prueba de desengaños y sufrimientos para conseguir la realización del ideal acariciado.

Todas las ideas pertenecen a los historiadores citados.

El gaucho "Tránsito"

Por Valentín de Pedro

El gaucho Tránsito tenía un gesto de condenado sin haber delinquido; su vida era como una expiación. ¿Por qué? Nadie lo sabía; acaso él mismo tampoco. Hay tragedias que están en la atmosfera y que se reflejan en el espíritu de los hombres. Y el gaucho Tránsito recogía en aquel instante el drama de su tierra, que actuaba en su alma.

¿Por qué motivo aquel gesto sombrío y la vertical de su frente, como una flecha que se clavaba cada día más en su cerebro?

El gaucho Tránsito había hecho en su juventud la guerra de Independencia; era el héroe anónimo de la Libertad, que encarnaba el espíritu de la pampa, sin vallas y sin horizonte. Puede decirse que nació a la vida peleando, y, terminada la lucha, tuvo que colgar la lanza en su rancho y cambiar la aventura heroica, donde se embriagaba de victoria, por las tranquilas faenas de las campiñas.

Pero no era su guerra la que había ganado. Ya su país no era colonia de España , pero a él seguían gobernándolo los "dotores" de Bunos Aires. Su gesto sombrío era de desilusión, pues no había alcanzado la libertad tal como él la entendía, y que correspondía tan exactamente al paisaje que le rodeaba.

La simplicidad de la doctrina, verbo de la Revolución Francesa, prendió en el alma del gaucho Tránsito de una manera absoluta y primitiva, en su más puro sentido anárquico. Al atravesar los mares llegó en forma de Mito hasta el hombre de las tierras nuevas, y por haberse deslumbrado por él, la vida del gaucho Tránsito tenía un carácter de expiación.

La victoria pudo un momento hacerle creer que todo cuanto le rodeaba le pertenecía; pero súbitamente se vió despojado de todo lo que creía suyo. De Buenos Aires llegaban a la Pampa autoridades y leyes, que embarazaban sus movimientos, que le fijaban normas. Se creyó un hombre libre y resultó un enemigo de las leyes. Entonces fué cuando Tránsito se paró frente a su destino, desafiándolo, y lanzó su grito de guerra civil:

—¡Pueden quitármelo todo; pero la guerra es mía!

El pulpero, entre sus frascos de ginebra y sus bolsas de azúcar y hierba mate, es el representante del viejo mundo, de la civilización europea, ante la que el gaucho tiene que sucumbir; Tránsito, apoyado en el mostrador de la pulpería, sueña con montoneras, con campos libres, inundados de sol... (Ante aquel escenario grandioso bien puede levantarse en la silla de su flete ligero, la lanza en su diestra, y gritar su triunfo; bien puede crerse el rey de la Pampa). El alcohol que le vende el "gringo pulpero" es buen incentivo para sus sueños de rebelde sombrío.

Que sueñe

El pulpero, que ha venido desde un lugar ignorado y recóndito de España o de Italia, lee los grandes diarios que le llegan de Buenos Aires, y que le hablan de un gobierno estable y de una paz fecunda.. Los temores que despierta en su espíritu el gesto sombrío del gaucho se desvanecen y sonríe satisfecho, mirando disimuladamente a Tránsito con el rabillo del ojo por encima del periódico.

Ya ni la guerra puede hacer. El adversario — la ciudad, con su civilización — lo persigue y acorrala, oponiendo a su espíritu de aventura un férreo espíritu de orden. Y su gesto hosco y sombrío se va acentuando. Está en desacuerdo con todo lo que le rodea.

—¡Me lo han quitado todo, hasta la guerra, que era bien mía!

Se lamenta Tránsito, y con su paso indolente y su cachaza legendaria va caminando hacia la vejez y la muerte, como si se perdiera en la pampa, dejando tras de sí, como memoria de su paso, la estela de polvo que levanta su caballo. ¡Breve memoria!

En su vejez se consuela con una lírica compañera: la guitarra. ¡Amada compañera de sus nostalgias y su pereza nativa!

Un día — ya el gaucho Tránsito esconde su gesto sombrío en una maraña de barbas blancas que le dan gravedad de patriarca — el pulpero recibe, junto con los paquetes de velas y los frascos de ginebra y el azúcar y la hierba, unos cuadernos que le envía el mayorista de la ciudad. Son versos. Y el gaucho se encuentra en l a pulpería con su alma: el poema "Martín Fierro", que compuso don José Hernández.

Tránsito — como los demás gauchos — reconoce en Martín Fierro a un compañero de toda la vida. Sus existencias de rebeldes terminan, como la de él, en una elegía. No pudieron realizar su sueño; son los vencidos, y por eso hay tanta poesía en el poema. En todo lo que no ha podido ser y hacia lo que se aspiró, hay una nostalgia, y en la nostalgia, la más pura emoción lírica...

El gaucho Tránsito no tuvo un final épico, como correspondía a sus sueños y sus ambiciones, sino que vivió muchos años y se esfumó lentamente, como envuelto en una nube que lo transportó al cielo de la leyenda.

Su lucha no era una lucha de hombre contra hombre, sino que era más bien, por su grandeza trágica, la lucha del hombre contra una fatalidad inexorable e invencible. Así se comprende la melancolía infinita de sus canciones, que cantó otro hermano de Tránsito: Santos Vega el payador al que venció el Diablo.

¡Oh, gaucho triste, resignado y sombrío; gaucho legendario, que creyó en un mito: la libertad anárquica, y acabó personificando a su vencedor en otro mito: el Diablo!

"Alma Desnuda", poemas de Mario Castellanos

UN LIBRO DE ACENTOS PERDURABLES

Mario Castellanos, el poeta de "Selva sonora", vuelve a brindarnos en versos de pulcro y noble estilo el elixir maravilloso de su espíritu. "Alma desnuda" llámase el nuevo volúmen que compendia la armoniosa música de su versibilidad. Reune su obra un caudal pródigo de poemas que se divide en cuatro cantos. Del amargo saber; El cáliz de la noche; Ascuas; y Bronces y lauros; — y en los cuales el alto poeta no sólo confirma la hondura de emoción que lo distingue en la lírica castellana, sino también su dominio especial del idioma y la diversidad y fecundidad de su notable e inspirado temperamento.

Mario Castellanos ha levantado la arquitectura preciosista de su poesía sobre el fondo de humanidad cristiana de sus ideas. Quiere decir esto que, depurando su verso hasta las más sutiles expresiones del arte, supo no obstante permanecer indemne ante el decadentismo "demodé". De ahí que sus poemas realicen aquella virtud que exigía Baudelaire para la perdurabilidad de toda creación artística "el dolor verdadero del humilde en la copa labrada del señor". Ciertamente la poesía de Mario Castellanos está investida de la gracia suprema de la belleza, y enaltecida por el sentimiento de las grandes idealidades de la existencia y del esfuerzo humanos. Así le oímos cantar en estrofas de sonoro ritmo "el primer aletazo del hidroavión Uruguay", la "energía y el optimismo, que es la conshigna de la raza nueva", y "el atributo supremo de la estirpe bravía que afiló la proa de las carabelas"'. También exalta en opulentos versos de armonía la gesta libertadora de Sandino que "ha convertido en coto de inmortal epoepya, las broncas soledades del solar nativo". El poeta, que, luego se remonta a la filosofía pura, no se dejó sorprender tampoco por el snovismo de nueva estética. Y en un delicado e hiriente epigrama la combate, proclamando su adhesión a las fórmulas siempre antiguas y modernas del arte imperecedero de todos los tiempos.

Mario Castellanos perfila en "Alma desnuda", con carácter definitivo, sus cualidades de poeta que Juana de Ibarborou advirtió en los siguientes términos, justos y encomiásticoss "Su libro tiene un hondo sabor humano; poesía espiritualizada es la suya, hasta en el verso fuerte y conflativo, de pensamiento tenso hacia la acción". He aquí el soneto "La desventura de saberlo todo" que integra "Alma desnuda" y que es, fuera de dudas, por su acento lírico y por su profundidad, una ¿página ¿de antologías

LA DESVENTURA DE SABERLO TODO

¡Qué lástima — poetas — que el milagro no exista!
Hoy todo son fenómenos vulgares, conocidos...
¡No quedan ya atracciones para un alma de artista
en este mundo lleno de mecánicos ruidos!

La vida es sólo un fuerte y aceitado engranaje:
¡parecemos las piezas de una máquina enorme!
Todo marcha a su tiempo... y hasta el moral paisaje
¡muéstrase envuelto en una misma luz uniforme!

La selva del Prodigio ha quedado vacía.
Desnuda, temblorosa, vaga la Fantasía,
con ojeras de hastío... por el humano lodo.

Están muertos los sacros cisnes de la Leyenda.
Y en nosotros gravita, cual maldición tremenda,
¡la desventura enorme de conocerlo todo!

Mario CASTELLANOS.

El m yor aerolito que se conoce

El 30 de junio del año 1908 cayó el aerolito mayor que conoce la ciencia. Afortunadamente el enorme cuerpo celeste cayó en la remota provincia de Yenisse, Siberia, y sus únicas víctimas fueron algunos millones de árboles, y 1.500 renos.

En el lugar en que el aerolito tocó tierra, en una extensión de varias millas cuadradas, hay gigantescos surcos como si hubiera pasado un arado enorme.

A una gran distancia se hallan millones de árboles arrancados de raíz. En el lugar habitado más cercano, o sea a cincuenta millas, dos campesinos fueron echados al suelo por la fuerza de la explosión, y sus cuerpos sufrieron intensas quemaduras. Tanto la explosión como la onda de calor se sintieron en el Ferrocarril Transiberiano, a cuatrocientas millas de distancia.

¿Donde se encuentran los restos de la reina del amor?

Pronto empezarán las investigaciones para determinar el paradero de los restos de la hermosa reina Margarita de Valois, mujer de Enrique de Navarra, héroe de la pluma blanca. Muchos escritores están de acuerdo en que la reina Margarita, más que ninguna otra persona, encarna el romanticismo, la perversidad, el esplendor y el misterio de los Valois, de Francia.

Hija de la siniestra Catalina de Médicis Margarita heredó, no obstante, el temperamento amoroso de los Valois. Sus aventuras en tal sentido son famosas por diversas razones. De acuerdo con las leyendas, el número de sus amantes alcanzó una cifra fabulosa, casi fantástica, compitiendo en este terreno con su esposo Enrique de Navarra, con quien contrajo matrimonio por razones de Estado, como todos lo saben; comprometiéndose ambos a ser extraños el uno para el otro desde el día de la boda. Como era de esperarse, aquella vida marital no podía durar mucho tiempo, odiándose mutuamente, por lo cual Margarita tuvo que separarse de su marido después de algunos años de disgustos e intrigas, hasta que, finalmente, obtuvo el divorcio.

Margarita perdió todo su prestigio y ascendiente como reina divorciada; de tal suerte que, cuando exhaló el último suspiro, pasó inadvertida en París, razón por la que no se sabe con exactitud el lugar en que fué inhumada. Algunas autoridades, entre ellas un antiguo manuscrito acerca de su muerte, que se conserva en la Biblioteca Nacional de Francia, indican que la mujer de Enrique IV fué enterrada en la catedral de la vieja ciudad de Lescar, cerca de los Pirineos, mientras que otros historiadores indican que los restos de Margarita se hallan en París, pero sin precisar lugares

Lescar es una antigua ciudad de la provincia de Bearn, lugar de origen de Enrique de Navarra, de suma importancia en la Edad Media, porque en aquellas regiones se libraron las batallas religiosas de los siglos XVI y XVII. Lescar fué destruída entonces, y la catedral, despojada de todas sus reliquias y ornamentos.

Luisa Stuart Costelo, una autoridad en la materia, dice: "No existe ya ninguna tumba o monumento en la vieja catedral. Hasta el templo ha sido alterado implacablemente, a pesar de conservar sus imponentes dimensiones. Tan sólo quedan algunos viejos pilares que recuerdan pasadas glorias..."

"Es un contraste inmenso el que presentan en la actualidad los fuertes destruídos de la región de Pearn, las ciudades arruinadas, los fosos cegados y las murallas carcomidas, si los comparamos con la pasada magnificencia de aquellos pueblos y la pompa y esplendor de los funerales de las casas de Navarra que tuvieron lugar en Lescar; si recordamos las tumpas, abundantes en ricos adornos y el esplendor que revestían las ceremonias".

"Las tumbas más importantes que en una ocasión adornaron el santuario de Lescar, fueron las del joven príncipe de Bearn y rey de Navarra, que murió en 1483; la de su mujer, Catalina de Foix, y la de Margarita de Valois".

Sin embargo, otros historiadores dicen que esta Margarita de Valois no es la mujer de Enrique IV, sino que se trata de su abuela, que fué enterrada en Lescar, y cuya tumba se perdió. Con tal motivo se ha suscitado una acalorada controversia entre las autoridades departamentales, quienes han dado permiso para que, se excave todo lo posible bajo el piso de la antigua catedral, en busca de las tumbas reales, esperándose con ello que se hagan algunos descubrimientos notables.

Margarita de Valois no era sino un juguete en manos de su madre, la intrigante Catalina de Médicis, a quien se atribuyen una cantidad de crímenes que causa asco recordar; pues es bien conocido que pocas mujeres de su alcurnia llevaban, como ella lo hacía siempre, un puñal envenenado cosa que no era de extrañar, ya que Catalina no hacía otra cosa que demostrar el grado de perfección a que llegó el arte del envenenamiento en la antigua Florencia y que ella cultivó al convertirse en reina de Francia.

Uno de los mayores deseos de Catalina de Médicis, era derrocar a Enrique de Navarra, primohermano del rey de Francia, salvándose el primeró de morir a manos de la envenenadora gracias a su buena estrella. De conformidad con una leyenda que todos aceptan como cierta, Catalina preparó un libro empapado con una substancia venenosa, adhiriendo algunas de las hojas con otras, ligeramente, para que la persona que lo quisiera leer tuviera que humedecerse los dedos con la lengua y poder apartarlas. El libro era un tratado de caza, tema que agradaba sobremanera a Enrique de Navarra.

La reina madre envió a su hija Margarita, para que entregara personalmente aquel regalo a su esposo, que se hallaba en el Louvre, según unos historiadores. Según otros, remitió el libro con su hijo menor, que también ansiaba deshacerse de Enrique IV. Sea como fuere, el caso es que el libro quedó en la mesa de Enrique de Navarra para que lo leyera; pero antes que él entró en el aposento el hijo mayor de Catalina, Carlos IX, quien, no encontrando a su primo y tratando de matar el tiempo, empezó a hojear el libro y a absorber el veneno destinado para otro.

El rey empezó a sentirse indispuesto a los pocos instantes. Temiendo haber sido víctima de algún atentado hizo que su perro favorito lamiera las hojas del libro, viendo con gran sorpresa que

el animal dejaba re existir, tres o cuatro minutos después.

Carlos envió inmediatamente por el maestro René o Renato, experto en envenenamientos, el que ayudaba a Catalina a llevar a cabo todos sus malvados designios. Alejandro Dumas, padre, describe el episodio de la manera siguiente: „

—Vamos — dijo el rey,— el libro se halla envenenado. — Y, recordando la operación que ejecutara poco antes, al humedecerse los dedos, agregó:

—¡Por mil diablos; pero si he tocado cada página con los dedos humedecidos con saliva. Ahora lo comprendo todo: ¡en cada movimiento que hacía tragaba la muerte! ¡Soy hombre al agua!

Durante algunos minutos Carlos permaneció caminando silenciosamente, de un lado a otro de la habitación, hasta que gritó con toda la fuerza de sus pulmones:

—¡Qué vayan inmediatamente en busca del maestro René y que me lo traigan en diez minutos; mientras tanto, si llega maestro Ambrose Pare, que espere!

—Escucha, René; escucha bien lo que voy a decirte —dijo el rey al florentino—. Tú envenenaste a la reina de Navarra con unos guantes; tú diste muerte al príncipe de Borgia con el humo de una lámpara; trataste de arrebatar la existencia de M. de Condé con una manzana perfumada. René: voy a ordenar que te arranquen la carne a pedazos, hasta dejar los huesos al descubierto, si no me dices ahora mismo a quien pertenece este libro.

El florentino comprendió que no se podía jugar con el enojo de Carlos, así que contestó con audacia, diciendo:

—Si digo la verdad, señor, ¿quién me garantiza que no se me martirizará más que si callo?

—Yo te lo garantizo.

—¿Me da usted su palabra de rey?

—Te doy mi palabra de caballero, que se te perdonará la vida.

—Entonces, señor, debo decir a usted que este libro es mío.

—¿Es tuyo? —repitió Carlos, mirando estúpidamente al envenenador.

—Sí majestad. La reina madre lo tomó de mi casa.

—¿La reina madre?.... ¿Con qué objeto?...

—Con el objeto, según creo, de enviarlo al rey de Navarra, quien pidió un libro que tratara sobre el mismo tema que el presente.

—Ahora comprendo, René. El libro lo encontré precisamente en el aposento de Enrique. Este es mi destino; me someto a él.

Carlos sufrió en aquellos instantes una tos seca y violenta, seguida de un agudo dolor de estómago. Lanzó dos o tres gemidos y quedó exánime sobre una silla".

Margarita, a pesar de sus numerosos defectos parece que no fué tan cruel como su madre. Existe una historia muy hermosa que relata la manera cómo salvó la vida de un herido que se internó en su cámara durante la matanza de la noche de San Bartolomé. No cabe duda que algunas reinas hubieran ordenado dar muerte a un hombre que entrara a su aposento en tales circunstancias: pero he aquí cómo cuenta la misma reina Margarita aquel episodio de su vida:

"Me hallaba durmiendo tranquilamente, cuando escuché el ruido que producían los golpes dados en la puerta de mi recámara por un hombre que trataba de entrar, gritando: ¡Navarra, Navarra! Mi ava, creyendo que se trataba del rey, mi marido, corrió rápidamente y abrió la puerta, encontrándose cara a cara con el caballero Leran, quien presentaba dos tremendas heridas que le imposibilitaban para la defensa, a pesar de lo cual era todavía perseguido por cuatro arqueros, quienes penetraron también en mi cuarto. El caballero, tratando de salvarse, se arrojó sobre la cama. Yo, sintiendo en el corazón la muestra de confianza que aquel hombre me dió al ponerse en mis manos, me senté cerca de la cama, haciéndole que me rodeara el cuerpo con sus brazos.

Yo no conocía a aquel hombre, e inoro si sus designios eran realmente buenos; pero lo cierto es que tuve la dicha de salvarlo contra la voluntad de los guardias. Quiso Dios que llegara en aquellos instantes el señor de Nancy, capitán de los guardias, quien encontrándome en una situación apurada tuvo compasión de mí, y lanzando una sonora carcajada arrojó a los arqueros fuera del aposento. Desde entonces atendí al herido como si se tratara de alguien de mi propia familia. Por fortuna, recobró pronto su salud"

Brantome, el reponsable de que se atribuyan tantos crímenes a los Valois, se muestra muy entusiasta acerca de la belleza de la reina Margarita, diciendo que don Juan de Austria fué expresamente a Lieja, llevando consigo a todos sus ayudantes, para ver bañar a la reina de Francia, a quien adoraban todos los de su séquito. Posiblemente la reina Margarita ha sido la víctima de algunas murmuraciones mal intencionadas porque cuenta con una lista de enamorados tan grande que suscita duda. Se cuenta que cuando casó era la amante del duque de Guisa, lo que no le impedía tener relaciones con el conde Bussy d'Amboise y el caballero Herlay de Chanvalon.

Con frecuencia se cita el caso de que las extravagancias de la reina Margarita llegaban hasta enamorarse por instantes de algún plebeyo, al que no se atrevía a reconocer a la luz del día, y a quien daba cita en la Torre de Nesle, pasando con él amigablemente la noche y ordenando que lo mataran al otro día y su cuerpo fuera arrojado a las aguas del Sena, para que, según decía ella, "no pudiera contar nada, ya que los muertos no hablan..."

Existió una época de su vida en que gustaba llevar un vestido de brocado con doce bolsillos, y en cada uno de ellos el corazón de un amante, de los que hubiera recibido algún señalado favor, y a los que adoraba aún.

Margarita pasó varios años de su vida —dieciséis—, como prisionera, en los diversos castillos que escogía su esposo, debido a la acusación que hizo cierto noble lleno de ira al descubrir que no era el único en quien pensara Margarita, sin oque existían muchos otros. Enrique de Navarra quería verla lejos, por dos razones: la primera, porque la odiaba, y la segunda, porque siendo Margarita la última descendiente de los Valois, temió que escalara algún día el trono de Francia. A pesar de su cautiverio; la reina Margarita no dejó de divertirse lo más que pudo en francachelas escandalosas.

La "Reina del Amor", como la llamaban en Francia, pasó el invierno de su vida luchando con la edad y la muerte. Siempre llevaba una peluca rubia, a pesar de sus años; y para obtenerla constantemente fresca, mantenía doce hermosos jóvenes que se dejaban crecer el pelo por años, cortándoselos cada mes a uno de ellos.

Esta versátil soberana pasaba también el tiempo con los filósofos y profesores, discutiendo tan sólo cuestiones de amor; pero a medida que desaparecía su ascendiente en la corte comenzaron a disminuir los adoradores, hasta morir ignorada y sin que nadie sepa en la actualidad en dónde reposan sus restos.



—¡Bueno; aquí no venga usted gritando que en esta casa no se engaña a nadie! ¿No se le vendió a usted como artículo de reclamo?... ¡Pues ya está usted reclamando!

VIAJE AL IDEAL

¡Oh, la barca mía de las bellas aventuras,
digna hermana de aquellas felices carabelas!
¡Tiende al viento las alas audaces de tus velas
y séante propicias las auroras futuras!

No detengan tu marcha las noches más obscuras,
ni las olas hostiles... Si sienten que recelas
herirlas con tu proa, en profundas estelas,
no llegaré triunfante hasta las playas puras.

A esas playas de oro que brillan al ocaso,
donde el hada Quimera y el ideal Pegaso,
y las Musas y Apolo, y hasta Afrodita bella,

con Minerva y con Juno, en trinidad hermana,
me entregarán el lauro y la rosa y la estrella,
la péñola y la lira, la palma y la manzana...

Goy de Silva.

El año nuevo en Marzo

Siempre es una novedad para muchas personas que el año no empieza al mismo tiempo para todo el mundo. Para los judíos, por ejemplo, es principio de año a fines de Marzo o a principios de Abril, según cuando ocurre el plenilunio pascual. Su primer mes, denominado Abib, se basa en la fecha de la salida de Egipto, y ningún verdadero hebreo se atrevería a alterar este orden de cosas.

Más curioso todavía es el hecho de que la Iglesia cristiana celebre el principio del año en distinto tiempo que los profanos. El año de la Iglesia empiezao en el adviento, que varía una o dos semanas cada año, cayendo casi siempre a principios de Diciembre, pero algunas veces a fines de Noviembre. De los cambios a que está sujeto este año nuevo eclesiástico, depende el que sean movibles muchas fiestas.

Los antiguos romanos consideraban como año nuevo nuestro primer día de Marzo. Así se comprende por qué Septiembre, que es nuestro noveno mes, lleva un nombre que significa el séptimo, y lo mismo ocurre con Octubre, Noviembre y Diciembre, todos los cuales caen ahora dos meses más tarde de lo que su nombre indica.

Un pequeño problema histórico

¿Como murió Luis XVII?

Para la Historia o lo que por Historia pasa, la muerte de Luis XVII de Francia no es un grave problema. Murió en el Temple. Hay un documento oficial que así lo declara. Los exaltados de la Convención diéronse con él por conformes, y no iban a ser más descontentadizos los restantes miembros de la Asamblea. El pueblo no participó de esta creencia. Acuñáronse monedas, circularon estampas con claras alusiones a la evasión del Rey niño; pero esta suspicia popular o esta prueba de buen instinto quedó pronto ahogada por la oleada de acontecimientos. Vivía entonces Francia momentos tan intensos que la desaparición del heredero del Trono no podía absorber la atención reclamada por sucesos trascendentales. Parecía posible una paz general. La nación había reconquistado su antiguo puesto en Europa, después de la derrota de sus enemigos; habíanse extinguido las antiguas explosiones de celo propagandista; aun no era apreciable la ambición gigantesca que Napoleón infiltró en sus conciudadanos; firmóse el Tratado de Basilea con Prusia; Holanda acababa de aceptar las duras imposiciones del Comité de Salud Pública; la corte de Madrid flaqueó ante el avance de Moncey y el temor de que la derrota envolviera a Godoy; se abrieron negociaciones que acabaron en paz; poco después siguieron igual camino Sajonia, los dos Hesse, Portugal, Nápoles, el duque de Parma y el Papa. Bajo el Gobierno del Directorio Francia sentía renacer la paz y la esperanza como una compensación del Terror.

Entre estos hechos trascendentales, ¿qué significaba el Delfín niño, desposeído y sin defensores?

x x x

Pero no tardó en surgir el fantasma de Luis XVII. Al amparo de las suspicacias populares aparecieron suplantadores audaces, sobre los que la ley descargó todo su rigor.

Primero, Juan María Herragault, el hijo del sastre de Saint Ló, después Martunto Brumeau, cuyo padre construía zuecos en Bezins, y posteriormente, Francisco Enrique Hebert duque de Rischmond, trataron de hacerse pasar por el Delfín, supuesto fugitivo del Temple.

Ninguno de ellos dejó de encontrar eco en la nación, y la mejor prueba son las graves penas a que fueron condenados; pero el que indudablemente puso en grave aprieto a los nuevos dueños de Francia fué Carlos Guillermo Naundorf, de Postdam.

Era tal la semejanza de los rasgos de Naundorf, con los de los Borbones y tantas las pruebas que aportaba para demostrar ser el hijo de Luis XVI, que ya veremos hasta qué punto logró crédito en Francia y en el Extranjero.

A pesar de todo, debemos confesar que aunque Naundorf y sus dscendientes, que adoptaron el apellido Borbón, sostuvieron siempre sus derechos al trono de Francia, incluso pleiteando con el conde de Chambord, los historiadores no han querido aceptar las pruebas por ellos aducidas.

Así se ve en Eckhard, autor de las "Mémoires historiques sur Louis XVII:" como en Beauchesne, en su "Louis XVII, sa vie son agonie, sa mort"á Chaucelance en "Louis XVII son enfance, sa prison et sa mort au Temple"; Provinos y Bourgeois, que son los que más detenidamente se han ocupado "del último Rey legítimo de Francia".

No existe, sin embargo, una demostración terminante, y por ello se publica en París la "Revue historique de la question Louis XVII".

x x x

Ahora ha vuelto a surgir Naundorf. Su nieto, el titulado Luis de Borbón, sexagenario robusto y ciego, ha hablado en Argenteuil con un periodista francés a quien confirmó que posee pruebas terminantes de que Carlos Guillermo de Naundorf y Luis XVII eran uno mismo.

He aquí sus palabras:

"Toda mi vida la he consagrado a demostrar esta verdad. Cuando mis ojos se negaron a seguir las pesquisas, sirviéronme las de mi hija para no perder el camino. He revuelto incontables archivos, entre ellos los del Vaticano. Tengo copias fotográficas de documentos irrefutables. Hoy puedo afirmar que Naundorf era Luis XVII, y que tanto sus adversidades como el aislamiento en que quedaron sus hijos, entre ellos mi padre, tienen precisamente por causa esa misma razón.

La existencia de Luis XVII en el ocaso de la Revolución, bajo el Imperio y la Restauración era un peligro para audaces planes de hegemonía. Por eso algunos de los que conocían el secreto murieron prematuramente, como el duque de Berry, Hoche, el duque de Enghien y Josefina Beauharnais, cuyo fin trágico nunca fué explicado. Otros, como Talleyrand, Fouché y Cambaceres, sirviéronse de este secreto para satisfacer sus ambiciones.

¿Quién facilitó la evasión de Luis XVII? Creo que fué Barras. Lo cierto es que a mi abuelo se le condujo a la casa de la viuda de un guarda suizo, y después a Suiza, donde pasó bastantes años. Un emigrado, oculto bajo el supuesto nombre de Montmorin, fué el que facilitó los viajes y cuidó del porvenir del regio niño. El también logró el ingreso de mi abuelo en la división alemana que mandaba el mayor Shilt. Montmorín fué muerto en Vestfalia, y en la misma acción Luis XVII cayó prisionero, después de ser herido; pero logró evadirse merced a un miembro de la familia suiza con la cual había vivido.

De Suiza volvió a Alemania, donde el mayor Naundorf le facilitó documentos a nombre de Carlos Guillermo Naundorf y con el propósito de alejarlo, ya que la esposa de aquél parece que era por demás sensible a los encantos personales del príncipe francés.

El nuevo Naundorf casó en Spadau y enla ciudad estuvo avecindado, cosa dificilísima en aquella época, y en la que también parece que influyó su condición de emigrado misterioso. Después marchó a Francia y fué encarcelado. Intentaba justificar su origen real, y la policía de Luis Felipe se encargó de que desaparecieran los documentos que había presentado a los tribunales franceses. En los Archivos Nacionales existe un "dossier" señalado con la cifra B B-18, núm. 1239, que prueba esto.

Expulsado de Francia, pasó a Inglaterra sin ocultar su nombre ni su condición, y autorizado por el gobierno, como duque de Normandía, hizo curiosos estudios de balística.

La defensa de su pleito lo llevó a Holanda, donde el rey lo acogió afectuosamente, a pesar de los esfuerzos de la diplomacia francesa. En la Escuela Militar de Breda prosiguió sus estudios para lo cual le fueron facilitados dos mil florines, y el rey de Holanda quiso, por último, entrevistarse con Luis XVII.

El emigrado emprendió el viaje a La Haya y en el camino enfermó súbitamente y murió.

¿Intervino en su muerte una mano criminal? El príncipe Luis de Borbón no se atreve a afirmarlo.

Sólo dice, como prueba de que el rey de Holanda estaba convencido de que su huésped era el heredero del trono de Francia, que al entierro de Carlos Luis asistió, con las autoridades de Delft, un ministro de la Corona y que la certificación de la muerte fué extendida a nombre de Carlos Luis de Borbón. Sobre el sepulcro se grabó el siguiente epitafio:

"Aquí reposa Luis XVII, Carlos Luis, duque de Normandía, Rey de Francia y de Navarra nacido en Versalles en 27 de marzo de 1785 y muerto en Delft en 10 de agosto de 1845".

* * *

Las pruebas que dice poseer el príncipe Luis de Borbón dan nueva importancia a la historia de esta suplantación, que si es tal, hemos de reconocer que llega a los límites de lo perfecto.

También dice que sabe cómo fueron robadas a Josefina de Beauharnais las cartas en que estaba el secreto de la fuga de Luis XVII, y a qué fué debida la situación de privilegio que junto a Luis XVIII gozaron Fouché, Barras, Cambaceres y Sieyes.

Sin perjuicio de que los historiadores contrasten debidamente la famosa documentación ahora revelada, no parece aventurado llamar la atención del lector curioso sobre este caso tan interesante de si "el último rey legítimo de Francia" reposa en Delft, después de haber vivido sesenta años azarosos y rudos, o de las manos del zapatero Simón, que en el niño indefenso del Temple quiso saciar su sed de justicia o de venganza, pasó, como cuenta la Historia, a la fosa común del cementerio de la parroquia de Santa Margarita.

Rafael ALVAREZ

Aplicación cinematográfica

El músico polaco Lonta Nouneberg concibió la idea de descomponer por el cinematógrafo los movimientos manuales de las pianistas notables. Para conseguirlo filmó, a razón de 250 vistas por segundo, la ejecución musical de algunos artistas.

Observó de este modo que, con poca diferencia, todos los virtuosos del piano acostumbraban a colocar las manos en idéntica posición sobre el teclado, y comprobó que el brazo, antebrazo y manos describen oscilaciones rítmicas en sentido vertical, lateral y de vaivén.

Siguiendo la amplitud mayor o menor de las ondas descritas por las manos, se obtienen sonoridades más o menos potentes, sin que para ella infuyla el dedo que oprime el teclado.

Esta ausencia de contracción manual explica el por qué los pianistas no siente sino fatiga ligerísima a pesar de tocar durante varias horas seguidas.

El medicastro

Por Daniel Riche

Terminado el almuerzo, la señora de Morissiere miró a su marido, y desdeñosamente le dijo:

—¡Qué vientre tienes ya! Como sigas así vas a parecer dentro de poco un tonel.

Molesto, Mauricio contestó a su mujer:

—Pues cuando yo sea un tonel, querida, tú estarás para no agradar más que a un turco, que son los únicos hombres del mundo para los que nunca es demasiado gruesa una mujer.

—Gracias por la información. Ya sé por ti que aun podré seducir a un turco; pero un hombre con vientre, ¿a quien seduce?...

Mauricio Morissiére no contestó, porque sabía que con su mujer no era posible decir la última palabra, y para disimular su inquietud fingió consagrar toda su atención a la lectura del periódico.

Por primera vez Ernestina le había hecho una observación desagradable acerca de su físico, y Mauricio sabía, que desde el momento que su mujer no veía ya en él el Adonis envidiado por todas sus amigas había el peligro de que pudiera admirar a otro hombre.

Cuando estaba entregado a estas tristes reflexiones leyó el siguiente anuncio:

"¿Queréis adelgazar? Lo lograréis empleando el procedimiento infalible del doctor americano William, Bulevar de los Capuchinos, 619".

Mauricio no vaciló un instante. Iría a ver a aquel charlatán. Poco después estaba en presencia del doctor William.

Este lo examinó detenidamente, y una vez que reconoció su cuerpo con toda minuciosidad, lo estudió moralmente, haciéndole mil preguntas e interesándose principalmente por su carácter.

Y una vez conocida la personalidad física y moral de su cliente, el doctor americano habló así:

—¿No se le ha ocurrido nunca preguntarse por qué la señora de la Morissiére le ponía siempre a la mesa una carne exquisita y abundante? Pues la razón es bien sencilla. Si su mujer lo ha sometido durante tanto tiempo a un régimen de superalimentación es porque le engaña.

—¡Esas palabras!... — interrumpió Mauricio, levantándose dispuesto a abofetear al doctor.

—Nada de violencias — le dijo éste conteniéndolo. — Esa violencia no le impediría a usted ser un marido engañado. Toda esa energía debe usted emplearla en vigilar a su mujer.

¡Usted no sabe que mi mujer es incapaz...!

—Yo no sé nada; pero siga, usted mi consejo. Corra y trate de evitar el escándalo.

Mauricio salió escapado, jurando matar a aquel medicastro si se había burlado de él.

Ocho días después, Mauricio, que no había podido observar nada irregular en la vida de su mujer, entró en casa del doctor, dispuesto a abofetearlo; pero salió más alarmado.

El doctor, impasible, había reiterado su acusación. Su mujer amaba a otro hombre; pero sin duda había sospechado la vigilancia de que era objeto por parte de su marido, y trataba de despistar.

Al cabo de tres meses, Mauricio, cansado de vigilar a su mujer, de espiarla hasta en sus horas de descanso, en busca de algún nombre pronunciado en sueños, volvió a casa de su verdugo.

—Doctor; ya no amenazo, suplico. Usted debe estar enterado de todo. ¿Quién es el hombre que me pone en ridículo? ¡Tenga piedad de mí! Vea usted en qué estado me encuentro. He perdido en estos tres meses quince kilos.

—¡Ah!—exclamó el doctor. — He triunfado. Usted mismo confiesa que ha adelgazado quince kilos. Estoy encantado, querido cliente, de comprobar una vez más las excelencias de mi método, que triunfa sin medicinas, y con sólo un régimen psicológico que no ofrece el menor peligro. Mi único remedio consiste en buscar el punto débil de la mentalidad de mi cliente. Tocando esta cuerda sensible logró quitarle el apetito, privarlo del sueño y poner término a la indolencia, que tanto favorece a la obesidad. Como usted me confesó que era hombre receloso y desconfiado, lo traté por el procedimiento de los celos. Su mujer es una señora irreprochable. Me debe usted 500 pesos por la curación.

Mauricio de la Morissiére levantó el brazo para abofetear al doctor; pero había enflaquecido tanto, que comprendió que no le habían quedado fuerzas para pegar a nadie. Sacó la cartera y entregó al doctor un billete de 1000 pesos y como en aquel momento se sintiese feliz al saber que su mujer no era culpable, salió... sin aguardar a que el medicastro le diese el vuelto.

Las noches del globo

En España, la noche más larga es de catorce horas.

En Cayena y Pondichery, doce.

En Santo Domingo, trece.

En París, Dijón y Carcasona, trece.

En Arras y Dublín, diez y seis.

En Copenhague y Riga, diez y siete.

En Stockolmo, diez y ocho.

En Droemten y Noruega, veinte.

En Borno, veintidós.

En Encatikiles, la ausencia del sol dura consecutivamente treinta y dos días.

En Cabo Norte, cuarenta y siete.

En Weordhems, sesenta y seis.

En Bossekop, falta el sol totalmente por espacio de un trimestre.

Huéspedes distinguidos



El jefe del Estado Mayor alemán, general Wilhelm Heye, acompañado del ministro de Alemania y de otros caballeros que fueron a saludarle a bordo del "Cap Arcona"



Señor James H. Furay, vicepresidente de la United Press, actualmente entre nosotros.

La visita de Millán Astray



El intrépido general español Millán Astray, fundador de la Legión Extranjera, que en estos días llegará a Buenos Aires.



Demostración al Doctor Fermín Calzada

Con motivo de su viaje a Europa, el doctor Fermín Calzada fué objeto de una afectuosa demostración de simpatía, consistente en un banquete servido en su honor, en los salones del Club Español. — La cabecera de la mesa ocupada por el obsequiado, a quien acompaña el embajador de España, señor Ramiro de Maeztu, el cónsul general de dicha nación señor Buigas, el doctor Sagarna y otros caballeros

Nuevas autoridades de la Bolsa de Comercio



La nueva comisión directiva de la Bolsa de Comercio, presidi-da por el señor Padilla, que fué reelegido para el mencionado cargo.

Los remeros brasileños



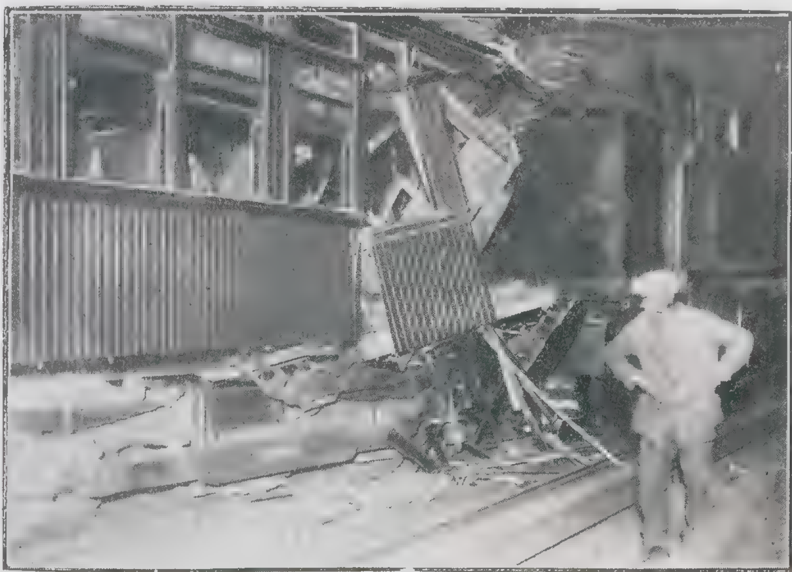
Miembros que constituyen la delegación de remeros brasileños, que, por primera vez, toman parte en las regatas internacionales, organizadas por el Club de Remeros del Río de la Plata.

Educacionistas argentinos en Washington



Los educacionistas argentinos, en jira por Estados Unidos, durante su visita a la Unión Panamericana, en Washington.

VIOLENTO CHOQUE DE UN TREN Y UNA LOCOMOTORA





Debido a una falsa maniobra, se produjo en las vías del Ferrocarril Central Argentino, en la estación Retiro, una colisión entre una máquina y un tren de pasajeros, resultando varios heridos. — A la izquierda: estado en que quedó el coche motor del tren de pasajeros, al chocar con la máquina. — A la derecha: un detalle del interior del primer vagón del convoy.



Baile en el Club Italiano



Un grupo de señoritas de las que tomaron parte en el baile social realizado en los salones del Club Italiano

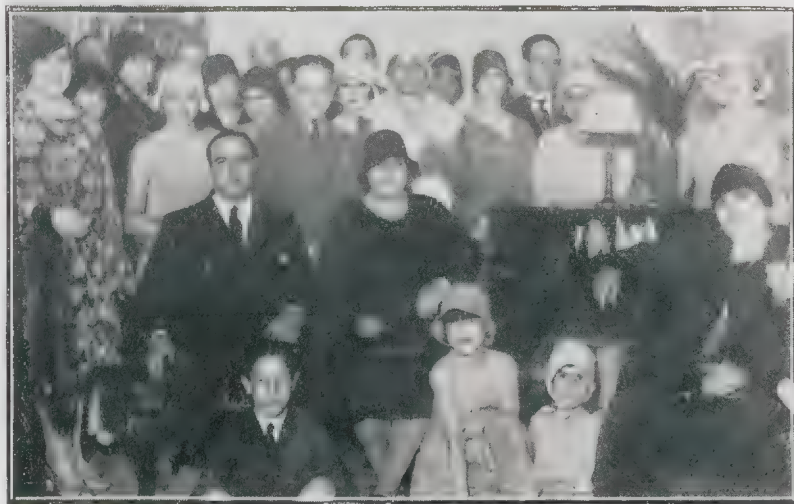
Recepción en el Majestic Hotel



Familias que concurrieron a la recepción y fiesta ofrecida en el Majestic Hotel, por los componentes del Club Carioca América, de football, que actualmente son nuestros huéspedes como un acto de retribución a las atenciones recibidas



LOS QUE SE VAN



El señor Justo V. Ferrer y su esposa, rodeados de las personas que fueron a despedirlos a bordo del vapor "Colombo", a su partida para Europa

JUBILACIÓN



El profesor normal, señor Felipe Waldino Jiménez, que acaba de jubilarse como inspector técnico de esta capital

MÚSICA



El compositor señor José Finelli, autor de "Elenita", vals, y "Mascarita suelta", tango, que acaban de aparecer.

DE CARHUE





Grupo de bellezas sobre quienes recayó el voto popular, en la "Fiesta de la Reina", organizada en honor de los excursionistas del Automóvil Club Argentino y llevada a efecto, con todo lucimiento, en el Gran Hotel "Las Delicias"



La elegida Reina, señorita Lía Castel Poggi rodeada de su corte de honor y de los señores coronel Ledesma, presidente de la Comisión de Turismo y Samuel J. Bluchebrit, presidente del jurado



Nucleo de concurrentes a la "Fiesta de la Reina" y miembros de la comisión organizadora que actuó en el mencionado certamen de belleza.



Señora Flora G. de Arisaga



Familia de Casaux



María Sara Hignon Simonazzi



Señoritas Elda, Iris y Josefa Conto



Señor Emilio Lastrade y señora



Señora Sara G. de Pazzanesi y señoritas Panchita Canto y M. Zulema Pazzanesi



Señora de Sabat y sus hijitas Aida y Clarita

AVENTURAS DE UN GRILLO

(POR EL DR. ERNESTO CANDÉZE)



Dibujo de *P. Rojas*

(Continuación)

—Era mi vivienda, pero me dejé encerrar en ella como un imbécil. Hace tres días, un violento chubasco arrastró hasta aquí una porción de tierra que tapó la salida de mi casa; cuando noté el daño, era tarde para intentar la salvación. Bloqueado como estaba traté de huír, pero inútilmente, pues ya sabéis que yo no soy zapador. A no haber sido por vuestro canto, veía próximo mi último momento.

Mientras el estafilino hablaba, yo estaba inspeccionándole de pies a cabeza. Era alto, de color azul mate, fornido y armado con un par de mandíbulas respetables.

—Me parecéis extenuado, le dije.

—Fáltame el aliento, me contestó con acento sumamente débil. Tengo un hambre atroz.

—¿Cuál es vuestra comida habitual?

—Me sustento de larvas, de gusanos y otras cosas parecidas; pero ahora comería cualquier manjar.

—Bueno, encamináos a aquel fresal, donde he visto una limaza que os sentará a maravillas.

No se lo hizo repetir, sino que corriendo se encaramó en el fresal. Atormentábame una idea, y por esto seguí al estafilino para cerciorarme de que se engulliría la limaza: temía que mi buen amigo Lampiro fuese víctima del hambre devoradora de aquel insecto. Desvanecidos mis presentimientos retrocedí y empecé nuevamente el canto.

* * *

Una hora estuve cantando, después de lo cual, a falta de ocupación mejor, fuí a visitar a la araña para saber lo que había atrapado en su red. Viéndola inmóvil en medio de la tela, pensé muy cuerdamente que mi pobre amiga aun estaba en ayunas, lo cual no me sorprendió. El sol, en mitad de su carrera y alumbrando un cielo sin nubes, caldeaba la atmósfera más de lo regular; la naturaleza toda parecía adormecida, no isándose en parte alguna el más pequeño mosquito. De tarde en tarde pasaban rápidamente una avispa o una abeja, y el pasajero zumbido de sus alas era lo único que turbaba el silencio general.

—¡Diablo! decía yo para mi coleto. Creo, mi buena amiga, que estás en vísperas de quedarte sin almorzar; y en cuanto a la comida, me parece que te ha de costar algún trabajo atraparla. Con todo, la paciencia y la astucia son tus distintivos. ¡Buena suerte!

Y desechando toda reflexión, continué mi paseo.

Adelanté por el linde de la arboleda que ha poco mencioné. Entre ésta y la plantación de fresales, que se extendía a la izquierda y a mis pies, había una especie de meseta inculta donde medraban algunos brezos, yerbas rudas y un poco de retama. El suelo era seco, árido y arenoso. El sitio parecía inhabilitado, y si se exceptúan media docena de criquetos y unas cuantas hormigas que iban como perdidas de acá para allá, no se veía alma viviente. Los criquetos pertenecían a la especie grande cuyo cuerpo es gris y las alas azules. Al momento que me vieron acudieron a mi encuentro, prodigándome muy buena acogida.

Estos animales son primos hermanos de los grillos, y he de confesar que jamás se ha entibiado nuestra amistad. Entre ellos y nosotros existe un aire de familia muy marcado; sin embargo, diré, para ser verídico, que en diversos conceptos nos son superiores: están dotados de más elegancia, de más gracia, de más ligereza en el andar y de más vivacidad, así como también cultivan con verdadera pasión el arte musical, considerándose artistas de primer orden. Sin embargo, encuentro que su canto es algo monótono, que le falta melodía, lo que a la larga acaba por fastidiar los oídos delicados; y sobre todo abusan de una nota estridente y chillona. Me apresuro a decir que en esto no hago más que apuntar mi opinión, tal vez exagerada o hija de mi idiosincracia. Como artista, me encuentro naturalmente dispuesto a preferir mi estilo de canto a todos los demás, lo cual hace un tanto sospechoso mi fallo. Espero que el lector me perdonará la crítica que antecede, teniendo en cuenta mi sincera declaración de que bajo otros conceptos los criquetos son muy superiores a los grillos.

—¡A! ¿vos érais el que cantábais hace un rato? me preguntó uno de ellos. Nos habeis sumido en un mar de confusiones. ¿A qué feliz casualidad debemos la dicha de teneros entre nostros?

Someramente les conté cuanto me había acaecido durante los últimos días, indicándoles de paso los motivos que tuve para abandonar a mi familia. Parecióme que mi relato excitaba en ellos un interés simpático.

Disponíame a dejarles, cuando vi adelantarse hacia nosotros un criqueto gigantesco.

—¿Quién es ese personaje tan corpulento? pregunté bastante sorprendido.

—Un extraño, me contestaron. Poco ha cayó entre nosotros como una bomba, diciéndonos que venía de muy lejos. Con las singulares historias que nos ha contado, hemos quedado tan adelantados como si nada hubiese dicho.

—Todo lo que os he contado es la pura verdad, dijo con bastante soberbia el forastero, quien se nos había acercado y oído las últimas palabras pronunciadas por mis primos.

—Vamos, amigo, no os enojeis, repuso uno de ellos riendo; pero sería bueno que confesáseis que ayer quisísteis burlaros de nosotros al relatarnos aquella historia fantástica...

—Nada de eso; dije la verdad lisa y llana, replicó con viveza el gigante. Anduve centenares de leguas arrastrado por el vendabal, a quien debo también el verme separado de mis compañeros de viaje.

—Parad, mientes en lo que va a contar, murmuró a mi oído uno de los criqueteos; y añadió en alta voz: ¿Y eran muy numerosos vuestros compañeros de viaje, verdad?

—Contábanse por millares de millones, por suerte que formábamos una nube en el espacio de varias millas en longitud y latitud, nube que velaba la luz del sol e introducía el terror en las comarcas por donde pasaba. En una ocasión nos recibieron a cañonazos.

Admirado de que el forastero nos endilgara con la mayor seriedad historias tan sorprendentes, lancé una mirada estupefacta e interrogativa a mis primos.

Uno de éstos, con la vista fija en mí, tocóse la frente con el extremo del tarso.

Ante un gesto tan significativo y sin duda también gracias a la



expresión de mi rostro, mis primos estallaron en una sonora carcajada, y huyendo en todas direcciones, dejáronme solo frente a frente del gigante.

Confieso que no las tenía todas conmigo.

—!Insolentes! gruñó el atleta. ¡Ignorantes! Esos viles no han visto más que los brezos bajo los cuales nacieron, y tienen la desfachatez de mostrarse incrédulos y de insultar con sus risotadas al que sabe más que ellos.

—En verdad, repuse, que lo que nos habeis contado es extraordinario, y hasta me atreveré a decir que un tanto inverosímil.

—¿Y por esto no ha de dársele crédito? Digo lo que me ha pasado: ¿qué interés tendría en engañarles?

—Bien lo veo, ninguno.

—Vos que pareceis más formal, querido grillo, ¿no me tomais por un impostor, eh?

—¡Oh no! me apresuré a contestar. En cuanto a los criquetos, hay que compadecerles; no tienen la cabeza muy sólida que digamos.

No vaya a creerse que mis palabras eran sinceras; pues al tratar de locuelos a mis primos me temía que el loco, y loco rematado, fuese el ser que tenía delante. Así pues, saludándole con la mayor cortesía me despedí de él.

Reflexionando sobre tan singular encuentro, recordé que anteriormente había oído hablar de una raza de criquetos denominados *criquetos de paso o langostas viajeras*, que acostumbran trasladarse de uno a otro país en inmensas bandadas. Tal vez el que acababa de dejar era un individuo extraviado de esta especie.

Al cabo de diez minutos de marcha llegué a un sitio donde una senda, al desembocar desde la arboleda a la inculta meseta, interrumpía bruscamente aquella. A ambos lados de la hondonada veíase un declive, formado por una redecilla de raíces secas de brezo, adelantaba dominándole de tal suerte, que desde el punto extremo a donde yo había llegado, divisaba la senda en una grande extensión. Forzoso me fué detenerme. Como nada me obligaba a pasar adelante, me disponía a desandar lo andado, cuando llamó mi atención algo extraordinario y que me dejó como clavado en aquel sitio.

CAPITULO VIII

Utilidad de los viajes para instruirse..

En lo alto del declive que tenía enfrente y debajo del borde que ha poco mencioné, se divisaba de vez en cuando y a intervalos iguales, una nubecilla de arena, producto de una continuada serie de tenues explosiones; a lo menos éste fué el efecto que en un principio me produjo aquel fenómeno. Parecióme que en dicho sitio se ocultaba algun ser dedicado a un trabajo constante, pero no podía explicarme la razón de ello. Confieso que mi curiosidad se hallaba excitada en grado sumo y, no pudiendo ya contenerme, me acerqué un tanto para ver lo que aquello significaba.

Así pues, me deslicé por la pendiente que tenía a mis pies, y luego trepé por la que estaba enfrente, costándome algún trabajo llegar hasta la cúspide, es decir, debajo del borde que formaban la tierra endurecida y las raíces, especie de cornisa en forma de arco que veía sobre mi cabeza y que por lo tanto no podía escalar. Por otra parte, era inútil subir más, puesto que había llegado al nivel y a corta distancia del sitio en que se producía el fenómeno que a tal punto picaba mi curiosidad.

Aguardé algunos momentos inmóvil, a fin de que una nueva explosión me indicara con exactitud dónde trabajaba el ser desconocido, pero fué en vano. Transcurrieron algunos minutos y nada se movía; sin embargo, según mis cálculos no podía estar muy distante del minero. ¿Acaso me había visto? Creo que no, porque de otra suerte yo también le hubiese visto a él. Era más razonable suponer que, advertido de mi presencia por el vago ruido que mis pasos produjeron sobre la arena al escalar el declive, por prudencia se mantenía callado; suposición que me parecía tanto más fundada cuanto que reinando el mayor silencio, ni una mosca podía pasar sin que yo la sintiera. Antes de bajar al sendero había notado que las proyecciones de arena verificábanse debajo de una mata de tomillo que con su color rosado diversificaba la negra cresta de la pendiente. Guiado por aquel indicio infalible, adelanté cautelosamente. —Aquí debe ser, —dije para mí al encontrarme al borde de una excavación en forma de embudo—; este agujero no es obra de la casualidad. Pero ¿dónde está el obrero?



Efectivamente, a nadie se veía en aquel sitio; la soledad era completa. Acerquéme más al orificio, siéndome forzoso admirar la simetría de los contornos, así como la bella regularidad de las pendientes que formaban un plano inclinado cuidadosamente hecho. También noté que la tierra era movediza, y para cerciorarme más apoyé en ella una pata.

Mientras me entregaba a este examen, una voz que me pareció salir del fondo, profirió un enérgico juramento y en tono colérico me apostró de esta suerte: "Al diablo el intruso! ¡Seguid vuestro camino, si os place ¿No véis que estáis echando a perder mi trabajo?

Al mismo tiempo ví aparecer por entre la arena una cabecita armada de dos gruesas tenazas, la cual me lanzaba miradas poco benévolas.

* * *

Aquella brusca aparición y el apóstrofe que acabo de transcribir, hiciéronme experimentar, lo confieso, algo muy parecido al miedo. Como soy nervioso, no me gustan las sorpresas. Y no vaya a creerse por esto que me acobardo fácilmente, pues siempre hago cara al enemigo, aunque sea éste más fuerte que yo.

Por otra parte, mi impresión duró poco, habiéndome tranquilizado lo diminuto de la cabeza que me estaba injuriando, lo que me hizo fijarme en ella más de lo regular.

—¡Vaya si séis curioso! —me dijo al cabo de un rato el ser que tenía delante. —¿Todavía no me habéis contemplado bastante?. . . Idos a vuestros quehaceres y dejar que yo me ocupe en los míos!

Este lenguaje espoleaba mi curiosidad. ¿Qué quería decir esto de que le dejara ocuparse de sus negocios? ¿Qué podía hacer aquél en el fondo de un agujero que, según todo indicaba, era obra suya?

—Dispensadme, amigo, — repliqué dando a mi acento la más suave inflexión que me fué posible—; dispensadme si en algo os he perjudicado; puedo juraros que lo he hecho inocentemente. Ignoraba del todo que vos viviéseis como amortajado en el fondo de este agujero, donde sin duda habréis caído accidentalmente. Voy a ayudaros a salir de aquí.

Mis palabras, dichas sin más objeto que apaciguarle, obtuvieron la acogida que me imaginaba, esto es, hicieron estallar en una alegre carcajada al ser a quien iban dirigidas.

—!Zamacuco! — díjome con brusquedad, pero sin cólera;—yo soy el autor de este agujero, y si me ves en él, s porque así conviene a mis intereses.

—¡Queréis burlaros de mí! ¿Pensáis que os creo capaz de abrir sin auxilio de nadie y sin un serio motivo una excavación como esta?

—Tanto si me creéis como si no me creéis, el hecho es cierto. He abierto esta excavación por un motivo muy grave.

Bien me constaba que no mentía el ser con quien hablaba, puesto que así tenían una explicación plausible las proyecciones de arena que desde lejos habían visto mis ojos. Pero lo que yo tenía empeño en saber era cómo se las componía un aninmal tan pequeño para abrir aquel enorme agujero, y qué utilidad le reportaba su trabajo.

—Doy crédito a vuestras palabras, —repuse; — empero, quisiera me dijeráis con qué objeto habéis llevado a cabo obra tan colosal.

—Ningún motivo me asiste para ocultároslo. Me alimento de seres vivos, gustándome extraordinariamente las hormigas; pero como éstas corren más aprisa que yo (tanto más cuanto que sólo sé andar hacia atrás), si tuviese que alcanzarlas naturalmente, pronto me habría muerto de hambre. Así pues, las tiendo un lazo.

—Ahora comprendo, — repliqué. —Al caer en vuestro embudo y antes de que hayan podido escapar, saltáis sobre los pobres animalillos.

—No es eso, amigo grillo, no es eso. Me cuesta más trabajo saltar que andar, y no es poco decir. Hé aquí lo que hago.

Al decir esto, el insecto ocultó la cabeza y, gracias a un brusco movimiento de la misma, me arrjó una nube de granos de arena que me habrían derribado a no ser yo bastante robusto para aguantar el metrallazo.

—Ved como acojo a las hormigas que por sus desdichas se ponen a mi alcance. Merced a esta descarga de arena caen junto a mí sin que yo tenga que moverme; luego con mis tenazas dentadas les extraigo todos los jugos de su cuerpo, y valiéndome del mismo procedimiento arrojo a lo lejos su escuálido cadáver, aguardando la nueva presa.

El relato de aquel insecto habíame dejado absorto. De repente hirió mi imaginación un recuerdo.

—¿Sóis, por ventura, una hormiga-león? —pregunté.

—Sí, por cierto.

(Continuará)

Las Descentradas



Esta obra de Salvadora Medina Onrubia, ha constituído el éxito de la temporada teatral. - Tanto el libreto como la interpretación, respondieron, ampliamente, a la expectativa pública.

LA CONSAGRACION DE LA AUTORA

Salvadora Medina Onrubia se ha consagrado con "Las descentradas", como uno de los más legítimos valores del teatro argentino. El éxito que coronó su obra en el Ideal no hace sino confirmar nuestra predicción, fundada, en parte, en los méritos intrínsecos de aquella, y, además, en la segura confianza intelectual que supo inspirarnos la autora con su actividad infatigable en otras esferas del pensamiento y la creación.

Desde "La rueca milagrosa" y "Akasha", poesía pura el primer volumen, y novela éste último, Salvadora Medina Onrubia maduró la perfección profunda de su espíritu hasta cuajar en la pieza que, según lo anunciáramos, constituye la atracción principal de la temporada que se inicia.

No incurriremos en aventurados diciendo que Salvadora Medina Onrubia halló en el teatro el molde exacto de su temperamento. Si bien supo encauzarse en sus anteriores producciones, al punto que tanto "La Rueca milagrosa" como "Akasha" dan la sensación de que las cualidades naturales de su inteligencia la predisponen para el cultivo de ambos géneros literarios, en "Las descentradas" su fino y delicado talento, su cultura y su vuelo interior encuentran ancho camino para desenvolverse hasta la más absoluta plenitud, dejando la impresión indiscutible de que la escena será el campo de sus mejores triunfos.

Los tres actos de "Las descentradas" evidencian su sentido cabal del teatro. La trama surge, se desarrolla y desenmaraña sin esfuerzos, así como en la vida. Los personajes, vívidos, delineados, se encuentran despojados de toda complicación literaria, trascendiendo ese aliento de verdad que es la esencia del teatro duradero.

Con sencilla elevación del idioma, que alcanza a veces períodos de estilo clásico; manteniendo la emoción en una pulcra delicadeza de espíritu, ajena al sentimentalismo pueril; aprovechando recursos nobles, que es cosa pasada de moda en el teatro subalternizado que degradó la escena argentina, Salvadora Medina Onrubia ha logrado realizar una obra que, desde ya, queda incorporada a nuestro acervo intelectual y ejerce saludable influencia en las orientaciones espirituales de nuestro público.



"LAS DESCENTRADAS"—

El asunto que da tema a los tres actos de "Las descentradas" encarna un problema de mujer que nunca ha sido tocado en todas sus fases.

Una joven inteligente e inquieta — Elvira Ancízar — se ha casado con un hombre de más edad que ella, que no la ama, ni la comprende. Para escapar a la tragedia íntima que le plantea esta situación, Elvira ahoga sus días en la vida mundana, exacerbando su ironía y su ingenio.

Está sola, no obstante la actividad social que despliega. Ha chocado con el ambiente, está descentralizada. Su bondad, empero, permanece intacta porque proviene de la superioridad de su sensibilidad y de su mente. Y se explica que la libertad de sus sentimientos parezcan extravagancias en un ambiente minado de convencionalismos e hipocresías.

Salvadora Medina Onrubia la coloca en presencia de un alma gemela: el novio de una amiga suya, a la cual quiere ella con entrañable cariño casi maternal.

Las incidencias derivan en el divorcio de Elvira, dejándola en libertad para ceñirse a su único amor; pero la superioridad de su alma le impone el sacrificio.

Advierte con los ojos lúcidos de su espíritu que no puede ser ella quien juegue y fuerce el destino de su amiga, y prefiere alejarse definitivamente, irremediablemente.

He ahí un gesto de mujer de extraordinario carácter.

Salvadora Medina Onrubia la ha trocado en símbolo, haciendo de su figura una de las grandes imágenes de nuestro teatro. Todo su alto temperamento artístico se ha volcado en su creación, infundiéndole un soplo de vida perdurable.

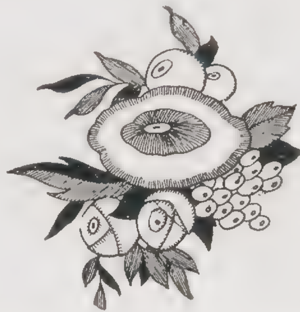
Por eso "Las descentradas" será obra sostenida en la escena.

LA INTERPRETACION—

La interpretación de "Las descentradas" deja traslucir la mano experta de Angelina Pagano.

La insigne actriz argentina ha hecho de la Compañía del Ideal, acompañada por el claro talento de Defilippis Novoa, un conjunto de verdaderos méritos en cuyas manos estará bien confiada toda obra de alcance.

Gloria Ferrandiz, Lucía Barause, Teresa Serrador, Blanca Vidal, José Casamayor, Carlos Morales, Enrique Roldán y León Cerry estuvieron, sin excepción, a la altura de sus papeles; principalmente la primera actriz que hizo una Elvira Encízar difícilmente superable.



SOCIALES



ENLACES. — Señorita Aida D'Onofrio con el doctor J. Smirniadis



Señorita Juana Fullana Ayats, desposada con el teniente primero José Luis Espel Echeverría.



Señorita Antonia Dorich con el ingeniero Lucio A. Ryan



Señorita Celia Baccina con el señor Adolfo Inglibelli



Señorita Rafaela Di Paola con el señor José Bonfilio



Señorita Raquel Serruya Moreno con el señor Samuel Sananes



Señorita Zulema Pertini con el señor Luis Gonella



Señorita Lilia Minaberry desposada con el teniente de fragata Juan A. P. Agresti



Señorita Georgette Vopelins con el señor Carlos Chabot

GENTE MENUDA



Norma Angélica Marchand



Elisa Colí



Catalina Carrera Santamaría



José Horacio Cabral Magnasco

ECOS DEL CARNAVAL



CAPITAL FEDERAL. — Totita y Cachito Allende, bailarina y apache



Elsa Zulema Grellaud, "Manuelita Rozas"



Elma, Isabel, Horacio, Adolfo y Jorge Gonzalo y Elsa y Elena Glacer, magos, pierrots y conejo



MAR DEL PLATA. — María Luisa O'Connor, María Adelaida Guerrero y María Luisa Gil Altgelt



Olguita Carrizzo Kemp



BUENA ESPERANZA. — Señoritas de Cortes Aparicio, andaluzas.



RUFINO. — Señoritas Josefa Mosucco, Iris y Lilia Della Mattia, Laura Boglioti y Etelvina Peralta



Jorge Ortega, mariposa



Señoritas Camila Alisa, Clara Diferio, Petra Manzanares, Rosa Avaro y Delia Herman



Elena Frigerio



Señoritas Blanca, Azucena y Angelita Giraud, Matilde Armandula y Agustina Gerasone, y señores Bienvenido y Alfonso Giraud y Lorenzo, Basilio y Enrique Mocchi, que obtuvieron el primer premio para carrozas



Niños de Miguel

Los ojos del lazarillo

Por Julio Hoyos

Cuando el encanijado perro se detenía un instante a olfatear cualquier mísero resíduo que, como reparadora providencia, surgía al azar por el camino diariamente pisado, el ciego Fidel golpeaba la tierra con la contera de su cayada, y sacudía la cadenilla prendido al collarejo del macilento can. Nunca faltaban a estas protestas de enojo la buena compañía de agrias reflexiones, encaminadas a precaber arrepentimientos cercanos, cuando no llegaban de hecho con la añadidura de alguna puntera dirigida a los endebles corvejones, o de alguna desagradable caricia del báculo sobre el flaco lomo, en donde las espesas lanas apenas conseguían suavizar la rudeza del golpe.

Llenas de santa indignación, protestaban las buenas comadres de tan duras reprimendas, y burlábanse, en cambio, de aquellos persuasivos razonamientos, enderezados a las dudosas entendederas caninas; pero entonces el ciego sacaba a la verguenza la marrullera condición del lazarillo, y seguía aludiéndole, con tonillo sobradamente zumbón:

—¡Así; párate otra vez, Sultán de la Persia! El mundo se hizo para tu regalo, y tú para mi ruína. Pero ¿qué idea tiene usted de la vida, señor vago? ¿No ve usted a su dueño, que no piensa en comer hasta que llega su hora?...

No pudiendo el Sultán de la Persia objetar en su abono que él carecía de hora señalada para tan preciso menester, puesto que a la casualidad quedaba relegada esta misión, conformábase con amusgar las orejas, proteger entre las ancas la temerosa cola y evitar, humildoso, el encuentro de la temible cayada.

A la insuficiencia del lazarillo achacaba el ciego su miserable estado; bajo aquel sombrero, campanudo de copa y tendido de falda, cobijábase una cabeza de ingenioso magín, en la que se enmarañaban los rizados cabellos, como si obedeciesen a la rebelde protesta de tantas ideas condenadas a retorcerse en la impotencia absoluta.

Sólo el desdichado animalejo conocía el mal carácter del amo, pues desde que entraba en un lugar hasta que salía de él, no apartaba el ciego de su lado el humor más festivo y la charla más ocurrente y divertida. Conocedor perfecto del terreno que pisaba, parecía que a las plantas se le bajara el don que perdieron los ojos, y sin aviso alguno para cerciorarse de que se hallaba a la entrada de un pueblo, se colgaba la cayada al brazo y, tras un ligero punteado en la guitarra, lanzaba al aire, en pregón de arribo, la misma copla que tenía por costumbre:

Al Amor le pintan niño
con los ojitos vendados:
por eso se vuelven ciegos
todos los enamorados.

Rodeábanle pronto las comadres haciéndole encargos para los pueblos vecinos, pidiéndole cuenta de los mandados hechos anteriormente, consultándole el influjo de alguna hierba virtuosa o haciéndole cantar la oración del día, aplicada a las benditas ánimas de sus difuntos. Para las mozas tenía su cancionero galante sobrado repertorio de coplas picarescas con que ensalzar los oros de todas las rubias y los matices de todas las morenas, y al ingenio de sus romances amorosos debían más de cuatro mocetones el gracejo de sus requiebros.

Aunque esta ocupación dábale lo suficiente para el sustento, y aun le sobraba para pensar en el ahorro, él discurría que eran demasiados oficios los de saludador, mandadero y juglar, y así asperiba a dignificar la persona sentando sus reales definitivamente como recovero, que era lo más productivo.

Aquí venía el desespero. Sultán, el famélico Sultán de la Persia, no era el oportuno socio para este tráfico; los ojos del mísero lazarillo sólo aprovechaban para sortear los peligros de las veredas, y aquel compañero privado del habla le juzgaba Fidel tan inútil para los asuntos mercantiles como él, falto de vista, para caminar por descampado.

Por eso, a la salida de los lugares, cuando, echándose a la espalda la vieja guitarra, recuperada la cadena y el báculo dejando atrás la consideración de las gentes, excelente tierra de sembradura para sus proyectos, tornábale el mal talante y pegaba la hebra de sus reconvenciones.

—¿Lo ves, imbécil? ¿Cuando te darás cuenta del amo que tienes, desagradecido? Si yo no soy a estas horas más rico que el señor Creso, es por tí, calamidad, por tí, que no sirves para nada. Si el hombre no logra las más altas empresas, ¿sabes por qué es?, pues porque se lo impide el amor, otro perro como tú, que vuelve ciegos a los que en sus tretas caen, sirviéndose para ello de los encantos femeninos; pero yo estoy libre de ese peligro, porque para mí son iguales todas las hermosuras, y mal se pueden cegar ojos que nacieron ciegos.

Como Sultán no interrumpía con objeción alguna, quien sabe si a la vista de escenas bien distintas, el discurso se alzaba de tono, y Fidel no era posible que advirtiese la presencia de los que en el camino se topaban con él, hasta que una carcajada estruendosa rompía la elocuente disertación.

Entonces, bordeando los espléndidos plantíos, bajo la apoteosis de oro del sol magnífico, el lazarillo y el ciego pasaban y repasaban los caminos y los atajos, haciendo memoria el uno de los mandatos recibidos y husmeando el otro todo lo que a su paso se encontraba.

* * *

La aparición de Tonín fué para las comadres un motivo de regocijo y una excelente ocasión para satisfacer en grande el feo vicio de la charlatanería. Así que Fidel entonaba su acostumbrada copla, a guisa de propio anuncio, y le veían con la inesperada compañía del mozalbete, descargaban el aluvión de preguntas.

Y que de dónde se había agenciado el nuevo lazarillo, y qué determinaciun había tomado con Sultán, y que cómo se llamaba el chico, y que si era huérfano..., y un sinnúmero de indagaciones, a las que no cabía otro remedio que satisfacer cumplidamente.

De este modo supieron pronto todos los que trataban al ciego, los detalles del suceso feliz, que repetía Fidel sin el menor asomo de pretender ocultar su alegre satisfacción.

FABULA

Un copo de nieve se encontraba en la cima de unas rocas, formando la cúspide de una alta montaña, y recogiéndose en sus imaginaciones comenzó a compararse a la montaña y a decirse: "Yo no debo juzgarme altiva y soberbia, copito de nieve colocado en alto lugar, y soportar que una tal cantidad de nieve como veo, esté colocada muy debajo de mí. Mi pequeñez no merece esta altura que puede muy bien, por el testimonio de mi figurilla, conocer lo que el sol hacía ayer a mis compañeras que en poco tiempo fueron fundidas por sus rayos. Y esto les acaeció porque estaban colocadas más altas de lo necesario. Quiero huir, pues, a la cólera del sol, y rebajarme y hallar un rincón conveniente a mi pequeñez." Se lanza hacia abajo y comienza a rodar desde la roca elevada a otra también cubierta de nieve. Cuanto más busca un lugar bajo, más crece su volumen, de tal forma que se encuentra apenas menos grande que la que le sostiene: fué por esto la última nieve que en aquel lugar derritió el sol. Esto enseña cómo serán exaltados aquellos que se humillen.

LEONARDO DE VINCI.

Una tarde que llegó a la capital, en el instante de hallarse reconviniendo al perro por una de sus manifestaciones de holganza, s e le acercó una mujer a decirle:

—Señor ciego, pues que su persona visita tantos lugares distin- y tantas **nuevas** vendrá a saber diariamente, ¿no sabría de una que llegase en remedio de mi apuro?

—¿Qué apuro es ese, buena mujer?

Ella púsole en conocimiento de su profesión de mendiganta y le confesó con tristeza el disgusto que a su hijo le causaba ayudarla en esta miserable manera de buscarse la vida.

—Bueno, mujer; y ¿qué es lo que quiere de mí que pueda remediarlo?

—Que me dijese si sabía de algún acomodo para él, o que haga cuanto por caridad cristiana estuviese de su parte para colocarle un amo.

—Y ¿sabe si el chico está dispuesto a cumplir?

—Sí que lo está, señor ciego... ¿Quiere decirme su gracia, para nombrarle por ella?

—Me llamo **Fidel**.

—Pues sí, señor Fidel; tan dispuesto se encuentra, que él mismo lo afirmará, si tiene a bien de preguntárselo.

—¡Ah! Pero ¿está aquí?

—Sí, señor, señor Fidel.

—A ver, a ver.

Y el ciego, extendiendo las manos para orientarse hacia el chico, movía los dedos con un esfuerzo que aprendían galanes decires pauna pupila en cada yema.

La mendiga, agarrando al chiquillo por un brazo, le puso al alcance del ciego, y Fidel vino a posar las manos, primero en la cabeza, para descubrir su talla, y en los hombros después, haciéndole colocar a su lado; y una vez con la esperanza del buen servicio que podía prestarle, le preguntó:

—Y dime, pequeño, ¿tú querrías servir de guía? Ser lazarillo de ciego no es mal acomodo si el amo es como yo, que tantas prosperidades y experiencias puede proporcionar a quien le sirviera dignamente.

Así, punto por punto, sin omitir detalle, iba Fidel repitiendo la historia en los corros que se formaban para oirle. El, por su parte, [illegible] la correspondencia, preguntando también por la pinta del chicuelo, y como todas abundaban en alabanzas de buen parecer, el ciego dábase por muy afortunado con esta adquisición.

En realidad, motivos tenía para ello: era Tonín un mozalbete de aspecto simpático, en el que el hambre había puesto una triste dulzura en los ojos, una viva agudez en la imaginación y una gran humildad en el carácter.

Con un lazarillo de tales condiciones, puso Fidel en práctica sus proyectos, y pronto le vieron recovando por todos los lugares, ya sin el estorbo del perro, ni de la guitarra, ni del báculo. Montaban en los trenes de vía estrecha que enlazaban la extensa red de pueblecillos, acortando las distancias y agrandando los rendimientos del negocio. La cara del buen Fidel tenía siempre una patriarcal sonrisa, y llegó un momento a creerse feliz y dichoso sobre la Tierra; si para serlo le faltaba el precioso don de la vista, allí tenía los ojos del fiel lazarillo, por los cuales se asomaba él al mundo, que, por lo demás, salía ganando, puesto que, en su parecer, cosas dañinas existían en esta pícara tierra, que valía más no verlas nunca. Y venía a parar siempre a lo mismo: al amor que ciega de tal modo, que priva y ata a los seres para realizar las más altas empresas. De esto se consideraba él bien libre, porque mal podían cegarse ojos que nacieron ciegos.

* * *

Precisamente, el niño de los ojitos vendados, el que a los enamorados cegaba, del que menos daños temía el buen Fidel, fué el causante de sus desventuras.

Los clientes que traficaban con el ciego, las comadres que le abrumaban a consultas y los mozos ra sus cortejos, se extrañaron pronto de la ausencia. De las mil que aprendían galanes decires paconjeturas hechas a propósito del caso, ninguna acertó con lo ocurrido. Acostumbrados a verle con su habitual puntualidad, todos se sorprendían de que luego de tantos años sin alterar su costumbre, viniese a hacerlo sin aviso alguno.

Pero tampoco a Fidel se lo avisó nadie, y la catástrofe llegó inesperadamente, que es como mayor abatimiento causa. Tan ajeno estaba de ella, que en el loco correr del tiempo no vió más peligro que la ligera molestia de tener que ir levantando la mano conforme el hombro que le servía de apoyo iba creciendo. Y si esto pudo notarlo Fidel bien a las claras, no se le ocurrió que a este tenor también crecía el corazón del lazarillo, y que al fin se hizo capaz para contener al amor, y que el amor se sintió deseoso de habitarle.

Fueron los ojos los culpables: tenía razón el ciego; fueron los ojos los traidores que quedaron presas en las gracias de una doncella a la salida de un lugar alegre. Camino de la cisterna marchaba, con los brazos todos fuera del jubón y la alcarraza sobre una cadera, cuyo peso, levantando un movimiento gentil y rítmico en el talle, haldeaba la falda corta...; y bajo la corona de aquella falda plegada, la graciosaa miniatura de los pies, ágiles y breves como pajarillos nuevos.

Sintió Tonín como si todos los afanes de la vida, todos los misterios de ella, la vida toda, se le entrase corazón adentro y el corazón se le ensanchase hasta tal punto, que todo su cuerpo quedase convertido en corazón.

Lo único que llegó hasta Fidel fué el empeño de Tonín por llegar a la misma hora siempre que se trataba de aquel pueblo, y la sed que le atacaba así que ponían el pie en él! Y aunque algún malicioso aludió a la casual circunstancia de hallarse la moza en la cisterna cuando Tonín bajaba

LAS CANCIONES DEL LIMITE

LA SUPREMA E INMORTAL ANGUSTIA

Vivir con un estigma de esclavos en la frente,
sabiendo que se es digno de gloria y majestad;
sintiendo que este muro que obstruye la conciencia,
jamás con nuestro esfuerzo podremos derribar!

Vivir con esta marca de fuego sobre el alma...
Sentir cómo los días desfilan y se van,
sin darnos más videncia de lo Desconocido;
sin darnos un miraje del triste "Más-Allá"!

Las bestias son felices rumiando paja y heno...
También los "limitados", en su conformidad.
Yo nunca podré serlo: Mi ansiedad, vanamente,
implora... implora siempre... un triste "Más-Allá"!

Desfile de miserias, de llantos y placeres,
el mundo se me antoja revuelta bacanal...
Pero, en la playa de esta mi gran melancolía,
quisiera yo ni verlo... sentir el "Más-Allá"!

ESO NO LO PODRAN!...

Podrán los grandes sabios del futuro
mil obscuros enigmas descifrar;
hallar otros sistemas planetarios,
hallar un mundo más...

Podrán los matemáticos, del globo
que nos nutre la vida calcular;
precisar en guarismos convincentes
los átomos del mar...

Podrán, tal vez, los sabios del mañana
hacer que el mundo cambie de pensar;
arrasar la labor de veinte siglos
y *hallar otra Verdad*...

Podrán dotar al hombre sus galenos
de una sana, viril longevidad;
abatir los dolores más hostiles
con gran facilidad...

Y, basados en leyes inflexibles,
los futuros fisiólogos podrán
conocer por detalles de un cerebro
su modo de pensar...

Pero, dar a los hombres el consuelo
de ver y comprender el "Más-AlAlá";
explicarles el fin de su existencia...
Eso no lo podrán!

DOLOR PANTEISTA

A todos los dolores el pecho llevo abierto;
Todo el dolor humano se encarna en mi tristeza...
En mi interior renace lo que en el mundo es muerto;
y hay luz de estrellas idas por siempre, en mi cabeza!

Mi pena no la encarnan miserias relativas:
Cual todo lo que es alma, no tiene explicación:
El mundo es una cárcel de fuerzas expansivas
que sufren... y es mi pena un haz de esa aflicción!

No lloro yo *mi pena*, sino la esencia misma
de aquella que marchita la Vida con sus besos...
Mi angustia es el insomnio perenne en que se abisma
esta ansiedad que muerde las fibras de mis sesos!

Francisco A. Pagano.

Montevideo.

a calmar su sed, fué lo cierto que nadie hubo de darle importancia al caso hasta luego de producir su efecto.

Sultán fué el encargado de dar la voz de alarma; el Sultán de la Persia, que quedaba cerrado en la casa durante el tiempo que el ciego y el lazarillo permanecían fuera, comenzó a ladrar de tal modo, que fué lo bastante para despertar al amo. Las voces de Fidel llamando a Tonín fueron inútiles; el muchacho huía de la casa por una ventana que plateaba la mágica eucaristía de la Luna.

Huía saltando por la ventana, para no despertar a su amo abriendo el pesado postigo del portón, y aunque frustrados sus deseos por los inoportunos ladridos de Sultán el mozo no desistió. Así como un día entregó su libertad por el pan nuestro, que hay que ganar para que nuestro sea, ahora el amor le reclamaba libre, y ... no sólo de pan vive el hombre. Todos los proyectos concebidos día tras día, al calor de aquella pasión amorosa, pensó realizarlos al fin, y se marchaba derechamente hacia la capital, a cambiar de oficio, a dignificarse, a conquistar un porevnir, por el que se lanzaba a una serie y nobles aventuras a que el tirano amor arrastra.

Por eso Fidel le tachaba de ingrato, de loco, de desgraciado, desde el marco de la ventana abierta, mirando con sus pupilas blancas, frías, inmóviles.

—¡Ingrato, despegado! ¡Dejarme a mí solo! ¡A mí; que le tomé como a hijo! ¡Que estaba a cuerpo de rey! ¡Desagradecido! ¡Desagradecido!

Y con toda el alma en los oídos puesta, aguardó que se apagaran los pasos de Tonín, como quien aguarda a que se pierda de los ojos la imagen que se aleja.

A la mañana siguiente, cuando una comadre fué a buscar a Fidel para consultarle sobre cierto emplasto aplicable a las malas fiebres, le encontró dispuesto a salir, con la cayada en una mano y en la otra la cadena que sujetaba a Sultán.

Esta vez hablaba con el perro en tono cariñoso.

—¡Ven aquí, viejo mío! ¡Y luego dirán que no servís para nada! ¡Ah, si las personas fueran así de agradecidas!

Iba a seguir, sin duda, con uno de sus más extensos y elocuentes discursos, cuando la vieja le interrogó:

—Fidel, pues ¿como así? ¿Y el chico? ¿Y Tonín?

—Calle, calle: malos vientos le llevaron de aquí.

—Pues qué ocurrió?

—Lo de siempre, madre Remedios: ¡el querer, el diantre del querer!

—Qué, ¿le cegó al fin?

—Sí, a él le cegó; pero a mí, a mí que me creía a salvo de sus daños, a mí se me ha llevado los ojos.

Y tornóse a ocupar del perro, que apoyando sus patas delanteras sobre el vientre de Fidel, movía la cola y buscábale las manos para dejar en ellas lametones cariñosos.

—Sí, Sultán, mi pobre Sultán: ahora comprendo lo que tus ojos valen: ¡viejo mío, viejo mío! Cuanto más pienso en la ingratitud humana, mejor aprecio el valor de tu fidelidad, viejo amigo mío.

Y como Fidel se inclinó para acariciar, llegó Sultán hasta poner sus patas en los hombros de su amo y en aquella actitud el ciego y su lazarillo parecían como unidos en el más fraternal de los abrazos.



EL CENTRO DE LA TIERRA

El problema del estado interior de la Tierra es uno de los que han traído siempre desasosegados a los sabios. Sobre este asunto publica un interesante trabajo el "Knowledge and Scientific News".

"Es notable cosa —dice dicho periódico — que, aun cuando podemos averiguar la composición de astros que se hallan a millones de leguas de nosotros y aunque, con excepción de alguna que otra extensión relativamente corta, conocemos pulgada a pulgada la superficie del globo, no tenemos, con todo, la menor idea de lo que está a muy pocas millas debajo de nuestros pies".

El artículo es de Beresfond Ingram, B. A., el cual dice que es opinión generalmente recibida la de que la configuración actual de la Tierra es debida al hecho de que en cierta época era aquélla una masa semifluída, que giraba sobre su eje con uniforme velocidad. Existen, además, irrefutables pruebas de que la Tierra es un cuerpo en curso de enfriamiento.

Las altas temperaturas que se registran en el fondo de las minas y sondeamientos más profundos aún, prueban un punto fuera de toda duda, a saberse que cuanto más cerca del centro de la Tierra, más alta es la temperatura. El calor, por consiguiente, se extiende del interior al exterior y se disipa, por fin, en el espacio en incomceptibles cantidades.

*Siguiendo un promedio de todas las observaciones puede establecerse que la temperatura sube un grado por cada **50** pies, atravesando la corteza de la Tierra. De aquí se sigue que, a la distancia de menos de dos millas, la temperatura será la del agua hirviendo, al paso que, a la distancia de **30** millas bajo la superficie, la temperatura es suficiente para fundir el hierro. Finalmente, a la distancia de **50** millas la temperatura supera a cuantas se ha producido artificialmente. Pero todavía queda la mayor parte de las **4.000** millas que tendríamos que atravesar para llegar al centro de la Tierra. El cálculo de las temperaturas que existen debajo de las **50** millas, de puro elevado, no nos diría nada. Los geólogos no están de acuerdo acerca de la composición del interior del globo. Conforme se desciende de la Tierra, se llega a alcanzar una temperatura suficiente para fundir las rocas. Pero hay que tener también en cuenta que la presión sobre un sólido lo hace menos accesible a la licuefacción, esto es, eleva su grado de resistencia a ser fundido; y no cabe duda de que la presión que sufren las rocas del interior de la Tierra, es enorme.*

*Estos datos dan origen a varias teorías encontradas. Posible es, con todo, que, a cierta profundidad la presión sea bastante para evitar la fundición, en cuyo caso un corte dado al globo presentaría tres aros o anillos concéntricos; el inferior, de más de **7.000** millas de diámetro que marcaría los límites del núcleo sólido; otro, de unas **7.800**, señalando los linderos del abstracto líquido, y, finalmente, el de la corteza de la Tierra el cual, variando según varía la superficie — montes, llanuras, ma,es—, en ningún sitio excedería su profundidad de unas **70** millas.*

LOS RENACUAJOS

Cuando llega su época, en todos los estanques y lagunas van apareciendo los renacuajos, gentecilla alegre que salta y se zambulle.

Como es sabido, los renacuajos salen de huevos. Las ranas los irán poniendo y pronto, la vida de los huevos comenzará a desenvolverse. Entonces, si el tiempo fuese bueno con respecto a la estación, en unos diez días, de cada uno de los huevos saldría un renacuajo pequeñín que echaría a nadar sin el menor titubeo.

Con todo, si el tiempo no es tan bueno, han de pasar algunas semanas para que los renacuajos salgan de sus huevos.

El único fin de la existencia del renacuajo es llegar a ser rana, y su breve vida es empleada por entero en tan importante negocio.

Cuando se mira por primera vez nadando alegremente el renacuajo no tiene pulmones, sino agallas externas que desempeñan el papel de ellos extrayendo el oxígeno del agua. Bien pronto la agalla del lado derecho se cierra, y pasa la mayor parte de su vida con sólo la del lado izquierdo. A su tiempo, ésta también se cierra; pero para entonces la Naturaleza lo ha provisto de una agalla interior con que respirar. De ella lentamente se van formando los pulmones, que usará cuando se transforme en rana. Cuando la veamos con la cabecita fuera del agua, no hará otra cosa que ejercicios de respiración.

La cola del renacuajo es parte esencial de su ser. Desprovisto de patas o de aletas, se vale únicamente de ella para recorrer a nado su laguna. Aquélla lo guía derechamente a la meta señalada por su deseo. Mas tiene aún otra maravillosa utilidad. Cuando llega al último grado de su desenvolvimiento, desde renacuajo a rana, nuestro amigo se aparta y queda como escondido en la gruesa piel que lo cubre, desde que nació, de manera que no puede animentarse, según su antigua usanza. Por entonces su cola está muy gorda y llena de materia nutritiva. Ella lo sostiene durante este peligroso período . Notaréis que va disminpyendo en volumen, en tanto que aquélla va siendo aprovechada, hasta que al fin viene casi a desaparecer también.

La Naturaleza ha sido previsora para con la joven rana. Al salir de la recia piel de renacuajo, se halla con que ya no puede vivir más en su antiguo elemento. Ha de salir a flote o ahogarse. Si el agua tiene poco fondo, puede saltar fuera inmediatamente. Si tiene mucho, puede trepar a la orilla.

Entre ellas

—Hace diez minutos que estoy buscando a mi marido y no lo encuentro.

—¡Vaya una cosa! Hace veinte años que yo busco al mío, y todavía estoy soltera.

Las medias color de carne

Por Salvador Merlino

Elvira miró a su alrededor, y como notara que nadie la observaba, echó dentro del bolso que llevaba en la mano un par de medias de color de carne. Luego abonó algunas compras efectuadas en la misma tienda y salió a la calle con l amayor naturalidad.

Por la desenvoltura con que se apoderó del par de medias que no había pagado, cualquiera diría que se trataba de una ladrona consumada. Pero eso no era cierto; asegurarlo habra sido faltar a la verdad. Elvira robó; eso no admite dudas. Pero robó por primera vez en su vida. Así, pues, contratriamente a lo que era de presumirse, hizo el camino de su casa con la conciencia tan tranquila, como cuando se vive en paz con todos y con sí mismo.

Una vez en la casa, mostró a sus hermanas los artículos comprados, y todos estuvieron contestes en afirmar que las medias aun cuando por su calidad fuesen inferiores a otras del mismo tipo, tenían algo que las hacía particularmente gratas a los ojos. A juicio de las muchachas, aquellas medias eran tan atrayentes, que nadie, por más indiferente que fuera, habría dejado de adquirir. En suma, las medias fueron conceptuadas como la mejor compra de aquel día.

—¿Cuánto te costaron? —preguntó Rosaura, la mayor de las hermanas.

—Una bagatela. Tres pesos con cincuenta centavos. ¡Figúrate! Y hubiera podido sacarlas por menos si me hubiese empeñado en ello; pero no quise. Fué el único artículo que adquirí sin discutir.

Y la conversación terminó en aquel punto. Elvira se dirigió a su cuarto llevando sus prendas en la mano, y una vez en él observólas nuevamente. Se probó el sombrero; miró frente al espejo el efecto que producía el corte de género que adquiriera para confeccionarse un nuevo vestido y, sobre todo se calzó las medias.

Las miró una, dos, cien veces y siempre las encontró maravillosas.

En efecto, aquellas medias de color de carne eran tan lindas, tan atractivas que se sobreponían a toda ponderación.

El jueves por la noche, día en que el novio de Elvira solía visitar la casa, la muchacha se vistió con su mejor ropa.

Poco después de la cena, y mientras esperaba la llegada de su prometido, Elvira se sentó al piano. Sonó una, dos, tres piezas. Luego, hastiada salió al balcón.

La calle estaba desierta. Había niebla, y la luz de los focos era apenas perceptible. El espectáculo era triste. Y Elvira experimentó una sensación de desagrado.

No tenía el menor apego por el invierno. Esa estación del año era, para ella, algo desconsoladoramente inútil. Por eso abandonó el balcón casi tan pronto como se hubo asomado a él. Luego, en forma maquinal, corrió hacia el espejo. Allí se detuvo mirando largo rato. Se encontró linda. Notó que el carmín de sus labios y el "rouge" de sus mejillas habían sido distribuídos con una precición lograda muy pocas veces. Sus labios, sobre todo, habían resultado perfectos: la justeza del color, y el corazoncito que sabiamente diseñara en ellos el lápiz, guiado por su mano de artista, operaron tal milagro.

Pasóse luego una revista general. Observó su vestido, sus zapatos y sus medias. Ningún detalle había sido descuidado. Todo en ella formaba un conjunto armónico. Su novio, seguramente, la encontraría más linda que de costumbre. Así lo pensaba. Y no podía ser de otra manera.

A eso de las 21 horas llamaron a la puerta.

—Es él —pensó Elvira, y salió a su encuentro.

En efecto, era él. Después de cambiarse las frases de rigor, penetraron a la sala y tomaron asiento cerca de una mesa.

—¿Qué buenas noticias me traes, Jorge? —inquirió la joven.

—Las de siempre, Elvira. Todos los días son iguales para los que, como yo, deben permanecer enderrados ocho horas diarias dentro de una oficina. No obstante, algo nuevo tengo que decirte. Y es que hoy te encuentro mucho más linda que de costumbre. Hoy sí que estás linda!

—Lisonjas — murmuró ella, satisfecha de que su novio reparara en su belleza.

—Puede ser que así sea — agregó el—; pero es la verdad. Celebro el buen gusto que has tenido al escoger el género de tu vestido y; sobre todo, en la elección del par de medias. ¡Te quedan muy bien esas medias de color de carne! ¡Nunca te he visto medias tan lindas como estas!

Elvira, que nunca había pensado en la historia de aquellas prendas, al oir las últimas palabras de su novio, echó una mirada a sus piernas y esbozó una sonrisa.

No cabía duda; aquellas medias eran maravillosas. Las miró largo rato, y nunca, en ningún momento, pasó por su memoria la menor sombra de remordimiento. Por el contrario, su acción le pareció la cosa más natural del mundo, tan natural, que ni siquiera se tomó el cuidado de pensar en ella.

Hubo una pausa. Los tic-tacs acompasados del reloj de péndulo de la habitación contigua, se oían distintamente. Desde arriba llegaba el ruido sordo de un dado. agitado dentro del cubilete por las hermanas de Elvira eternamente empeñadas en una silenciosa partida de ludo. La casa estaba en silencio, tibia; pero afuera, la calle, como un mendigo desamparado tiritaba bajo la luz enfermiza de los focos.

Cuando aquella noche, después de despedirse de su novio, Elvira se retiró a su cuarto, sintióse más triste que de costumbre. Tomó asiento en la cama, a cuyo frente había un ropero de tres lunas, y se miró alternativamente en ellas. Estaba linda como cuando llegó su novio. Más linda que todos los días de su vida. Y, sin embargo, Jorge no la había besado. Era la primera vez que no la besaba en aquellos cuatro, cinco, —ya no se acordaba cuántos — años de noviazgo. Y eso era lo que ahora la tenía triste. Y eso era lo que ahora hacía que su pensamiento tejiera la urdimbre de mil extrañas conjeturas.

—¿Por qué no me habrá besado? —se decía—. ¿Por qué Jorge se mosrtó hoy tan indiferente conmigo? ¿No soy acaso linda? ¿No me dijo él mismo que me encontraba más bonita que otras veces? ¡Ah!, pero yo lo conozco: algo reprochable debió de haber encontrado en mí. Porque la frialdad de Jorge siempre lleva implícita una amonestación silenciosa.

Y por primera vez acudió a su memoria el recuerdo de su robo. Indudablemente, aquellas medias de color de carne de las que se había apoderado subrepticiamente, alguna relación debían de tener con los acontecimientos de aquella noche. Y empezó a cavilar al respecto. Ahora se acordaba de que Jorge habíale dicho que las medias le quedaban muy bien. Acordábase asimismo de que, al pronunciar aquellas palabras, su novio había sonreído... Pero, no; Jorge no podía tener conocimiento de su robo. El mismo tendero ignoraría la desaparición del par de medias teniendo tantas como tenía.

Y esta idea la tranquilizó un poco. Pero no por eso dejó de sentirse triste. Lo cierto era que su novio no la había besado, y eso tenía para ella una importancia mayor de la que puede tener un beso en sí. La indiferencia de Jorge no podía, pues, ser interpretada sino como un reproche. Y como en conciencia aquella noche ella no había cometido ninguna acción reprobable, héte aquí que su pensamiento vino a dar nuevamente en el par de medias.

Volvió a hacer conjeturas; pensó que algún amigo de Jorge o que Jorge mismo, al pasar casualmente por la vereda de la tienda, pudieron haberla sorprendido en el preciso instante en que ella echaba las medias en el bolso. Pensó eso; pensó también otras muchas cosas, y a la postre y como corolario de todas sus suposiciones, llegó a la conclusión de que aquellas prendas que tantos elogios suscitaran, habían influído y aun jugado un papel capital en la actitud poco simpática de su novio. Un hecho aunque débil, reforzábala en tal creencia. Y era la sonrisa burlona con que Jorge envolvió el elogio del par de medias; sonrisa que ahora tenía clavada en la imaginación y le hacía daño como una saeta envenenada.

Y, por primera vez, Elvira lloró su robo. Lloró su robo y la pérdida del beso, dulce, tibio, que su novio, egoísta, se llevó en los labios.



—Yo creo que todos los hombres sienten predilección por algo. Yo, por ejemplo, no podría vivir sin mi perro. Y usted ¿siente debilidad por algo?
—Sí, señor; siento debilidad por falta de alimentos.

EL INHUMANO COMERCIO QUE HACEN LOS MISTERIOSOS "TONGS"

JOVENES CHINAS DE CONTRABANDO PARA LOS AMARILLOS ADINERADOS QUE VIVEN EN NORTEAMERICA

Despachos de San Francisco dan cuenta del tráfico de muchachas esclavas chinas descubierto con ocasión de haber sido detenidas Lai Yong y Mary Mar, dos lindas muchachas chinas que, abandonando su prisión de la ciudad china de San Francisco, se volvían a China, llevando doscientas libras en dinero y joyas. Investigaciones posteriores han puesto en claro que se introdujeron en el país haciendo el viaje desde China metidas en sendos féretros de los que suelen enviarse para recoger los cadáveres chinos que han d erecibir sepultura en la tierra natal.

El amor que sienten los chinos suele sr de naturaleza muy particular. Tómese por ejemplo el caso de Choy Yow, comerciante establecido en la calle de los plateros del barrio chino de San Francisco. Choy, con su comercio más o menos honrado, llegó a reunir una bonita suma, y se vió en situación de costearse una "prenda" amada para él sólo. Estaba además cansado de las caricias de "prendas" amadas de alquiler.

Choy entonces fué a ver al jefe de su "tong (Sociedad secreta) para consultar con él lo que podría hacerse, y pronto, en la remota Hankeú, la sucursal que allí tiene la misteriosa Triada, omnipotente sociedad secreta que dispone de incalculables influencias y dinero, recibió de la casa central, establecida en Pekín, determinado encargo, en contravención de la cláusula tal. párrafo tal, de la ley de Emigración de los Estados Unidos de América.

UNA MODERNA ELENA DE TROYA

Dejando aparte una larga historia de intriga, digamos que la bella Bow Elon fué sacada de su residencia secular y llevada a bordo de un barco chino, sucio y mal provisto, que en seguida desplegó velas y tomó rumbo hacia el Sur. En cosa de seis semanas estuvo Bow Elon en el perfumado "boudoir" que Choy Yow había preparado para ella, sin reparar en gastos, y miraba con sus ojos como almendras el tipo poco agradable de su amo, señor y marido.

He escogido el caso de Choy Yow y Bow Elon por ciertas interesantes consecuencias que más tarde tuvo. Choy Yow quería una esposa. Había comprado una por 1 200 dólares, eligiéndola de entre las fotografías de muchachas en venta que en China había, con su precio cada una. Así se procede en las ciudades y barriosb chinos de América y el Canadá. La policía americana y la canadiense no tienen flojo trabajo con perseguir y cortar, ayudada por otras instituciones misioneras y nacionalistas, el tráfico secreto de muchachas chinas, porque cuando aciertan a cerrar una puerta otra se abre.

El tráfico de introducir muchachs chinas en los Estados Unidos para recodeo de los chinos que han alcanzado situación próspera ha llegado a alcanzar enormes proporciones, y es más próspero para los amarillos que otro cualquier negocio de exportación o venta. Una novia cuesta de diez dólares a quinientos, cantidad que ha de pagarse a los padres de la joven, habitantes siempre en pueblos o aldeas de China.

Pero una novia de diez dólares cuesta al marido cerca de doscientos, y la de quinientos no saldrá al opulento comerciante que se decida a adquirirla por menos de cinco mil dólares.

Un chino viejo, de barbas de chivo, patriarca de los más extensos negocios de opio, que no había vivido nunca en el barrio chino de Nueva York, compró hace años su preclara hija a un mandarín — emigrado a América y caído en las garras comerciales del patriarca — en mil libras, y tuvo que pagar nueve mil más al "tong" por que se la llevase.

DIEZ MIL DOLARES POR UN CADAVER

Desde luego que el "tong" no se encarga oficialmente de tales menesteres. Pero de modo padticular rinde a sus miembros servicios de cualquier género, desde procurar u nabellísima novia amarilla o una blanca a quien lo desee, hasta suprimir algún miembro de un "tong" rival que haya causado perjuicio a un socio. Se asegura que de aquellas nueve mil libras dos mil fueron a parar a manos del jefe del "tong" que intervino en el negocio. El resto se distribuyó entre los demás cómplices.

Y, sin embargo, el desventurado patriarca no llegó a ver cumplido su paradisíaco deseo. La dama manchú rodó por distintos mares, y esperó frente a distintas costas. Por dos véces la pusieron en una canoa durante la noche, a la altura de la costa de la Florida, hasta que la canoa pudo entrar en las aguas jurisdiccionales. Pero estando ya cerca de la costa un cañonero que patrullaba descubrió la presa y se lanzó en su persecución, quiso huír la lancha motora; pero los tripulantes, viéndose perdidos, arrojaron al agua su contrabando. Cuando los vigilantes norteamericanos llegaron hasta la canoa sólo había en ella dos tripulantes; tuvieron que dejarlos en libertad. Su presencia allí no significaba delito. Sospechaban desde luego, pero no es tarea fácil encontrar un cadáver en el Océano, a cerca de tres millas de la costa. Aquella dama manchú no es la única sacrificada por los contrabandistas de mujeres chinas para librarse ellos de una larga condena.

En noviembre pasado fué motivo de muchas diligencias de averiguaciones el hallazgo de una joven china muerta, cuyo cadáver llevó el mar a la playa de Pasadena. El cuerpo tenía atados con alambre brazos y piernas. La muerte no fué por asfixia, a causa de la inmersión, sino debido a tres heridas de bala en la cabeza y dos en el pecho. Se le extrajeron dos proyectiles, y se vió que eran de los que usan para sus rifles las fuerzas federales. Después de mucho investigar, se reconstituyó el hecho de este modo:

Un buque patrulla federal había descubierto a una motora contrabandista china. La guardia abrió fuego sobre ella, y los contrabandistas amarillos se sirvieron de su "carga", la desventurada e indefensa muchacha que llevaban al barrio chino de San Francisco, como escudo, y luego echaron el cadáver por la borda.

Pero volvamos a Choy Yow, porque su caso ofrece otro aspecto del tráfico de esposas esclavas. La suya resultó una nueva Elena de Troya. Fué la causa de una guerra de "tongs" que costó la vida a sesenta hombres, y en que resultaron heridos dos veces más.

Un miembro del Bings Kongs —Chy Yow era "On Leong" — puso los ojos un día, por desgracia, en la encantadora Bow Lom, y en seguida resolvió apoderarse de ella. Reunió a seis amigos que habían de encargarse d eenviar a Choy a la mansión de la felicidad. Choy se encontró inopinadamente en su domicilio con siete amenazadores sujetos — los seis conjurados y el propio instigador—, y paso un rato indeciso respecto ue qué preferiría más conservar si su vida o la damita de sus pensamientos. Se decidió por la vida, y se llevaron a Bow Lom.

Lo que sucediera después nadie lo sabe concretamente. Choy, que no denunció el hecho a la policía, lo denunció sin duda a su propio "tong". Pero antes de que éste hubiera puesto en campaña a sus asesinos, Bow Lom, en las propias habitaciones de su raptor, se había clavado en el pecho un sable de tres pies de largo, con lo que había acabado para ella el interés de todas las cosas terrenales. La guerra de "tongs" que se declaró duró dos años, y sólo cesó con la intervención de la omnipotente Triada, que, extendiendo desde Pekín sus largos brazos, concertó una conferencia en que el propio ministro chino en Washington presidió la negociación de paz.

EL CRIMEN CELESTE

Tales son los peligros y amenazas a que constantemente vive sometida la esposa esclava. Una esclava es propiedad absoluta del hombre que ha pagado su cuerpo y la entrada en el territorio. El puede amarla venderla o matarla. Por otra parte, si otro chino se la roba no puede el perjudicado ampararse en la ley, puesto que las investigaciones descubrirían el tráfico. Nada le queda, pues, sino la apelación al "tong" y la guerra privada por la pistola, el cuchillo o el veneno.

Con frecuencia se ha dicho que los chinos prefieren mujeres blancas a las de su propio país. Pero no es verdad. Ningún hombre amarillo tomará esposa blanca si puede elegir a su deseo una mujer de su propio color.

El tráfico de esposas esclavas es probablemente uno de los que, mientras exista nleyes de inmigración, proporcionará más pin-üe provecho y estimulará a correr todos los riesgos que lleva en sí.

Porque aunque el inescrutable filósofo chino en su casa solitaria se entrega al opio, el amor a las mujeres es más fuerte que el amor a la esperanza, y tan pronto como tiene dienro para permitirse una "prenda" de su corazón deja a un lado la pipa y convierte sus sueños en realidades.

Carleton ASHWELL

Eutre amigos

Un caballero, sordo como una tapia, divide su existencia entre su mujer y su perro.

U ndía, en la calle, un amigo suyo le pregunta por su esposa.

—¡Oh! —contestó el sordo—. ¡Si viera usted Cómo menea la cola cuando entro en casa!

EL POETA DE LA DUDA

Por Gaspar Núñez de Arce

Allá por el año 1851 se publicaba en Madrid un periódico político titulado "El Observador". Un día hallábase en su despacho el director del mencionado periódico, cuando se le presentó un ordenanza anunciándole que un joven pretendía verlo. Dijo el director que pasase el que aguardaba y poco después se presentaba ante él un muchacho de unos diez y siete a diez y ocho años, de pequeña estatura, modestamente vestido; pero "con una expresión en su rostro que contrastaba con las revelaciones que hacía su traje y las sospechas que despertaba su deseo de ver al director de "El Observador".

Requerido por éste, expuso sus pretensiones el recién llegado. Era escritor y quería escribir en aquel periódico.

—¿Y qué sabe usted hacer?— le preguntó afablemente el veterano periodista.

—Todo — respondió con admirable seguridad el joven.

—¿Es posible?

—Como se lo digo. Puedo demostrárselo cuando le parezca.

Algo debió ver el director del periódico en aquel muchacho cuando lo hizo volver al siguiente día, aceptando su colaboración. Poco después, el flamante periodista, de la mano de Eulogio Florentino Sanz, entraba "en todos los cenáculos y se relacionaba con los escritores de aquella época, que lo acogían con esa cordialidad tan frecuente en nuestros hombres de letras. Florentino Sanzs decía de su nuevo amigo:

—Tiene mucho talento. Su nombre no tardará en hacerse popular. Es paisano de Zorrilla y de Miguel de los Santos Alvarez. Se llamá Gaspar Núñez de Arce. No lo olvidéis. Seguramente oiréis hablar mucho de él.

Razón tenía el perezoso, elegante e indolente Florentino Sanz en lo que decía de Núñez de Arce, que nacido en Valladolid en 1832, había ido a Toledo con toda su familia cuando contaba pocos años, gracias a haber sido trasladado allí su padre, que era empleado de Correos. En la ciudad imperial fué donde se crió Núñez de Arce, que allí se dió a conocer también con el estreno de su drama titulado "Amor y orgullo". Tenía Núñez de Arce cuando se estrenó este drama poco más de quince años, y habiendo decidido su padre que estudiase para sacerdote, no fué de su parecer el hijo, que desgarrándose de su casa, como Zorrilla fué a Madrid, ganoso de renombre y gloria y ansioso de labrarse un porvenir con su propio esfuerzo. Gran preparación tenía para lograrlo. De cultura poco frecuente no era uno de esos escritores intuitivos que cuentan sólo con su atrevimiento y su osadía para escalar las alturas. No era tampoco uno de esos periodistas circunstanciales y de verdadera ocasión que toman el periódico como el vulgar oficio que les asegure el pan. Núñez de Arce volaba más alto. Su vocación de escritor no era ficticia, ni mucho menos. La base con que contaba antes de lanzarse a escribir para el público era su firma. No era un advenedizo ni un ignorante. El padre Loaiza, célebre bibliotecario de la Catedral toledana, había sido su maestro y había sembrado en el espíritu del joven escritor las semillas de la más completa educación literaria. Era, pues, Núñez de Arce uno de los muchos periodistas que honraron, honran y honrarán la gloriosa prensa española, donde casos como el de Núñez de Arce son harto frecuentes. Cuántos escritores y grandes escritores por añadidura, refúgianse en el periodismo que los cuenta como sus más constantes y fieles cultivadores!

Conociendo la preparación del futuro autor de "El Vértigo", no tiene nada de extraño que su primer artículo obtuviese un éxito y atrajese la atención de todos hacia el nuevo periodista, que poco después pasó a la redacción de "La Iberia", en cuyo periódico captóse la amistad y la simpatía de Carlos Rubio, del que fué un amigo cariñoso y entrañable, a pesar de que andando el tiempo militaron en campos políticos opuestos. En 1860 asistió como corresponsal de guerra a la campaña de Africa, sonriéndole toda la carrera literaria que había emprendido. Su única desventura era la demencia de su padre, que al perder la razón lo dejaba al frente de una familia numerosa, ofreciéndole al mismo tiempo la satisfacción de ser el protector y el amparo de sus hermanos.

Al estallar la revolución de setiembre alzóse con la bandera de la poesía civil, cantando la duda como nadie lo había hecho. El, que se había lamentado de tener alma apagada y fría, destacóse con nuevos e inspirados bríos como poeta nacional, no a la usanza ni a la manera de Quintana, sino como un nuevo profeta que veía para su patria los peligros que expresaba en su composición dedicada a España, y que, entre otras cosas, decía:

Ni causa oculta ni razón ignota
busques al mal que te devora el seno,
tu iniquidad, como sutil veneno,
las fuerzas de tus músculos agota.
No esperes en revuelta sacudida
alcanzar el remedio por tu mano,
¡oh sociedad rebelde y corrompida!
Perseguirás la libertad en vano,
que cuando un pueblo la virtud olvida
lleva en sus propios vicios su tirano.

Este carácter poético y elegíaco del poeta fué su principal enemigo. Elevándose a los principios y a las causas ocasionales olvidábase de la misión sentimental y romántica que parece ser la exclusiva de la poesía. Esta elevación restábale popularidad y se la sigue restando. El poeta tiene entre nosotros un círculo muy limitado, reducido y pequeño. Su auditorio lo componen la juventud soñadora y las mujeres, que sólo buscan en los versos la armonía musical grata al oído. No era, pues, Núñez de Arce el más indicado para competir con los grandes líricos, cuyas composiciones sonoras enloquecían a las gentes. Su vida tampoco le capacitaba para conseguirlo. Hombre de ideas antes que poeta, carecía de la dolorosa inspiración que se necesita para conmover e interesar a la humannidad. Pintaba y describía como nadie. Véase el principio de su poema "El vértigo":

Guarneciendo de una vía
la entrada incierta y angosta,
sobre un peñón de la costa
que bate el mar noche y día,
se alza gigante y sombría
ancha torre secular
que un rey mandó edificar
a manera de atalaya
para defender la playa
contra los riesgos del mar.

No hay manera de decirlo mejor en prosa. Le faltaron emotividad, sentimentalismo, dolor humano, humildemente humano y le sobraron grandeza y elevación.

¡El poeta de la duda! Ya pasó su tiempo. Hoy, en que todos se creen firmemente en posesión de una verdad, que tampoco les interesa nada, un poeta como Núñez de Arce carece de significación e importancia. Para dudar, lo primero que se necesita es pensar y no se distinguen nuestros tiempos por su amor a las ideas...

Juan López Núñez.

LAS QUE TRIUNFAN

Andrea Zelmira Domenet se ha revelado intérprete eximia del arte musical

Mediodía de oro. En las calles rumorea una multitud presurada que va y viene formando el inmenso telar de las actividades orientadas hacia mayor riqueza y progreso material. No han quedado olvidadas, felizmente, en el vértigo de los afanes mercantilistas, las cosas del espíritu, que en la disciplina austera del estudio y del sacrificio, florece en magníficos ensueños de arte y belleza, en marcha siempre hacia "la conquista del árbol que canta y del agua dorada", que simbolizan el Ideal, al decir de Maeterlink.

La entrevista con la señorita Andrea Zelmira Domenet confirma nuestro concepto una suave figura femenina, en cuyo corazón el arte, en sus formas más nobles y puras ha arraigado profundamente hasta constituirse en la fundamental razón que orienta su existencia, sin que este renunciamiento a las frivolidades imperantes, reste encanto a sus modalidades exquisitamente femeninas.

La encontramos vibrante de juventud y optimismo, realizando el concepto de Amado Nervo que llamaba a estas armoniosas figuras, todo voluntad a pesar de sus apariencias frágilesh de flor, "de oro sobre acero"

Y pensamoss —Belleza, talento, sensibilidad, bondad. Las hadas buenas han prodigado sus dones cerca de esta elegida, que aún está en los umbrales de la juventud y ya transporta al público con la magia de su técnica magistral y el imperio de su exquisita sensibilidad interpretativa.

En amable charla, en la cual campea, a cada instante su encantadora modestia habitual, evocamos el gran triunfo que constituyó su reciente presentación al público de Buenos Aires. Nos cuenta luego sus ensueños, sus luchas y la satisfacción que ha experimentado al ver ampliamente compensados sus esfuerzos con el éxito obtenido en su concierto inicial.

—La música, — nos dice, es el arte divino que hace vibrar esa profundidad misteriosa donde arraigan con raíces comunes la vida física y moral, la psiquis y la materia, la forma y el sentimiento. La armonía de los sonidos provoca en el alma, como un eco involuntario, la armonía interior, al rozarla con su ala vibrante, ora como sedante caricia, ora con vivo impulso.

Escuchando a la joven artista y sobre todo, escuchándola interpretar en el piano a los grandes maestros, recordamos este párrafo de una gran escritora argentina:

"¿Quién no guarda piadosamente el recuerdo de una hora de emoción estética en que un himno religioso, un caprichoso nocturno o una romanza de amor ha removido el fondo de nuestra alma en una apasionada aspiración hacia las cosas buenas, bellas y nobles de la existencia?"

Estas inefables emociones nos produce el arte consumado de la señorita Domenet, en quien armoniza el brillo y la maestría de la técnica, con el hondo sentimiento de sus interpretaciones.

Las "estrellas" de Benghazi

Curiosos son los pequeños glóbulos de aspecto de gotas de resina hallados en la estepa, al Sur de Benghazi. Son de color amarillo o rojo pardusco; su parte exterior es blanca y tan duros son, que es necesario emplear el martillo para romperlos.

Primeramente se creyó que estos granos, a los que los árabes llaman "eshtrellas caídas", eran de ámbar; pero el análisis demostró la presencia de albúmina en su parte superficial y de lecitina en su parte interior. De aquí se dedujo que estos glóbulos eran huevecillos de algún reptil pequeño, que, gracias a la elevada temperatura, habían sido preservados de la putrefacción.

Constante lucha de sagacidad entre los empleados de prisiones y los reclusos

La entrada fraudulenta de armas y la preparación de evasiones

Hace algunos años se incendió una noche el edificio principal de los talleres de una prisión del Oeste, y quedó completamente destruído por el fuego. La guardia había advertido las llamas a eso de las siete, dos horas largas después de acostarse los presos; de modo que no había ninguno en el edificio incendiado. Se pidió socorro a cuarenta o cincuenta de los reclusos, que hicieron heroicos esfuerzos para combatir el fuego. Los periódicos aseguraron que el incendio no podía haber sido intencionado.

No obstante, el director adjunto empezó las averiguaciones para conocer las causas del siniestro. Dentro de la prisión siguió un lento y paciente trabajo, del que fuera nada se supo; trabajo que exige una constancia y sagacidad poco comunes. No es que estuviera el director adjunto seguro de que el incendio podía atribuirse a los reclusos; pero tampoco quería concederles el beneficio de la duda. "En las prisiones, las cosas nunca son lo que parecen", pensaba.

Examinó la ficha de los 350 reclusos empleados en el edificio destruído por el fuego. Quince de ellos habían sido castigados el mes anterior por razones diversas, y de los otros, cuatro de cada cinco habían sido amonestados también. Tomó los nombres de los que habían sufrido castigo y encargó al celador que apartara los uniformes de todos ellos cuando fuesen al lavadero.

Uno de los presos que tenía conocimientos de química fué encargado de examinar ocho uniformes, los primeros de entre los previstos que fueron al lavadero. Con una lupa, un microscopio y diversos reactivos químicos examinó y trató particularmente ciertas manchas grasientas del pantalón que había llevado un recluso apellidado Masterson, condenado a cadena perpetua por asesinato. Advirtió al director adjunto lo que había encontrado, y el director por el momento no pareció dar al hallazgo ninguna importancia; pero una vez solo, el director se hizo llevar del almacén un cabo de vela, lo encendió, lo dejó arder por unos instantes y lo apagó soplando. Abrió un poco las ventanas para que saliera el olor, y llamó a su secretario, a quien encargó que llevase a su presencia a un recluso llamado Blinky Halloran, que trabajaba en el almacén.

Acudió Halloran, y el director estuvo sin hablarle cinco o seis minutos, tiempo durante el cual las miradas sin objeto del recluso se detuvieron en el cabo de vela. Entonces el director recogió el cabo, lo examinó unos instantes y dijo:

—Halloran, ¿cómo es que en este cabo de vela están tus huellas digitales?

Hallorán se humedeció los labios con la lengua, y murmuró:

—Yo, yo..., es que...

El director adjunto continuó:

—Le pregunto sencillamente porque un cabo de vela encontrado en el taller de sastrería lleva las huellas de usted. Su trabajo no le obliga a estar cerca de las velas ¿verdad?

Halloran reconoció que así era, en efecto.

—Y yo pensaba —siguió el director—: es porque cuando Masterson le pidió un cabo de vela para encender el taller de sastrería se lo dió usted ¿no? No diga nada si no quiere. Masterson acaba de decirme todo lo que me era necesario saber.

Un cuarto de hora después, Masterson miraba con ojos espantados la confesión escrita de Halloran, y quedó preso en la malla, a pesar de sus protestas y negaciones.



—¿A vosotros os dan los trajes a medida?
—Sí. A medida... que vamos llegando.

No hay que ser un doctor Watson para explicarse cómo procedió el director adjunto. Conocía bien la psicología de los reclusos; de sobra, para saber que alguno de los castigados trataría de vengarse. Y el hecho de que el incendio estallase dos horas después de cerradas las celdas, no probaba la inocencia de los presos. Había buscado en la ficha de los detenidos castigados los nombres de aquellos que solían ir al taller de sastrería, y limitado así el campo de averiguaciones, era natural suponer que habría introducido de contrabando artículos para preparar el incendio. Estos artículos no podían haberse introducido fraudulentamente sino escondidos entre las ropas, y por eso había hecho examinar antes del lavado los uniformes, en busca de manchas u olores sospechosos. Así fué cómo descubrió las huellas de grasa en el pantalón de Masterson.

Faltaba saber cómo éste se había procurado una vela, un artículo de uso poco frecuente, que se empleaba sólo en caso de avería en el alumbrado ordinario. Como velas no había más que en el almacén, se trataba de averiguar cuál de los reclusos empleados en el almacén debía tener relaciones con Masterson. Los celadores se acordaron de haber visto frecuentemente hablar a los dos.

El director sabía de sobra que la vela qu había pedido al almacén no llevaba las huellas digitales de Halloran; no era fácil haber acertado con el pedazo correspondiente al que sirvió para prender el fuego. Pero Halloran, ante la afirmación categórica del director, no resistió; ni siquiera tuvo tiempo de pensar que el cabo de vela que él había dado a Masterson no podía haberse librado de un incendio como aquél.

Masterson reconoció que había entrado la vela atada a la pierna bajo el pantalón; que había preparado una mecha con estopa a base del cabo de vela metido en una cajita de madera con un agujero. A las dos horas, cuando la vela se consumió, el fuego prendió la estopa y se produjo el incendio general en los talleres.

En los establecimientos penales es continuo este trabajo detectivesco, que no llega nunca al público. Por ejemplo. Se lee con frecuencia en los periódicos que han logrado evadirse reclusos después de haberse procurado armas; pero lo que no se denuncia es cuantas veces la diligencia y sagacidad de los guardianes impide que se introduzcan armas fraudulentamente.

Desde luego en estos asuntos tienen un papel iomportantísimo ciertos reclusos que se ofrecen a servir como delatores, y sin cuyo concurso las autoridades penitenciarias poco podrían hacer contra el contrabando de armas, pelos de sierra, limas, narcóticos, etc.

En una ocasión, en una penitenciaría de Leavenworth, supo el celador de un patio, por "soplo" de uno de los presos, que otros andaban ingeniándose para procurarse armas. No pudo el "soplón" decir otra cosa sino que las armas debían ser encerradas en algún sitio dentro de la prisión misma, en la huerta. Inmediatamente, se aumentó el número de presos a quienes se dedicaba a trabajar en la huerta en cinco o seis delatores de confianza. Un solo lugar de la huerta quedó sin observar, o al menos observado de tal modo que los presos podían suponer que no lo estaba. Por otra parte, los reclusos conocían a los nuevos compañeros de trabajo como redomados "soplones" y desconfiaban de ellos. A juicio del director sólo dos cosas podían ocurrir: o que abandonaran el proyecto los que lo tenían, o que fueran enterradas las armas en el lugar de la huerta aparentemente sin vigilancia. Por la noche se procedió a excavaciones y, efectivamente, se encontraron armas en el lugar que se suponía. Volvió a dejárselas donde estaban, y en los alrededores de la prisión se apostó un celador, con unos excelentes gemelos, encargado de vigilar constantemente aquel lugar durante el día. Vió a un recluso aproximarse al depósito y esconderse las armas bajo la blusa. Instantes después cuál no sería el asombro del individuo al verse descubierto.

No siempre, sin embargo, pueden servirse las autoridades de los reclusos dispuestos a la denuncia, porque los "soplones" encuentran grandes dificultades para su misión tan pronto como se hacen sospechosos a los compañeros.

Cuando las autoridades carcelarias han averiguado que ya hay dentro de la prisión un revólver es cuando han de proceder con más acierto y cautela. El menor error, el más pequeño descuido, pueden originar una evasión o traer graves consecuencias para los vigilantes. Es extraordinaria la facilidad con que inmediatamente se enteran todos los presos de que uno de ellos tiene una pistola.

Se recuerda de un caso en que habiendo sabido los directores de la prisión, por la delación de unos reclusos, que se había introducido una pistola fraudulentamente, no daban co nel poseedor, por más que hacían. Un día un preso pidió audiencia al director,

y, recibido, le dijo que él se comprometía a encontrar la pistola. El director se mostró conforme; pero encargó a otro recluso de su confianza que vigilase al que se había ofrecido. Después se supo que el tal delator había participado en la introducción del arma, pero no había podido utilizarla para cometer el atentado previsto, a causa de la vigilancia rigurosa. Entonces se le había ocurrido denunciar a un compañero para desviar hacia él todas las sospechas y quedar él en libertad de cometer la fechoría.

Un día el director de la prisión encontró sobre una mesa una carta que decía: "Señor director: en la casa hay seis pistolas". No decía más. La escritura imitaba los caracteres impresos, y de ella no podía deducirse pista alguna. El director examinó cuidadosamente la carta con una lupa, y encontró en ella un pequeñísimo hilo de algodón.

En casi todos los talleres se empleaba algodón para limpiar las máquinas, así que se servían de él continuamente cincuenta o sesenta reclusos. El químico dijo que en el hilo de algodón había restos de hollín, y también de papel. Este descubrimiento limitó más las investigaciones. El único sitio de la prisión en que se empleaba carbón era en las calderas. Se mandó la carta a un perito de dactiloscopia, que no encontró ninguna huella digital. Entonces el director cogió la lista de los doce reclusos que trabajaban en las calderas. Exceptuados siete, analfabetos o condenados a penas insignificantes, que no era fácil quisieran arriesgarse a perder sus "buenas notas", quedaban cinco, todos ellos "pájaros" de cuenta. El director dió algunas instrucciones al celador encargado de las calderas, y en pocos días pudo reunir cinco notas escritas cada una por uno de los reclusos sospechosos. Las notas eran sobre asuntos relativos al servicio. Minutos después de tener las cinco notas en su poder mandó a buscar a Francis, uno de los cinco sospechosos, y, cuando lo tuvo ante sí, le dijo que había recibido su nota referente a las armas. El detenido protestó con vehemente indignación; pero las promesas que el director hizo permitieron el hallazgo de las pistolas en menos de una hora.

También ocurre a veces que los reclusos tienen éxito en la entrada de armas, como ocurrió recientemente en la evasión ocurrida en la cárcel de Tombs, de Nueva York, donde el director y un celador fueron muertos por los reclusos que intentaban evadirse. Se proclaman los fracasos cuando van seguidos de la muerte de un hombre; pero los triunfos se callan porque son la diaria rutina en el servicio administrativo de las prisiones.

Joseph FULLING FISHMAN

Inspector federal de las prisiones de los Estados Unidos

Los metales invisibles y los nuevos gases asfixiantes

En la conferencia de químicos norteamericanos celebrada en la ciudad de Chicago, el famoso químico doctor Hilton Jones ha manifestado lo siguiente:

"Ya sabéis que los estados mayores de todas las grandes potencias no ignoran que ha sido descubierto un nuevo gas, el "cacodylo isocyanido", cuyos efectos, de ser empleado en la guerra, harían imposible toda lucha armada.

Este gas es tan terrible y formidable, que acabaría con los ejércitos con la misma facilidad con que se apaga con un soplo la luz de una bujía.

Comprendo que no se quiera hablar de este maravilloso descubrimiento. Por eso no insisto, y voy a darles cuenta de otros descubrimientos de que tengo noticia".

Y con gran sorpresa de sus colegas sacó un pedazo de metal y dijo:

"Este metal es dos veces más sólido que el acero bien templado y una mitad menos pesado que el aluminio.

Se le ha denominado "beryllium", y estoy seguro de que causará una verdadera revolución, sobre todo en la industria de la fabricación de aeroplanos. Puede sufrir una tensión dos veces superior a la del acero, aunque su peso sea muchísimo menor que el de este último metal.

Es tan duro, que se le puede emplear como si fuera un diamante para cortar el vidrio, y en cambio no hay manera de rayarlo hágase lo que se haga.

Si se construyera un motor de aeroplano de 400 caballos con "beryllium", sería tan ligero que un solo hombre podría levantarlo y transportarlo.

También ha sido inventado otro metal compuesto de diversas aleaciones, y que sus inventores denominan "aldur". Este último metal, a cierta distancia, resulta invisible.

Imaginad por un instante que se construyera un aeroplano con "aldur", provisto de un motor de "beryllium", y cuyos tripulantes llevaran bombash llenas del gas a que me he referido antes. Un par de escuadrillas de estos aeroplanos bastaría para destruir naciones enteras.

Estoy seguro de que la guerra no acabará sino cuando los progresos hde la química hayan sido tales que las armas puestas a disposición de los beligerantes sean de un poder tan extraordinario que su uso determine el aniquilamiento de la humanidad".

Y DIJO EL PEREGRINO...

Yo descifré en tu copa el embeleso
De la vida y la muerte... ¡Extraño beso!
El beso que en el alma se deslíe
Cuando la aurora del amor sonríe!

¡Oh, divina y exótica embriaguez,
Dolorosa y dulcísima a la vez!
Bebí... bebí... Con ansiedad bebí,
Mas no logré apagar la sed en mí.

Quise apurar la hez del rico vino
Hasta olvidarme de mi cruel destino;
Quise embriagar a mi existencia loca
En el ardiente cáliz de tu boca...

Bebí, bebí. Con ansiedad bebí
Y se hizo eterna aquella sed en mí!

Carisa G. de Diego Arbó.

QUEDARSE EN CASA

DON TRANQUILO. — Bautista, ¿está dispuesto el desayuno?

BAUTISTA. — Voy a servírselo, señor.

DON TRANQUILO. — Estoy contento y soy feliz, Bautista. ¿Y sabes por qué?

BAUTISTA. — No, señor.

DON TRANQUILO. — Porque acabo de leer los periódicos, y cuando me entero de los peatones que han sido atropellados el día anterior por los automóviles aprecio la felicidad de poder estar tranquilamente en casa junto al fuego.

BAUTISTA. — Sin embargo, señor...

DON TRANQUILO. — Ayer mismo un aviador se cayó de una altura de tres mil metros, y se mató. U es lo que yo digo; si se hubiese quedado en su casa no hubiera sufrido el accidente.

BAUTISTA. — Pero el progreso, señor...

DON TRANQUILO. — Otro suceso de ayer. Un caballero disparó ayercontra otro porque sorprendió a éste con su mujer. ¿Crees que si los dos se hubieran quedado tranquilamente en casa hubiera ocurrido el encuentro.? Desengáñate, Bautista. Lo mejor es quedarse en casa; así no hay peligro de "autos", ni de aeroplanos ni de disparos de maridos celosos; Y ahora sírveme el desayuno. (Se sienta a la mesa. Llaman.) *No estoy para nadie Bautista.* (Bautista sal y vuelve en seguida, empujado por un caballero muy furioso, que se detiene frente a don Tranquilo).

DON FURIOSO. — No le saludo a usted, caballero.

DON TRANQUILO. — ¿Y quién es usted? ¿Qué desea?

DON FURIOSO. — Va usted a saberlo. Un poco de paciencia. Voy a contemplarlo despacio. Es usted un ente ridículo.

DON TRANQUILO. — Pero ¿quiere usted decirme?...

DON FURIOSO. — Dando un bastonazo en la mesa que hace temblar todo el servicioq —¡A callar!

DON TRANQUILO. — ¡Le prohibo a usted romperme la vajilla!

DON FURIOSO. — ¡Prohibirme usted a mí? ¡Usted no sabe don quién habla! ¡Romperé lo que me dé la gana!... (Siguen los bastonazos, y concluye por tirar del mantel. Todos los objetos que había sobre la mesa caen al suelo con estrépito, y se acen añicos)

DON TRANQUILO. — Furioso.- ¡Miserable!

DON FURIOSO. — Sonriendo - Tranquilícese usted. A mí ya se me han calmado los nervios.

DON TRANQUILO. — Cuya cólera aumenta por momentos. - ¡Acabemos, señor mío! ¿Quiere usted explicarme la causa de su actitud?

DON FURIOSO. — Muy tranquiloq — Sí, señor. Delante de usted hay un hombre que quiere vengar su honor. (Saca un revólver con el que se pone a juguetear con gran asombro de don Tranquilo) *No se haga el sorprendido. Va usted a saber quién soy. Desde hace un mes vengo sospechando de mi mujer, y ayer, la casualidad me hizo conocer la persona del seductor. Registrando su bolso encontré esta tarjeta dándole una cita para esta tarde.* (Mostrándola) *¿Sabe usted de quién es esta tarjeta?.*

DON TRANQUILO. — Sí; es una tarjeta del vecino de arriba

DON FURIOSO (Excusándose) *¡Ah! Perdón mil veces, caballero. Me he equivocado de piso.*

Hubert GENIN.

SINCERIDAD

La señora. — Algunos dicen que tengo treinta años y otros, treinta y dos. ¿Qué edad cree usted que tengo?

El señor — La suma de las dos cantidades.

Pagina poética

IDOLO CAIDO

A Josefa Fabre.

"Soy toda tuya", me lo decías,
"tesoro mío", no ha muchos días
"y estoy segura que otra mujer
no hallarás nunca que igual te quiera:
tan cariñosa ni tan sincera,
estoy segura, no puede haber".

Gratos recuerdos, frescas escenas
que al recordarlas me causan penas
porque no fueron nunca de amor:
en mi memoria yo las acopio
aunque han vivido cuál nubes de opio
en los rincones del comedor.

Guardo un pañuelo que por discreto
yo me reservo todo el secreto
que en tu memoria debe vivir
más que el cariño que hoy bien lo veo
no fué cariño sino deseo
que al realizarlo viste morir.

"Por la memoria de quien me ha criado
yo te lo juro no haber amado
más que a tí solo con frenesí;
quiéreme mucho, tesoro mío,
cuál yo te adoro, con todo brío
pues bien lo sabes que soy de tí".

Cuando comprendas tú lo que has hecho
y se despierten dentro del pecho
remordimientos, ya no podrás
borrarlos nunca, pues la conciencia
es juez que dicta justa sentencia;
yo te perdono, ella ¡jamás!

Eres tan diestra tú en la falsía
que tus mentiras yo las creía
como cualquiera, puede creer;
villanamente tú me has herido,
me has engañado, algo he perdido
pero tú tienes más que perder.

LUIS A. de LEON.

MI PIANO

Al querido amigo Elmérico A. Fracassi.

Tengo un piano dulcísimo, que expresa
la más pequeña vibración del alma,
es tan sensible que su canto es lloro,
lloro tan tierno en la penumbra y calma.

Es un piano en que vibran ¡ay! sus cuerdas
que impresiona constante el alma mía,
instrumento muy triste que atesora
la inmensa inspiración de la armonía.

Canta las penas con amor tan puro;
canta las trovas con pasión ardiente;
es sensible a los ruegos de una dama,
y al triste enamorado es obediente.

El amor hace nido entre sus cuerdas;
los suspiros se mezclan en sus ondas
como ecos de amores eternales
que siguen perdurando por las frondas.

¡El dolor inmortal está en las notas
de la triste canción acongojada;
en el bosque florido do perdiera
la prenda de su amor, la enamorada!

¡Es el dolor que lo sentimos siempre;
la pena horrible que quebranta el alma;
el eterno soñar con lo imposible,
Y el eterno vivir buscando calma!

Son sus voces arpegios y armonías
que jamás revelaron el contento;
no han podido alegrar los corazones
ni han podido impedir el sufrimiento.

Lloran sus cuerdas si unas manos corren
por su teclado de tan tenue canto,
rememora del dueño el sentimiento
pues si él lo toca se convierte en llanto.

José M. OYUELA.

SER Y NO SER

"Ser y no ser..."
Afán de vida, sueños de muerte;
penas de ahora, ansias de ayer.

Placer y dolor...
Raudo combate, vertiginoso
de fé y de amor.

Rimar, cantar...
También la alondra bajo el alero
sabe llorar.

Llores o cantes, alma doliente
sigue tu ritmo, serenamente...
Cuenta que nunca mejor sendero
halla quien tiene constantemente
al sentimiento por escudero...

Adela GARCIA SALABERRY.

¿QUE PASA?

Así me dijo una hermosa
que era novia y era flor:

"Al poeta
"de la elegante frase,
"de los gentiles versos,
"del exquisito andar,
"al poeta
"del perfumado aliento
"y la infaltable flor,
"que es eso? ¿qué le pasa
"al poeta de mis noches,
"al poeta de mis días,
"al poeta de mi amor?"

"Será que acaso han muerto
"sus ilusiones todas,
"en esta hora triste
"de la Renovación?
"O acaso ya su númen
"florido y altanero,
"no encuentra hoy la "Musa"
"que inspire su canción?"

"No calles ¡oh! mi amigo,
"que el verbo de tu acento
"infunde en nuestras almas
"su cálida oración.
"No calles, que la vida
"se toma con la calma
"de la serena tarde
"que miro del balcón".

... ...
... ...
... ...
... ...
Calló la hermosa y pensé
que era voz del corazón
la que vibraba en los labios
de la novia y de la flor.

Adolfo PACHECO.

INSTANTE DE INCERTIDUMBRE.

Oh, noche! eres propicia para mi loco Ensueño...
El jardín encantado parece... Están conmigo
la Soledad y Tristeza... Llora sobre tus sombras
una Luna de armiño.

En medio de penumbras, hermosa, inanimada,
yérguese de mujer, una estatua de piedra;
su desnudez trepando fruitiva y lentamente
va verde enredadera.

Cuál garras va clavando sus raicillas tenaces
justo en el corazón de piedra de la estatua
Clava y sigue trepando... ¡Más, la mujer no siente,
y el corazón no sangra!

También en este instante, en mi ser ya la duda
—como la enredadera — con sus garfios, mal vada,
con extraña fruición garfea. ¡Mas yo siento
que el corazón me sangra!

¿Por qué esta entraña mía, al igual que la de ella,
no será también piedra?

María Consuelo GARAY.

SONETO DE AMOR

¿Por qué novia ideal me desconfías?
¿por qué temes mis vírgenes amores
si sabes que son míos tus dolores
lo mismo que tus penas son las mías?...

Si sabes que las nobles alegrías,
en tu rostro de mágicos colores
reflejadas, anuncian las mejores
auroras soberanas de mis días.

Si sabes el amor que te profeso
¿por qué hoy quieres negarme el dulce beso
que en extásis me sume? ¡Reina mía!

Si sabes que en tu torre estoy cautivo,
que solo por tu amor ideal vivo
¿por qué quieres clavarme esa agonía?...

Patrocinio FUENTES PEREZ

* *

Pensamientos

De las faltas cometidas, nadie puede volverse atrás; pero se puede tener enmienda. SOFOCLES.

* *

El qque quiere ser feliz, necesita de amigos honestos. — ARISTOTELES.

* *

La humildad, esa virtud tan pequeña, tan menospreciada, que, cual el diamante sin pulir, ni luce ni brilla; esa virtud es, no obstante, el guía más seguro para la perfección. — FERNAN CABALLERO.

* *

El hombre iracundo provoca pendencias; el que es sufrido mitiga las suscitadas. — SALOMON.

* *

El dolor y la ira son propios del hombre débil. — MARCO AURELIO.

* *

Seamos esclavos de las leyes para que podamos ser libres. — CICERON.

* *

El origen de todo bien es el amor a la libertad, pero debe ir acompañado por el amor y respeto a las leyes. — MABLY.

Un viaje involuntario por Luciano Biart

(Continuación)

CAPITULO IX

¡El Fulton

Después de haber estado esperando vanamente una hora, el señor Pinson volvió a instalarse en la toldilla, más triste y preocupado que antes. El buque en que pensaba embarcarse para regresar a Europa, seguía sin duda el camino lo mismo que el Canadá, pues en vez de acercarse, primero se mantuvo a dishcreta distancia, y luego fuese alejando.

—Iremos a América, amiguito, —dijo el ingeniero a Azogue—, ya que está escrito, como dicen los orientales.

El muchacho, que gracias a la indulgencia de los dos amigos ya sólo se arrepentía a medias de su travesura, bajó la cabeza sin contestar; pero apenas se hubo alejado un tanto el señor Pinson cuando se fué debajo de la toldilla para ejecutar un magnífico salto mortal, cosa que verificaba siempre que estaba contento.

Notando Boisjoli que su amigo se mantenía silencioso, que estaba absorto, melancólico, y que se había sentado en un rincón, para distraerle le propuso jugar un rato a los naipes.

—Gracias, — dijo el ingeniero. —¿Te parece que estoy yo para juegos?

Hasta que sonó el toque de silencio, esto es, hasta las diez de la noche, el señor Pinson no cesó de hablar con Boisjoli de su aventura, que consideraba como la más singular que le aconteciera durante su vida. Apenas en pie el día siguiente, subió al puente para escudriñar el mar, y frotándose los ojos llamó a Azogue, que en el acto acudió a su lado.

—¿Qué ves a lo lejos? — le preguntó alargando el brazo hacia Poniente.

—Lo mismo que anoche, señor, da punta de un mástil.

—Pregunta en seguida al hombre de cuarto qué significa esto.

—El vigilante, —dijo el muchacho una vez desempeñado su encargo, —pretende que el mástil en cuestión es del vapor que ayer divisamos y viene hacia nosotros.

Si el señor Pinson hubiese tenido el señor Pinson, contento y satisfecho a ejecutar saltos mortales, no hay duda que al oir esto imitara al bueno de Azogue en sus ejercicios acrobáticos.

—¡Bravo! —exclamó agitando su sombrero con aire de triunfo. —Corre, chiquillo, llama a Boisjoli. Todo induce a creer que sólo disfrutaremos de su compañía algunos momentos más.

Azogue se alejó pausadamente, cual si gracias a su lentitud en el andar, confiara retardar la marcha de la embarcación que tenían a la vista.

—¡Qué lástima! —iba diciendo—. ¡Vaya si es lástima!

En el acto que el señor Pinson vió a su amigo, participóle las nuevas esperanzas que abrigaba.

—Me alegro por tí. Pinson, — contestó Boisjoli;— con todo, debo confesarte que la llegada de ese buque me causa cierta pena, ya que casi estabas resignado a visitar América.

—Era, Boisjoli amigo, porque no podía obrar de otra suerte.

—Así hubiésemos vivido juntos una semana más.

—Cierto que sí; pero al fin y al cabo tendríamos que separarnos, y por mi parte confieso que me basta con este ensayo de viaje en alta mar.

—Nos hallamos casi a mitad del camino, Pinson; otros seis días de navegación y te encontrabas en América; verías la ciudad de Nueva York y después visitarías las famosas cascadas del Niágara.



Un bote con seis remeros y un joven oficial se destacó del costado de la nave de guerra.

—Razonando como tú lo haces, amigo mío, podría llegar hasta el cabo del mundo. No hay duda que dentro de seis días estaría en Nueva York, a donde nada me llama; pero también es cierto que en menos tiempo puedo encontrarme en la calle Nollet; de consiguiente opto por la calle Nollet.

El mar estaba tranquilo; indudablemente los dos vapores debían cruzarse dentro de un par de horas. Todos los pasajeros del Canadá se hallaban en el puente; el señor Pinson, content oy satisfecho, iba de acá para allá dando apretones de manos, saludando y despidiéndose de todo el mundo; pues el capitán acababa de prometerle por segunda vez que le dejaría embarcar a bordo de la nave que estaba a la vista y que el ingeniero creía enviada por la providencia para sacarle de aquel purgatorio.

—Caballero, está usted condenado a ser mi huésped hasta Nueva York, —profirió de repente el capitán, quien escudriñaba cuidadosamente el horizonte con su anteojo.— Mis suposiciones no son más que la pura realidad: vamos a cruzarnos con un buque de guerra.

—¡Un buque de guerra! —repitió el señor Pinson. — ¿Acaso teme usted que falte puesto a bordo?

Los buques de guerra — dijo Azogue, que iba traduciendo las palabras del capitán, —no llevan pasajeros pues esto les está prohibido por los reglamentos marítimos.

Al oir esto el señor Pinson dió un salto.

—¡Al diablo los reglamentos! —exclamó—. ¿Qué nos importan a nosotros esos reglamentos, muchacho? Me parece que no somos marineros sino simples particulares. ¡Nos vemos metidos en este berengenal a causa de dichos malditos reglamentos, y ahora se invoca al mismo motivo para oponerse a nuestro regreso ! ¡No faltaba más!

—Tranquilízate, caro Pinson, objetó Boisjoli.

—Tú sí que puedes estar tranquilo ,amigo mío. !Cómo quieres que no me exalte si...! Empero, tienes razón; procedamos con calma; el caso es grave. Veamos, Azogue; dí al capitán que pregunte si quieren admitirnos a bordo de ese buque, pues esto poco le cuesta. Sin duda que el comandante de la nave de guerra es un hombre afable y bondadoso; yo hablaré con él, y se compadecerá de tus infortunios, de lo smíos; tú me ayudarás, muchacho, ¿no es esto? Pero ¿se sabe por ventura a qué país pertenece el buque que está a la vista?

—El capitán — contestó Azogue, — acaba de declarar que es una fragata de guerra norteamericana.

—¡Cuánto me alegro! Los norteamericanos son un gran pueblo, u npueblo generoso, amigo de la libertad; de consiguiente, bastará con hablarles... ¿Qué dice nuestro capitán, chicuelo?

—Pretende, señor, que si se detuviese perdería algunos instantes preciosos, y por lo tanto ruega a usted que tenga paciencia y se resigne con su suerte.

Esta vez volvió a doler en el alma al señor Pinson no saber inglés, pues le parecía que si hubiese podido exponer personalmente sus argumentos, el capitán del Canadá se habría conmovido y puéstose al habla con el comandante del buque de guerra.

—Si nuestra embarcación pasa a corta distancia del otro buque, díjose mentalmente y con resolución el ingeniero, me echo al agua, nado hacia él, y le obligo a que arríe un bote para pescarme.

A la sazón las dos embarcaciones estaban a tan corta distancia la una de la otra, que podían observarse mutuamente, y pronto quedó fuera de duda que la fragata americana maniobraba al objeto de aproximarse lo más posible al Canadá. Según los usos marítimos, éste debía ser el primero en saludar; así pues, al poco rato el rojo pabellón inglés ondeaba en el extremo de uno de los mástiles. Inmediatamente izó la fragata el estrellado pabellón norteamericano; luego, colocándose de través, saludó al Canadá con un cañonazo sin bala lo que valía tanto como ordenar a éshte que se detuviera.

El capitán del buque mercante refunfuñó pues los marinos obedecen con pesar toda orden que emane de un superior extranjero. Sin embargo, hizo parar su buque, y avanzando los dos vapores únicamente por la fuerza del impulso, al poco rato se encontraban a cuatrocientos metros de distancia. Un bote con seis remeros y un joven oficial se destacó del costado de la nave de guerra norteamericana en dirección al Canadá. El oficial subió a bordo con gran ligereza: era uno de los tenientes de la fragata.

—El comodoro Warren, caballero —dijo saludando cortésmente al capitán del Canadá, — me manda saludar a usted, y le suplica que no tome a mal si le hace perder algunos momentos. He aquí algunos despachos que desea entregue usted a las autoridades de Nueva York en el acto en que

el Canadá tome puerto.

—Puede usted asegurar al comodoro, caballero, que cumpliré el encargo que me hace. ¿Sería una indiscreción preguntarle si ocurre algo de nuevo en su país?

—Las noticias son fatales, señor: de momento triunfan los rebeldes.

Los dos oficiales, a quienes no perdía de vista el señor Pinson, estuvieron platicando durante algunos minutos sobre cubierta, pues el teniente norteamericano declinó la oferta que le hizo el capitán del Canadá de bajar al salón.

—¿Qué hablan? —preguntaba a cada instante el ingeniero a Azogue.

—Que la guerra se prosigue con verdadero furor; que se piensa en dar libertad a los esclavos; que hace buen tiempo...

—¿Y qué más?

—Que los corsarios del Sur causan muchos perjuicios al comercio norteamericano, y que la fragata que está a la vista se dirige a Europa para darles caza.

—¿Y luego ,chiquillo? ¿Por qué me está mirando el teniente y riéndose de tan buena gana?

—Porque...

—¡Habla! ¡Habla!

—Porque el capitán le cuenta su aventura.

En aquel momento los dos oficiales se estrecharon las manos, y el teniente se puso en marcha para embarcarse en el bote que le esperaba al costado del Canadá.

—Dos palabras, caballero, —le dijo el señor Pinsón cortándole el paso.— ¿Habla usted francés?

—Un poco, —contestó el interpelado.

El ingenierò respiró con más libertad, pues podía defender personalmente su causa.

—Ya está usted enterado de lo que me pasa, caballero, —repuso el señor Pinson, —pues sé que el capitán del Canadá acaba de participárselo. Como usted comprenderá, la aventura hace reír a todo el mundo, menos a mí; mas, usted tiene que hacer; por lo tanto vamos al grano. Su embarcación se encamina a Europa, tal vez a Francia; sólo al pensarlo mi corazón salta de gozo. El gran país de donde usted es hijo, no está en guerra con el mío y hasta somos aliados. Entre usted y yo, como lazo simpático, median Franklin y Lafayette. Mis padres combatieron para ayudar a los suyos en la conquista de su libertad; el estandarte de la libre América... Dispense usted si me desvío; vamos al grano; acépteme usted a bordo de su buque, vuélvame a mi país y hará una acción meritoria.

La viveza y originalidad del discurso del señor Pinson hizo asomar una sonrisa a los labios del joven teniente.

—Caballero, yo no mando a bordo del Fulton; no soy más que un subordinado del Comodoro Warren.

—No importa, lléveme usted, pues una vez a bordo ya me entenderé con el comodoro: los marinos son complacientes y el comandante del "Fulton" no me desairará.

—¿Y si se niega a admitirle a usted a bordo, qué hago entonces? Creo que el capitán del "Canadá" no tendrá bastante paciencia para esperar a saber si le recibe en su buque el comodoro Warren.

—Si éste no quiere recibirme, replicó el señor Pinson en el colmo de la desesperación, le autorizo usted para que me eche al mar.

Paulatinamente el teniente se iba aproximando a la escalera por donde había de bajar para embarcarse en el bote que le había traído. Impedidos por la marejada, a la sazón sólo separaba a los dos vapores a distancia de trescientos metros. La tripulación del Fulton se mantenía apiñada a babor.

—¿Quiere usted prestarme un momento su bocina? preguntó de repente el teniente al capitán. Nada me cuesta preguntar a mi superior si quiere admitir a bordo del "Fulton" a este caballero.

—¿Qué quiere usted? contestó el interpelado, que, de pie sobre el puente de su buque, con el anteojo examinaba al "Canadá".

—A consecuencia de una equivocación lamentable, un caballero francés se encuentra a bordo del Canadá y va a América contra su voluntad.

Al instante resonó una carcajada general, lanzada por los marineros de la fragata. El comodoro les impuso silencio, afeándoles su proceder .

—¿Y qué tengo yo que ver, añadió, con las cuitas de ese caballero?

—El caballero suplica a usted que le admita a bordo del "Fulton, y que lo conduzca a su país.

El señor Pinson, que se había desentendido completamente de la broma de los marineros, apoyábase en el hombro de Azogue y no perdía de vista al comodoro. Este se paseó un rato por el puente.

—Que ¡venga, contestó de repente.

—El encuentro del "Canadá", que llevará a Washington la nueva de la destrucción de uno de los corsarios que tenemos encargo de perseguir, ha puesto de buen humor al comodoro, dijo el teniente. Embárquese usted antes de que, reflexionándolo mejor, cambie de dictamen.

Azogue había traducido la respuesta del comodoro: pero a pesar de que el señor Pinson tenía unas ganas atroces de abandonar el "Canadá", la alegría, la emoción paralizaban sus miembros.

—¡Vamos, muchacho! acabó por decir a Azogue. ¡Date prisa! ¡Date prisa!

—¡Ah! ¿son ustedes dos? ¡Aguarden un momento! dijo con viveza el teniente.

El señor Pinson nada contestó; cogió a Azogue por el cuello de la chaqueta, le dejó en manos de los marineros del bote y él mismo se deslizó con una agilidad increíble en él.

Una vez instalados en el bote, preguntó el oficial:

—¿Es hijo suyo este chico?

—Sí, o poco menos, contestó el señor Pinson.

En aquel momento apareció el contador gritando:

—¡Deténgase usted! ¡Deténgase usted!

—Yo respondo de su deuda, se apresuró a decir Boisjoli.

Callóse el contador, y al cabo de dos minutos, empujado vigorosamente por los remos, el bote se alejó del "Canadá" que inmediatamente reanudó su interrumpida marcha. Inútil es decir la alegría que embargaba el ánimo del señor Pinson al verse a bordo del "Fulton". En los primeros momentos quiso arrojarse en brazos del comodoro y estrecharle contra su pecho, pero el marino tenía otras ocupaciones más serias a que atender, o sea volver a poner en marcha su buque. El ingeniero fijó los ojos en el "Canadá", que por tres veces consecutivas arrió su pabellón a guisa de saludo. Boisjoli se mantenía a popa y agitaba el pañuelo para despedirse de su amigo. La hélice del "Fulton" empezó a dar vueltas, y las dos embarcaciones fueron aumentando la distancia que las separaba.

Llegó el momento en que el señor Pinson pudo hablar al comodoro y darle las gracias por su atención. Relatóle, con un humor que distrajo bastante al oficial americano, las peripecias de su triste aventura, hablando, el ingeniero tanto más gustoso cuanto que el comodoro y los demás oficiales comprendían el francés. Mientras tanto Azogue, apoyando en la borda miraba tristemente cómo se alejaba el "Canadá".

—¡Qué lástima! murmuraba el muchacho, ¡qué lástima, sí! Por poco visito la América y sé si Robinson dijo verdad. En cambio podré dar un abrazo a la tía Pitch, y ver la ciudad de París, si el señor Pinson cumple lo que me tiene prometido. De todos modos, ¡es una lástima que no hayamos continuado nuestro viaje hasta América!

(Continuará)

PROVERBIOS ARABES

Tres cosas hay en la tierra que disipan la tristeza: las mujeres, los caballos y los libros.

* * *

A la mujer podrás conocerla soltándole las riendas, y al amigo prestándole dinero.

* * *

Si tu enemigo tiene hambre, dale de comer.

* * *

Trátame como a tu hermano y ríndeme la cuenta como a tu enemigo.

* * *

Cuando estés solo, piensa en tus defectos; cuando estés en compañía, piensa en los de los demás.

* * *

No menosprecies a la mujer madura. Acuérdate de que las uvas, cuando se arrugan, saben más dulce.

* * *

La sinceridad es el fundamento del crédito..

* * *

El que no tiene dinero, ni abraza, ni besa, su conversación es sosa y su opinión inútil..

* * *

Hay quien pasa la noche junto a una charca y ya se cree pariente de las ranas.

* * *

A tu enemigo, mírale de frente; a tu amigo, de reojo.

* * *

La felicidad del hombre depende del conocimiento de la verdad.

* * *

Trabaja para esta vida como si hubieses de vivir eternamente, y para la otra como si mañana hubieses de morir.

* * *

El sabio conoce al ignorante porque primero lo fué; pero el ignorante no conoce al sabio porque nunca lo fué.

Conocimientos útiles

Fórmulas, procedimientos e indicaciones de provecho para el hogar

SE CONSIGUE ACTIVAR LA vegetación de un sembraedo de grano, regando la tierra varias veces con una preparación compuesta de un kilogramo de cloruro de calcio por cada 30 litros de agua.

Este mismo líquido sirve para comunicar vigor a los árboles enfermizos. En este caso, se aplica el remedio cavando la tierra en torno al árbol y regándole con la preparación repetidas veces cada cuatro o seis días.

LA CERA PARA MODELAR, se hace fundiendo cuatro partes de cera blanca y mezclándola con una parte de trementina de Venecia.

Después se añade ocre rojo o amarillo o bermellón, pero es preferible emplear colores que no sean venenosos.

MANERA DE LIMPIAR LOS marcos dorados. — Echese un cuarto de litro de agua de lluvia previamente hervida, con la mitad de jabón blando que podamos coger en una moneda de un centavo. Añádasele un vaso de los de vino lleno de amoníaco y agítese bien esta mezcla. Aplíquese después cuidadosamente sobre la moldura con un pincel de pelo de camello y cuando transcurran uno o dos minutos lávese con agua clara. Enjuáguese el marco con un trapo limpio.

CREMA PARA EL CUERO obscuro. — Este preparado lo recomienda la publicación alemana "Farben Zeitung", porque tiene la propiedad de limpiarlo y darle lustre.

Se disuelven al baño maría nueve partes de cera amarilla en veinte de trementina. Por otro lado se disuelve una parte de jabón común en veinte partes de agua hirviendo y se juntan ambas soluciones en un mortero que esté caliente, y se mueve todo hasta que se enfríe.

LA ROPA BLANCA, y especialmente las mantelerías, no debe enjabonarse sin antes haber quitado las manchas del tejido con agua hirviente. Las manchas de hierro, que no salen fácilmente, se las rocía con un poco de ácido oxálico, mojándolas al mismo tiempo con agua fría. Se friccionan bien hasta que la mancha o manchas hayan desaparecido, y si son rebeldes se repite la operación.

LAPICES PARA RASPAR tinta. — 75 partes de piedra pómez en polvo, 5 de dextrina, 15 de sandáraca y 5 de tragacanto, se pulverizan y se mezclan íntimamente y con la menor cantidad posible de mucílago gomoso,, se hace una pasta maleable con la cual se forman barritas que después de secas se les saca punta y se envuelven en pastel en estaño.

LOS MONUMENTOS DE mármol, y muy especialmente los pequeños de los cementerios, se limpian dándoles una mano de legía y blanco de España en forma de pasta que se deja sobre el monumento unos cuantos días.

Luego, se lava con agua clara y se repite la operación hasta que el mármol queda blanco.

La legía puede prepararse en casa disolviendo unos tres kilogramos de potasa en un cubo de agua.

Hay qu e tener cuidado de que el líquido no toque a la piel, por que es muy corrosivo.

JABON QUIRURGICO. — Mézlos botes de hojalata conviene echar un poco de miel al engrudo. De este modo no se despega el papel por sí solo, como ocurre, empleando engrudo ordinario.

JABON QUIRURGICO. — Mézclense 72 partes de aceite de almendras dulces, 12 de legía de potasa cáustica de 36o. Beaumé, 36 de legía de sosa cáustica de 36.o Beaumé y cinco partes de sulfofanato cincico. Agítese la mezcla a intervalos hasta que se solidifique, poniéndola á desecar a 25o. centígrados en moldes de madera.

PARA ENDURECER EL YESO se mezcla con éste raíz de malvavisco finamente pulverizada, en proporción de 2 a 4 por 100.

El malvavisco retarda la desecación del yeso.

EL PAPEL DE ARMENIA no es más que un papel sin cola y algo grueso taladrado en tirillas, el cual se impregna y se deja secar tres o cuatro veces, de substancias resinosas y aromáticas que al quemarse producen el humo perfumado. Ahí va la fórmula:

Benjuí		30 grs
Estoraque.		12 "
Mastic	(	
Incienso	)	3 "
Sucino	(	
Cort. cascarilla . .		9 "
Vainilla		4 "
Alcohol		200 "
Esencia canela . .	)	1.50
" clavo . . .	)	
" bergamota	(	1 "
" cort nar.	)	
Nitro		3 "

MASILLAS PARA TAPAR GRIETAS, nudos y agujeros en la madera. — I. Prepárese una masa espesa de greda lavada y aceite de linaza, o mejor de barniz. Algunos añaden a esta mixtura pedacitos de papel, que deben ser previamente remojados en agua. II. Se hacen hervir a borbollones 56 partes de aceite de linaza, y cuando está caliente se añade una parte de cera amarilla; finalmente, se amasan con la mixtura cuando todavía está caliente 44 partes de greda y 88 de albayalde. III. Se mezclan dos partes de harina de centeno, 1 parte de cal pulverizada y barniz de aceite de linaza en cantidad suficiente para obtener una masa maleable. IV. Hiérvase 1 parte de cola de buena calidad en 14 de agua, y cuando esté medio fría, mézclese con 1 parte de serrín húmedo y otra parte de greda molida. V. 2 partes de cera amarilla y 1 de resina se mezclan en un crisol, y una vez hecha la mezcla se añaden, moviéndola constantemente 2 partes de ocre quemado y finamente pulverizado. Cuando esta mezcla está completamente hecha y antes de que se enfríe, se echa en las grietas y agujeros que haya que tapar. La que sobre se quita después de fría con la paleta de doble bisel. Esta masa se pone muy dura y resiste a la humedad y al calor. VI. Tómese masa de queso bien prensada (en cantidad según la masilla que se necesite), oprímase con la espátula de madera y mézclese al principio con una dozava parte de cal apagada. Si la masa no se pone mantecosa se la añade más cal, pero sólo en muy poca cantidad, moviéndola constantemente hasta que se ponga amarilla y crasa y pueda extenderse fácilmente. Esta masa es muy duradera.

PARA ENNEGRECER EL CALZADO de color, el sistema más sencillo es frotarlo con rajas de patata cruda y a los pocos momentos aplicar betún negro y sacar lustre como de ordinario.

El procedimiento da resultados tan excelentes que, después de aplicado, no ay quien sospeche la aplicada no hay quien sospeche la metamórfosis.

CRONICAS DEL MAR

Las excelencias del tiburón

El voraz escualo, tan generalmente odiado y que, sin embargo, pudiera ser el símbolo de tantas naciones y empresas modernas, ha comenzado a interesar como algo que no sea novelesca descripción de sus crueldades solamente; el hecho se debe a que una sociedad norteamericana se ha constituído, con un fuerte capital como base, para el aprovechamiento industrial del tiburón. Y actualmente es cosa sabida que cuando un objeto o un animal puede dar lugar a un negocio su consagracin es inmediata y, por régla general, definitiva.

Por las costas de la Carolina del Norte desfilan cada año muchos millones de tiburones, o más bien escualos, en sus múltiples variedades. Y parece ser que no es sólo la piel de los tiburones la que se puede aprovechar para usos industriales y... comestibles, porque ahora resulta que la carne de las especies menores es muy agradable.

Con el nombre de "palomo" se conoce una especie de tiburón que en Uanzíar es un alimento muy general, después de ahumar y salar su carne, que se deja después secar al sol; las aletas y la cola de este "palomo" son un manjar delicioso, al decir de los chinos, lo cual no es ciertamente un elogio, porque es conocida la enorme diferencia que separa la cocina oriental de la que puede ser grata a un paladar europeo.

Los huesos son de utilidad, asimismo, y, según los químicos, el aceite de su hígado supera por sus condiciones al del popular bacalao; como quiera que este pez es de una voracidad tremenda. hecho también muy conocido, habrá que relacionar si la eficacia del aceite extraído del hígado de ambos peces tendrá alguna relación con el desaforado apetito de ambos habitantes de los océanos.

Y del páncreas se extrae ese producto de reciente aparición en el mercado, que ha sido bautizado con el pintoresco nombre de "insulina", y al que se le atribuye la casi maravillosa virtud de curar radicalmente la diabetes; y los dientes, los feroces dientes en sierra ,que aun en los ejemplares disecados dan impresión de horror, sirven para adornos femeninos, y el marfil parece ser de una calidad maravillosa.

He aquí todas las excelencias que se atribuyen al escualo devorador, no sabemos si con fe o para hacer propaganda de la nueva industria que trata de explotar al mamífero.

Ahora que el que estas líneas escribe ha visto alguna vez un tiburón recién pescado debatirse con sus ojillos menudos, dando terribles coletazos en la cubierta de su buque, y asegura que nunca encontró nada dentro de la panza del escualo, castigo sin duda a su insaciable voracidad; pero también nosotros hemos sentido la tentación de comer un "arroz con tiburón", y damos fe que el manjar nada tiene de delicioso y que, tras un buen rato de esfuerzos inauditos de masticación, el pedazo de tiburón que se había deslizado con el arroz en nuestro plato estaba como si nuestras entonces jóvenes mandíbulas estuviesen guarnecidas de dientes de algodón en rama, y la sensación al paladar era muy semejante a cuando de niños nos hemos mascado el extremo del cinturón de cuero.

Lo cual no quiere decir que no sea una delicia para los chinos.

Cuestión de gustos, y quizá de propaganda solamente.

Mateo MILLE

Notas cinematográficas

Metro Goldwyn Mayer en 1929.— Se aproxima el día de la inauguración de la temporada. No vacilamos en asegurar que ella será, bajo todos los conceptos, la más brillante de cuantas haya tenido Buenos Aires desde que el cine existe. En 1929 conoceremos una serie de producciones del más alto mérito, que acreditarán una vez más la pujanza y la capacidad de las empresas productoras.

Entre la variada producción que se estrenará en la temporada de 1929, descuellan, por su indiscutible valor y la popularidad de sus intérpretes, las películas de Metro-Goldwyn-Mayer. En sus estudios, situados en Culver City, California, militan los directores y actores más prestigiosos de la industria. Entre los primeros mencionaremos a King Vidor, que dirigió "El gran desfile", Fred Niblo (Ben Hur), Clarence Brown ("Demonio y carne"), Ernest Lubitsh, Víctor Seastrom, Rex Ingram, William Nigh, James Cruze, William S. Van Lyke, George Hill, Lord Browning, Edward Sedgwick, Sam Wood, Herbert Brenon y otros.

John Gilbert, Greta Garbo, Ramón Novarro, Lillian Gish, Lon Chaney, Norma Shearer, William Haines, Marion Davies, Buster Keaton, Joan Crawford, Karl Dane - George K. Arthur, Renée Adorée, Lev Cody-Aileen Pringle, Dorothy Sebastián, Lars Manson, Anita Page, Josephine Lunn, James Murray y muchos otros forman el brillante grupo de actores bajo contrato con la empresa.

Metro-Goldwyn-Mayer anuncia para la próxima temporada más de sesenta producciones, entre las que destacaremos: "Ben Hur", la monumental obra que volverá a llenar de asombro al público porteño; "Demonio y carne", la obra pasional más perfecta de la pantalla, con John Gilbert y Greta Garbo: "Sombras Blancas en los Mares del Sur", maravillosa visión de un mundo casi ignorado, interpretado por Raquel Torres y Monte Blue; "Los cosacos", con John Gilbert y Renée Adorée; "Juventud de Príncipe", con Ramón Novarro y Norma Shearer; "Y el mundo marcha...", con Eleanor Boardman y James Murray; "El enemigo", con Lillian Gish y Ralph Forbes; "Wu-Li-Chang" y "Ríe, payaso, ríe", con Lon Chaney; "El jardín de Alah", con Alice Terry; "Hijos que Bailan", la película de la nueva generación, con Joan Crawford y Johnny Mack Brown; "La dama misteriosa", con Greta Garbo y Conrad Nagel, y muchas otras.

Para el mes de marzo, Metro-Goldwyn-Mayer, anuncia el estreno de las siguientes películas: "El cronista sensacional", hermosa comedia de corte ultra-moderno, interpretada por William Haines y la nueva actriz Anita Page; "La mujer y la ocasión", uno de los últimos trabajos de Norma Shearer, secundada por Lowell Sherman; "Demonio y carne", "Amor fraternal", una divertidísima, comedia de los impagables Karl Dane y George K. Arthur, "La canción del ensueño", magnífica película en la que Lillian Gish, en el papel de una castellana, escocesa de la Edad Media, ha realizado una de sus más bellas creaciones, y "El Dandy de Broadway", con la conocida pareja Ley Cody-Aileen Pringle.

"El cronista sensacional".—Desde el 15 de marzo la Metro-Goldwyn-Mayer ha comenzado a exhibir inaugurando la temporada de 1929, la película "El cronista sensacional", de la que son intérpretes William Haines, ventajosamente conocido por nuestro público a través de numerosas caracterizaciones de gran mérito, y la joven y hermosa Anita Page, uno de los últimos "hallazgos" de la Meca del cine.

La historia de "El Cronista Sensacional" gira alrededor de las actividades de una agencia noticiosa, y de las ventajas del telégrafo en muchas situaciones de peligro.

Esta deliciosa comedia, que ha dirigido con su habitual maestría Sam Wood, relata la romántica historia de un repórter complicado en un extraño episodio, del que sale airoso. Proclamado el mejor repórter del mundo, se dirige a China para ir en busca de su novia, a la que descubre, después de mil peripecias, en manos de los revolucionarios. Se vale entonces del inalámbrico para transmitir al mundo la noticia de que una muchacha blanca está en peligro. Inmediatamente salen tropas para salvarla, y libre ya, puede al fin abrazar al hombre a quien ama.

El estreno de "El cronista sensacional" causará, sin duda, "sensación", por la belleza de su asunto.

"Estrellas fugaces". — Drama original de Anthony Asquith, interpretado por Annette Benson, Brian Aherne y Donald Calthrop, y dirigió A. V. Bramble.

Casi toda la acción de esta cinta transcurre en el interior de un grandioso estudio cinematográfico algunas escenas en la residencia de los protagonistas y otras escenas en la playa. Su asunto es este:

May Foather (Annette Benson) es una bella y popular estrella de cine. Está casada con Julián Gordon, galán del estudio, joven y buen mozo; pero ella ama apasionadamente al cómico de la compañía, Andy Wilks (Donald Calthrop), cínico sujeto que se alaba de su buena suerte con las mujeres.

Gordon tiene plena confianza en su mujer y la deja salir de paseo con Andy. Es, precisamente, lo que ellos quieren.

Una noche May regresa a su casa en momentos en que Gordon está limpiando su escopeta para salir de caza al día siguiente. May saca su lápiz de "rouge" para pintarse los labios, pero inadvertidamente pone en la cartera uno de los cartuchos del arma, muy parecidos al estuche del lápiz. Julián le devuelve el "rouge", pero ella se queda con la bala, sin saber por qué.

La popularidad de May le proporciona un nuevo contrato para Estados Unidos, pero en él hay una cláusula que establece nulidad en caso de que la estrella se vea envuelta en algún asunto escandaloso.

Mientras tanto Julián sale para ir de caza, pero como en el estudio han cambiado las fechas de los llamados para trabajar, tiene que regresar a su casa, y lo hace inesperadamente la misma noche en que debe concurrir a ella el amante de su mujer, a quien ésta ha dado la llave del departamento.

El adulterio se descubre y Julián tranquilamente pone en la puerta a Andy, diciéndole a su esposa que se divorciará de ella.

Al día siguiente el estudio todo sigue como de costumbre. May está inquieta porque el escándalo anulará su contrato para Norte América. Si su esposo desapareciera?... Se acuerda de la bala aquella y piensa en un medio para utilizarla.

Hay una escena en la película que están haciendo en que debe usarse la escopeta de Julián contra éste, pero cargada con pólvora. Ella substituye uno de los cartuchos, pero quiere la buena estrella de Julián que el disparado sea el de fogueo, salvándose así de la muerte.

Mas la escopeta debe ser también usada en una película, cómica que se está filmando al mismo tiempo, en la que trabaja Andy. Un marido engañado debe perseguir a éste a tiros de revólver. Cuando se le acaban los cartuchos tiene que tomar la escopeta de un grotesco cazador que está en escena. El personaje procede como está indicado... y Andy recibe un balazo en mitad del pecho, que lo precipita desde las alturas del estudio a la planta baja, donde queda destrozado.

Nadie sabe como ha podido ocurrir el suceso. La escopeta fué cargada con cartuchos de fogueo por el director de escena. May está desmayada por efectos de la emoción. Solo Julián sospecha la verdad, pero caritativamente se guarda la sospecha para sí.

Los años transcurren. Un día una mujer derrotada llega al estudio del cual Julián es director. Es May. Volverán a reconciliarse?...

TEN EL DON DE QUERERLA MUCHO

Si has enamorado a una mujer, ten el don de quererla mucho.

Y aparta de ti la estéril cobardía de pensar si te será leal o infiel.

Si Ella te guarda fe, al quererla tú con toda el alma mantendrás la llama de ese fuego divino que nadie sabe cómo se enciende ni por qué se apaga.

Si Ella no te guarda fe, al quererla tú sin una duda siquiera, tu lección de generosidad se grabará en su conciencia con marca imborrable. Tú recibirás, quizás, un gran desgarramiento, pero Ella sufrirá una dolorosa vergüenza y la cargará como a una cruz.

CELSO TINDARO.

FRAY MOCHO

SE PUBLICA LOS MARTES

Oficinas: CERRITO, 607 — BUENOS AIRES

De 8 a 12 y de 14 a 18 — U. T. Mayo 1899

Sábados de 9 a 12

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Capital	En el Interior	En el Exterior
Trimestre . $ 2.50	Trimestre . $ 3.—	Trimestre $ oro 2.00
Semestre . „ 5.—	Semestre . „ 6.—	Semestre „ oro 4.00
Año . . „ 9.—	Año . . . „ 11.—	Año . . . „ oro 8.00
N.o suelto . „ 0.20	No. suelto . „ 0.25	
No atrasado „ 0.40	No atrasado „ 0.50	

No se devuelven los originales ni se pagan las colaboraciones no solicitadas por la Dirección, aunque se publiquen. Los repórters, fotógrafos, corredores, cobradores y agentes viajeros están provistos de una credencial de esta revista.

Entretenimientos

CIENCIA RECREATIVA, JEROGLÍFICOS, CHARADAS, etc. PARA DISTRACCIÓN DE CHICOS Y GRANDES

N.o 20 — CHARADA

Hay todo, le dice a Marta
el mecánico Amorós,
porque la **primera-dos**
es siempre **tercera-cuarta.**

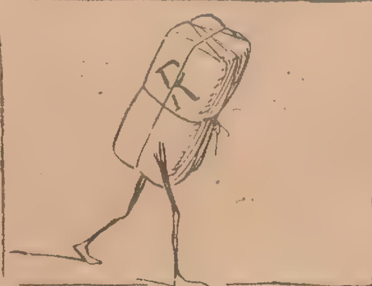
N.o 21 — COMPRIMIDO

K 1000 SA

N.o 22 — CHARADA

Si vuelve por **prima tercia**
la señora de Pascual,
dos prima que ya es bastante
y que no sea tan **total.**

N.o 23 — FRASE HECHA



N.o 24 — CHARADA

Dos tres, dos tres y calla.
—¿Pero dices formal
que esto **prima dos tercia** para un hombre
después de estar tres horas en **total?**

N.o 25 — COMPRIMIDO

D | NOTA

N.o 26 — JEROGLIFICO

NOTA G
GEMIDO

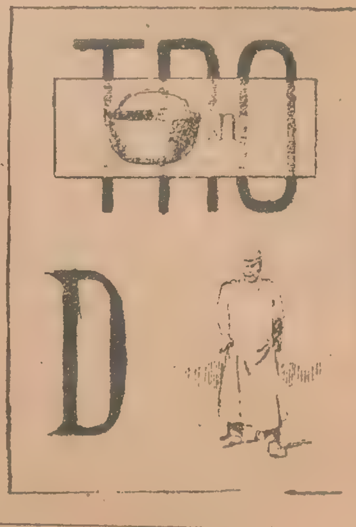
N.o 27 — CHARADA EN ACCION



N.o 28 — CHARADA

Prima segunda, ayer **tercia**
Prima en el **todo** muy bien.
Así es que **tres prima dos,**
allí la niña también.

N.o 29 — JEROGLIFICO



SOLUCIONES DEL NUMERO ANTERIOR

N.o 11 — Alemana.
„ 12 — Colador.
„ 13 — Condenadores
„ 14 — Recado
„ 15 — Recreo
„ 16 — Soplar la dama
„ 17 — La alhambra de Granada
„ 18 — Estío.
„ 19 — Letrado

¿Sienten el dolor los insectos?

Por Harold Bastín

Hállanse los insectos dotados de órganos ultrasensitivos, algunos de los cuales les permiten observar hechos y fenómenos que para el hombre pasan completamente inadvertidos.

Las hormigas, por ejemplo, alcanzan a distinguir las radiaciones ultravioleta, cosa que a nosotros, físicamente, no nos está permitido.

La sensación táctil de muchas especies, singularmente de las que carecen de percepción visual y habitan las cavernas, sobrepasa toda ponderación, habiéndose afirmado que en algunas de ellas sus individuos "conversan" los unos con los otros por medio del tacto.

LAS COMPROBACIONES

No obstante todo lo cual, la ciencia entomológica, parece haber comprobado terminantemente que los insectos son insensibles al dolor.

Si bien es cierto que se manifiesta en ellos un cierto malestar, sobre todo cuando se les pellizca las antenas o al aplicarles una fuerte substancia corrosiva, sobre los nervios más sensitivos, el hecho es que no parecen sentir el dolor tal cual nosotros lo conocemos.

Expondremos algunos ejemplos. El malogrado Auguste Forel, deseando comprobar su teoría de que las abejas se guían especialmente por la vista cuando salen en busca de las flores, capturó unos cuantos abejorros, y, con unas tijeras, les cortó toda la parte delantera hasta los ojos, incluyendo las antenas y las extremidades de los órganos nerviosos de la región buscal.

Tan pronto se les soltó, estos insectos mutilados se dirigieron hacia las flores del jardín, con las que repetidamente trataban de alimentarse — inútilmente, como es natural, puesto que carecían de órganos bucales (rostro).

LA LIBELULA

De cómo la libélula (caballito del diablo) es también insensible al dolor puede determinarse sin dificultad.

Aunque se le ampute todo el abdomen, este insecto no sólo continúa alimentándose, sino que su apetito se vuelve insaciable, por la sencilla razón de que los alimentos ingeridos no hacen más que pasar por el tórax para ser inmediatamente evacuados.

Asevera el Rev. Theodore Wood que, en cierta ocasión, una libélula que, por accidente, había perdido el abdomen, devoró una tras otra y con la mayor tranquilidad, unas treinta moscardas, engullendo después los trozos que le habían sido separados del propio cuerpo.

LAS HORMIGAS

Lo mismo ocurre con las hormigas y las avispas. Estas, después de haberles sido extraído el abdomen, siguen atracándose de miel o de jarabe de frutas igual que antes de la mutilación. Es una verdad plenamente demostrada que algunos insectos no dejan de comer — y lo hacen con aparente apetito — aun en el momento en que se encuentran en proceso de ser devorados por otras especies carnívoras de mayor tamaño.

Así, pues, si mientras se halla comiendo una larva la ninfa de una libélula es acometida por un escarabajo, aquélla no suelta inmediatamente su presa, sino que continúa comiéndola muy tranquilamente, mientras el escarabajo la mordisquea.

La araña de los jardines (Epeira diadema) — que en realidad no es un insecto en la verdadera acepción de la palabra — engúllese inmediatamente una de sus patas si por casualidad se le quiebra.

Poniendo en ello un poco de destreza puede atravesarse con un alfiler el cuerpo de una alevilla durmiente sin que por eso este insecto se despierte.

Todo lo cual corrobora nuestra tesis de que los insectos parecen ser completamente insensibles a las sensaciones dolorosas.

Las razones a que ello se debe son todavía un enigma indescifrable.

PAPEL Y TINTA

"El problema del ser y del destino", por León Denis.

Según dice el insigne autor de este libro en su prólogo, los preceptores de la humanidad tienen un deber inmediato que cumplir: el de establecer nuevamente el espiritualismo en la base de la educación moral. Es necesario, agrega, despertar el alma humana adormecida por una retórica funesta, mostrarle sus ocultos poderes, obligarla a tomar conciencia de sí propia, a realizar sus gloriosos destinos.

La ciencia moderna, según León Denis, ha analizado el mundo exterior; sus brechas en el universo objetivo son profundas: esto constituirá su honor y su gloria, pero no sabe nada del mundo interior ni del mundo invisible. Este es el ilimitado imperio que le queda por conquistar. Saber por qué lazos el hombre está unido al conjunto, descender hasta los mas misteriosos repliegues del sér, donde la luz y la sombra se mezclan como en la caverna de Platón; recorrer sus laberintos, sus secretos rincones, consultar la conciencia y la subconciencia; no hay estudio que no sea necesario. Pero ya vemos surgir constituírse toda una psicología maravillosa e imprevista, de donde se desprenderá una nueva concepción del ser y la noción de una ley shuperior que abarque y resuelva todos los problemas de la evolución y de lo que seremos.

Estos temas magistralmente desarrollados por León Denis en su célebre libro EL PROBLEMA DEL SER Y DEL DESTINO, abren al hombre estudioso nuevos horizontes de mejoramiento moral jamás sospechados, y que sólo una mente privilegiada ha podido explorar.

La nueva edición de este libro ha sido hecha por la Casa Maucci de Barcelona en un gran volumen en 4o. de cerca de 400 páginas.

"El espiritismo refutando los errores del catolicismo romano". — Colección de artículos escritos por Amalia Domingo Soler.

"Lo bueno, siempre es nuevo",

—dice el popular adagio; y "lo bueno" de la colección de artículos errores del Catolicismo romaaños del 1877 al 1880. refutando los errores del catolicismo romamano y saliendo a la defensa del entonces tan combatido Espiritismo. le hacen "nuevo" en su novena edición, a pesar de losh ocho lustros transcurridos desde que por primera vez vieron la luz.

Confesamos, y nos refocilamos de ello, que libros como el de Amalia Domingo Soler no tienen razón de ser en nuestros días. Pasó su tiempo Fueron oportunos. fueron necesarios cuando se presentaba el Espiritismo en España como idea nueva, — ya es sabido que toda idea nueva. por cierta, por verdadera, por salvadora que haya sido. ha tenido siempre que pasar por el pretorio y el Calvario para llegar al Tabor. Por eso aparecieron entonces tantos y tan interesantes libros de controversia. entre los que descollaron "Exposición y defensa de las verdades fundamentales del Espiritismo". de García López, "Defensa del Espiritismo" y "Controversia espiritista", de Torres-Solanot. y "Roma y el Evangelio". de Amigó y Pellicer; por eso también fueron tan innúmeros los artículos de combate que se publicaron en los periódicos profesionales y profanos, mereciendo citarse. especialmente, los de Amigó y Pellicer en "El Buen Sentido", los de Buenaventura Graugés en "La Mañana". los de González Soriano en "El Espiritismo" y los de Amalia Domingo Soler. sobre todo y ante todos, en diferentes periódicos de la capital catalana.

Que libros y artículos como los citados no tengan razón de ser en nuestros días, no quiere decir que sean inútiles. y mucho menos que no tengan interés para el lector. Cuando no tuvieran otro, tendrían el de retrotraernos al espiritual ambiente del último tercio del siglo pasado. y este no es pequeño. Pero es que. además, se bate en ellos bien el cobre sobre el exoterismo de la religión oficial. y ésta es una lección no despreciable en ninguna época. La Historia hace eso mismo, y se la reputa "maestra de la vida".

Concretándonos al libro que anotamos. hemos de significar que desde la primera página capta las simpatías del lector por su fondo y por su manera de decir: aquél vastamente erudito y profundamente científico - filosófico, y ésa, sencilla grandilocuente, persuasiva, respetuosa, educadora y moralizadora a más no poder. Es el alma de Amalia plasmada en letras de molde. Y la impresión final que queda, esh de reverente admiración para la preclara mujer que tuvo el coraje de medir sus fuerzas, entre otros, con el coloso de la pluma y de la tribuna llamado don Vicente Manterola, y supo descubrirnos todos sus flacos filosófico - teológicos. ¡Loor a ella!

"Fiebre". Poesías por Matilde Mayan. — Montevideo.

De los muchos libros que vienen publicándose de alma femenina que siente la vocación de prodigarse en el verso, es éste uno de los más sinceros. No quiero decir que los demás estén huérfanos de esa espontaneidad que el artista encierra en la obra, puesto que la obra es la revelación clara y precisa del espíritu soñador, sin oque en "Fiebre", la poetisa Matilde Mayán ha olvidado la simulación, tan común en los que producen sin hacer la obra ajustada a sus estados de alma, y nos endilga este bello libro donde se da en sentimientos dominadores, en realismos verdaderos pero engarzados en el marco de oro de una poesía cadenciosa y elegante.

Dice la poetisa: "Al describir mis estados anímicos, no pensé en la crítica; mi preocupación, mi afán, eran formar mis poemas en rosarios profanos, santificando el amor en la nobleza de la verdad. Quería que cada verso fuese como una arteria de donde se viese fluir el por qué de la vida". Es así, en efecto, este volumen. Las palabras de la autora la reflejan magistralmente, ellas pintan su predisposición, su afán de ser sincera en todo y por sobre todo.

De ahí que "Fiebre" resulte a mi juicio un libro valiente y tc llo. Yo no estoy con aquellos timoratos que sacrifican el concepto por el decir de la buena gente que aplaude lo pobre y común y no tiene sabiduría para sentir o enzalsar la musa inspiradora que torna a un poeta, bien panteísta, emotivo, realista o sentimental.

Matilde Mayán sabe unir al realismo el arte, por eso es que sus poemas son agradables, dulces, fuertes. vibrantes y emotivos. Para los que sentimos la belleza este libro nos encanta, para los que están atados a viejas fórmulas, a falsas virtudes este libro no puede serles simpático.

El verdadero espíritu analítico debe prescindir del concepto, porque eso es sagrado para el autor que se da como se siente, se brinda por un mandato de su "yo" que no define, y debe escudriñar en otros sentidos.

"Fiebre" tiene composiciones interesantes, tales como "Aspiración Suprema"; "Amor que pasa" y otras, que dan un buen lugar a su autora.

Esperemos la nueva musa de esta joven poetisa, valiente en grado sumo; sigamos reparando sus endechas ulteriores, sigamos aplaudiendo su sinceridad sin encajes falsos, su verdad desnuda, la fiebre que la consume y se vuelca de la copa de su corazón como un rubio vino, ávido de espumas y de burbujas; no desmayemos y perseveremos en aspirar mañana de su nuevo libro, la nueva fiebre que siga quemando su alma de artista.

"Yatayty - Cora", por Adolfo J. Báez

El profesor don Adolfo J. Báez, con el trabajo cuyo epígrafe encabeza estas líneas, y que él subtitula "Una conferencia histórica de la guerra del Paraguay", demuestra poseer un espíritu de historiador concienzudo; pues, por los hechos narrados, se ve que el autor tuvo que documentarse previamente.

"Yataytú-Corá" se refiere a aquella famosa entrevista que sostuvieron, en el mesh de setiembre de 1866, el general don Bartolomé Mitre y el mariscal - presidente d on Francisco Solano López, y en la que participaron tambien otrios ilustres personajes, como ser el general don Venancio Flores, jefe del ejército oriental, pues el general Polidoro, jefe de los brasileños, se negó a asistir a esta conferencia.

A efectos de ilustrar al lector, trae este interesante estudio dos mapas y variedad de fotografías de los protagonistas, como así copia de las cartas cambiadas entre el presidente del Paraguay, mariscal López y el presidente argentino, general Mitre.

El profesor Béez, con esta labor histórica, aporta, para los estudiosos, nuevos datos fehacientes que, sin duda, han de ser aprovechados por quien realice investigaciones de mayor aliento, en cuanto a extensión se refiere; pues, como el autor mismo lo afirma la posteridad nos dirá — el estudioso en este casho —, quién fué el verdadero causante de tan horrible carnicería.

Dado cómo se produjeron los hechos, digamos que el señor Adolfo J. Báez llega a la conclusión de que el causante no es otro que el mariscal - presidente don Francisco Solano López, mientras no se le demuestre lo contrario.

TEATROS

"EXTRAÑA", EN EL COMICO

El divorcio moral que se plantea entre un marido teósofo y una esposa melancólica, sirve de base a esta comedia de Vicente Martínez Cuitiño, estrenada en el Cómico por la compañía Luis Arata el día del comienzo de su temporada.

Es de suponer que el autor no se haya propuesto nada práctico al escribir su pieza. Más fácil es que sólo haya tratado de satisfacer un pedido que le han hecho, para valorizar con una firma de prestigio el cartel del debut. Por ello, lo que más resalta en "Extraña" es el deseo de demostrar que quien la ha escrito no es un autor de brocha gorda, sino un hombre culto, de limpios pergaminos literarios y amante del arte y de sus nobles formas de expresión.

Pero ha perdido el tiempo el señor Martínez Cuitiño. Primero, porque ya estábamos enterados todos de sus cualidades de literato; segundo, porque si no hubiese sido por esto, ningún espectador de "Extraña" se hubiese percatado de las cualidades que adornan al señor Martínez Cuitiño.

El tema de la comedia es vago, enigmático, incoherente. Se nos presenta en el único acto de que consta, el drama de dos personas que viven juntas corporalmente, pero incomprendidas, distanciadas, extrañas. ¿Por qué se ha producido este alejamiento lamentable entre estos dos esposos jóvenes, que gozan de buena salud, que se casaron ilusionados, que han sido fieles a la palabra ciado nada más sin saber por nerse entre ellos la tentación de' engaño? Misterio. Se han distanciado nada más sin sabrr por qué. O, si lo saben, no se lo han dicho al señor Martínez Cuitiño y, en consecuencia, el señor Martineb Cuitiño no lo ha podido consignar en la obra. El, se ha hecho teósofo; ella se ha entregado de lleno a la nostalgia. El esposo lee y piensa, es decir,asegura que lee y piensa, aunque no lo parece. La esposa, vaga como una sombra por toda la casa y toda su obsesión la constituye el recuerdo erótico de la reciente y ardorosa luna de miel, eclipsada de repente. ¡Caramba! ¿Qué le habrá pasado a este señor para abrazarse tan denodadamente a la filosofía?

Por momentos, esperamos una revelación, un hilo siquiera que nos lleve a la solución. Nada. Los cónyuges hablan y hablan sin entenderse. Nosotros tampoco los entendemos. Dicen cosas raras, abstrusas, palabras y palabras, teorías, divagaciones. Se ocupan de todo, menos de su propia situación, como un hombre que viendo que se le quema la casa, se da una ducha de agua fría. ¡Pobres! Un primo de ella, le hace el amor sin resultado. Menos mal. No es un amor lo que ella quiere, sino el amor de su marido. Y el zonzo del marido sigue abrazado a la teosofía. Pero esto ya lo sabíamos hace una hora y, sin embargo, la obra sigue. Salimos a fuera para fumar un cigarrillo y hacer tiempo. Inútil recurso. Todo sigue lo mismo en el único acto de la obra. Pero, ¡por fin!, a punto de comenzar la otra sección, se le ocurre al padre del teósofo poner una mano del marido en una mano de la mujer y todo se arregla como por encanto. ¡Oh, maravilla! El filósofo es el padre, por lo visto. Se reconcilian y cae el telón ¡Claro! Sí, en Y ahora vemos clara la moraleja de la obra: muchas tragedias conyugales se evitarían, si en todas las familias hubiese un padre filósofo.

La compañía del Cómico se afanó por dar viveza y colorido a la pieza, menos Amalia Senisterra y Nicolás Fregues, que tomaron demasiado en serio su papel. Merece destacarse la labor de Luis Arata y de la señorita Vehil.

La reposición de "Babilonia" de Armando Discépolo, demostró nuevamente los méritos de esta interesante producción que fué largamente aplaudida como merece.

"LAS DESCENTRADAS" EN EL IDEAL

Se ha iniciado con fortuna la temporada del Ideal. Y decimos con fortuna, debiendo decir con acierto, pues muchas veces, en el teatro sobre todo, aquélla es el resultado de este último. El acierto consiste en la organización de la compañía y en la elección de la prime arobra.

"Las descentradas" de Salvadora Medina Onrubia, es un interesante spécimen literario que siendo esencialmente novelesco por el asunto resulta muy teatral. Igual acontece con la concepción del personaje central, más tipo de libro que de escena. Mas con todo, la producción de la señora Medina Onrubia, es, desde muchos puntos de vista, lo mejor que se ha ofrecido al público en la presente temporada. Y es lo mejor, porque se ha acertado al trazar de cuerpo entero una figura llena de interés y de vida, arrancada a la realidad por manos diestras y cuidadosas que han tratado celosamente de no desfigurarla. En torno a la protagonista se advierte la atmósfera social de nuestros días y se encuentran tipos y episodios de nuestro medio, pero todo es absorbido por el encanto de esa figura principal, tan simpáticamente retratada.

Renunciamos a referir el argumento, por ser en esta pieza lo de menos. Con ese o con otro cualquiera, la obra sería la misma, porque toda la obra es el personaje central.

Una parte de la buena comprensión y el entusiasmo del público, corresponde a la labor interpretativa de la primera actriz del conjunto, Gloria Ferrandiz, que dió a su papel todos los cambiantes matices y las exactas expresiones correspondientes a cada situación. Es una actriz de mucha talla, que ha de llegar muy lejos.

El actor Casamayor, correcto, pero poco expresivo, con su aire de no entrar de lleno en el personaje. Teresa Serrador, muy emotiva y sugerente, más alta que su rol. Lucía Barause, un poco enfática, com osiempre, es lástima que no se cuide un poco. Blanca Vidal muy bien y muy en su cuerda, al contrario de Carlos Morales que exageró la comicidad innecesariamente. Enrique Roldán y León Cerry bien.

Todos fueron justamente premiados por el público en relación a su esfuerzo.

PRESENTOSE MUIÑO EN EL BUENOS AIRES

Con un éxito igual al de las anteriores temporadas, hizo su presentación de este año en el Buenos Aires, ante una sala repleta, el actor Enrique Muiño. La simpatía de que goza entre sus admiradores se hizo ostensible por medio de una larga salva de aplausos al comienzo y otra al final de la velada, así como por las frecuentes risas y las nutridas aclamaciones que se sucedieron durante el curso de las piezas que constituían el programa del debuto.

Dos de ellas ya eran conocidas de nuestro público: "Un padre en busca de seis hijas", de Julio F. Escobar y "El cabo Rivero", de Alberto Vacarezza. Además, se estrenó "Así se escriben los tangos", de Florencio B. Chiarello.

De las dos primeras no cabe decir otra cosa sino que reprodujeron su éxito de la anterior temporada. En cuanto a la última, sólo se trata de un sainete sin pretensiones, en el que se ha querido ofrecer al público un cuadro del ambiente vivido por los compositores de tangos o, mejor dicho, el ambiente del que podría resultar la letra para un tango.

Nada puede decirse de esta pieza. Hace reír y entretiene, gracias a la labor de los actores, especialmente de Muiño, lo que les ocurre a la mayoría de las producciones con unos u otros artistas.

La compañía de Muiño cuenta con las figuras de otros años: Ada Cornaro, la Valdés, la Poli y Totón Podestá.

EN LA COMEDIA

Confirmaron su éxito del día del estreno "El festín de la chusma" y "El Bajo está de fiesta". Olinda Bozán y sus elementos, dan colorido a ambas produccciones, que se perfilan como dos prolongados éxitos. No hay que hacerle. Al público le gusta el sainete y puesto que paga, es justo hacerle sainetes para darle gusto. Sainetes bien hechos, como los de la Comedia y servidos en salsa gustosa, con sabor local, bien presentados y ante mucha alegre gente, que la risa es contagiosa y más nos divertimos cuanto más son los que se divierten. Todo ello se da en la Comedia, merced a dos obras que llenan su cometido y a una compañía que da a las obras una interpretación insuperable.

CARTERA TEATRAL

El viernes de la anterior semana debió debutar en el Nuevo la compañía de Roberto Casaux, con dos estrenos: "Don Isaac Soler, ¡maistro", de Pedro E. Pico y "El almacen de la alegría", de A. y M. Malfatti. De ambas piezas nos ocuparemos con la debida extensión en el número próximo.

—Mientras se mantenga el interés del público por "La rebelión de los muñecos" no se cambiará el cartel del Marconi. Entre tanto Gómez y los suyos preparan cuidadosamente la versión de "Otelo" de Shakespeare, que será ofrecida como primera novedad.

—Eva Franco consolidó en el Liceo el éxito de "Tú, yo y el mundo después", de Deffilippis Novoa que sirvió a esta compañía para la inauguración de temporada. La pieza se mantiene desahogadamente todas las noches con franco éxito, habiendo conseguido el conjunto del Liceo un ajuste más perfecto, que realza los méritos de esta interesante producción.

—Alcanzó un buen éxito en el Nacional la farsa de Vicente Martínez Cuitiño "Prepotencia".

—La presencia de Amalia Molina en el Avenida da mayor interés a las representaciones de zarzuela española que tiene a su dargo la compañía Barreta con un éxito persistente. Tan persistente como merecido.

—"Viva la Santa Federación" se impuso en el Smart como el primer gran suceso de la temporada. La obra es francamente reidera y Ruggero se encarga de que lo sea más aun. Le acompaña en el cartel "Quien es el patrón del barco", que también gusta.

—la compañía israelita del Argentino continúa ofreciendo versiones muy estimables de diversas operetas europeos, con excelente éxito. Ultimamente se representó "Amor del campo" original de Sandler, que tuvo muchos aplausos.

GRAND SPLENDID

Las numerosas familias que concurren a esta aristocrática sala, se verán favorecidas esta semana, como de costumbre, por un programa lleno de novedades, en el que figuran las más recientes e importantes producciones de la cinematografía Universal.

Sus grandes comodidades y las excelentes orquestas que en ella actúan, mantienen la preferencia que el público dispensa a esta sala de la calle Santa Fe.

CAPITOL

Interesantes películas formarán los programas de esta sala durante la semana que hoy comienza, respondiendo así la dirección artística de este cine al favor de que goza entre los aficionados al film.

GLORIA

La sala más céntric ade la capital y la de precios más reducidos en relación a la categoría de los espectáculos, cuenta con las últimas producciones en todos los géneros.

CINE PARC

El cine de la plaza Italia es siempre frecuentado por las más distinguidas familias del barrio de Palermo, que encuentran en dicha sala las cintas más divertidas y las producciones más sensacionales de la cinematografía dramática.

Vida conyugal

Una señora que recibió un fuerte bofetón de su marido fuése a pedir venganza a su padre, rogándole que devolviese la afrenta, a lo que dijo el padre.

—¿En cual mejilla te dió el bofetón?

—En la izquierda —responde.

Entonces el padre dióla un bofetón en la derecha, diciéndola:

—¡Ya sstás vengada! Dile a tu esposo que, como él ha abofeteado a mi hija, yo he abofeteado a su mujer.

ACTUALIDADES CINEMATOGRAFICAS



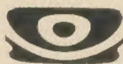
Lillian Tashmann y Alice Day en ''Purita, la del Follies'', cinta Jewel que la Universal estrenará hoy



John Darrow, Nancy Drexel, David Rollins y E. H. Calvert, en ''La sangre habla'', cinecomedia que la Fox Films estrenará el jueves próximo.



Reginald Denny y Betsy Lee en ''Un pájaro de cuenta'', película Jewel que la Universal estrenará el 27 del corriente







Dos escenas de la notable superproducción de la Metro Goldwyn Mayer ''El demonio y la carne'', interpretada por John Gilbert, Greta Garbo y Lars Hanson en sus papeles principales. Dirección de Clarence Brown.



Gilbert Roland y Norma Talmadge en la superproducción ''La mujer disputada'', primer estreno extraordinario que ofrecerá, a principios de abril, Art. Unidos



Natalie Joyce y Holmes Herberty en la cinta extraordinaria ''A través de las rompientes'', que la Corporación exhibe desde anteayer

ULTIMAS CREACIONES DE LA MODA FEMENINA



1 — Bonito traje ejecutado con marocaín de seda color gris verde, en tono apagado, guarnecido en el cuerpo y en la falda con calados formando anillos enlazados. — 2 — Conjunto compuesto de una falda de marocaín de seda negra, montada con pliegues huecos; la parte inferior recortada con dientes; y de una blusa de alpaca de seda blanca con aplicaciones de trencillas negras y plata. Abrigo confeccionado de marocaín negro, con trabajo de trencillas y forrado con China blanco.

A. García y Cía., Perú 1746